Las joyas de los Romanoff
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
UN MILLONARIO DA UNA FIESTA

Al subir el enorme automóvil por el enarenado paseo y detenerse bajo la puerta cochera de un palacio grande, de piedra gris, un observador hubiera dicho que nadie ocupaba el asiento de atrás.

Pero el chofer abrió la puerta, como si esperara que se apease alguien.

-Hemos llegado, señor Cranston- anunció-. Esta es la casa del señor Waddell.

Las sombras del asiento de atrás se resolvieron en una figura que se movía con languidez, como si acabase de salir de profunda meditación. El propietario del coche se alzó pausadamente y se apeó.

-Está bien, Stanley-dijo-. Has logrado recorrer la distancia en bastante poco tiempo. Vuelve a las once y media.

Un lacayo se acercaba. El chófer habló.

-Este caballero, es el señor Lamont Cranston-dijo-. Viene a ver al señor Waddell.

-¿Tiene la bondad de acompañarme, señor?-le dijo el lacayo a Cranston, haciendo una reverencia-. EL señor Waddell le espera. Le anunciaré su llegada.

Al alejarse el automóvil, Lamont Cranston y el lacayo ascendieron los escalones. Una vez delante de la suntuosa residencia, el lacayo se adelantó para anunciar la visita.

Bajo el suave brillo de las luces del vestíbulo, Lamont Cranston resultaba una figura impresionante. Se había quitado el gabán, apareciendo vestido impecablemente de etiqueta.

El negro sombrío de su ropa acentuaba lo elevado de su estatura. La figura, imponía y era ominosa a la vez.

Lamont Cranston poseía un rostro notable. Sus facciones eran firmes como una máscara, y parecían cortadas con cincel.

Sus hundidos ojos brillaban, perspicaces; ellos solos animaban aquel inescrutable rostro. Inmóvil cromo una estatua, silencioso como un fantasma, parecía una verdadera figura de misterio. Sin embargo, aún más extraña que la forma en sí, era la sombra que proyectaba.

Cruzada, sobre el alfombrado suelo, yacía una larga mancha de oscuridad, que empezaba, a los pies del hombre y terminaba en una silueta, alargada-el perfil de Lamont Cranston.

Hasta la propia atmósfera parecía, cargada del sobrenatural silencio de un cuarto de sesiones espiritistas. Anunciaba la presencia de lo desconocido.

Apareció un hombre en el otro extremo del vestíbulo. Bajo y grueso, andando como si se meciera, resultaba una figura ridícula al acercarse, apresuradamente. Era Tobías Waddell, el anfitrión millonario, que acudía a dar la bienvenida a su invitado.

-Me alegro de verle, Cranston-dijo-. Lamento que no haya podido venir antes. Venga usted conmigo, venga... Quiero que conozca a mis amigos.

Ambos hombres cruzaron el vestíbulo entraron en un amplio salón, donde estaban reunidos una docena de hombres y mujeres. Waddell presentó al recién llegado.

Era evidente que Lamont Cranston había llegado demasiado tarde para la función que había tenido lugar aquella noche. La fiesta había llegado al punto en que se hace caso omiso de los convencionalismos, de forma que después de la presentación, Waddell y Cranston se apartaron a un lado a charlar.

Observando la forma, en que Cranston fijaba la mirada en varios de los circunstantes, Waddell habló en voz baja, dándole detalles de los individuos que parecían interesar a Cranston.

-Marcus Holtmann - dijo Waddell, al ver que Cranston se fijaba en un hombre bajo de cara avinagrada, que constituía el centro de un excitado grupo-. Nos ha dado una charla muy interesante sobre Rusia esta noche. Acaba de regresar de ese país, ¿sabe?

»Ingeniería... contrata de obras... ése es su negocio. Habló mucho del Plan Quinquenal. Debe de haber aprendido muchas cosas allá... más de las que quiere confesar.

Se interrumpió al ver que Cranston miraba a un hombre corpulento que escuchaba a Holtmann.

-Parker Noyes es mi abogado-dijo-. Creo que ya se lo presenté en la última visita aquí. Es un hombre de mucha capacidad. Fue él quien me presentó a Holtmann.

Al acertar Cranston a dirigir la vista hacia un rincón del cuarto, Waddell le dio un codazo e indicó a un hombre alto y bien parecido.

-Es un joven muy popular-dijo-. Conoció a mi hija en casa de Noyes hace algún tiempo y ha venido aquí con frecuencia. Se llama Frederick Froman. Es una persona muy agradable. Parece tener la mar de dinero. Es distinto a ese Tholbin.

AL mencionar este segundo nombre, el obeso millonario hizo que su compañero se fijara en un joven de semblante cetrino que estaba de pie junto al piano de cola. Betty Waddell, hija del millonario, se hallaba sentada junto al instrumento. Ella y Tholbin hablaban.

-David Tholbin-musitó, Waddell-. ¡Ojalá supiera, algo, más de él! Cuando menos me lo espere me pedirá la mano de Betty. Nos sigue demasiado cuando viajamos. Parece tener algo de dinero; cuánto, no sé. Me figuro que se trata de una especie de aventurero.

Era evidente que el millonario juzgaba a los hombres por su fortuna. Lamont Cranston, multimillonario también, era un huésped de honor, desde el punto de vista de Waddell.

Sin hablar ni dejar que se trasluciera lo que hacía, Cranston comparó, serenamente, a los dos hombres a, quienes Waddell había mencionado últimamente.

Ambos formaban un marcado contraste. Froman, de cabello y tez claros, poseía un semblante abierto. Tholbin, cetrino y de cabellera negra, parecía calculador y astuto.

Sin embargo, de los dos, Froman era el más dinámico. Era uno de estos hombres cuya edad es difícil de calcular. El ángulo firme de su barbilla delataba algo de la fuerza mental de su poseedor.

Cuatro hombres le habían sido señalados a Cranston. Eran hombres de distintas clases. Marcus Holtmann-hombre de negocios; Parker Noyes-sedentario abogado; Frederick Froman-caballero acomodado; David Tholbin-joven aventurero. Su meta en la vida era distinta.

La casualidad les había reunido aquella noche, en calidad de invitados, en la misma fiesta de sociedad.

La misma casualidad había llevado allí a un quinto visitante en la persona de Lamont Cranston. Este era el que observaba; y sus agudos y penetrantes ojos estaban escudriñando secretos ocultos.

A pesar de ello, Cranston poseía la asombrosa facilidad de ocultar sus propios actos. Ni uno solo de aquellos cuatro hombres se había dado cuenta del interés que manifestaba en cada uno de ellos.

Cruzando, sin prisa, el salón, Cranston se unió al grupo que estaba, escuchando las palabras de Holtmann. El hombre de rostro avinagrado estaba contestando preguntas. Sus frases concisas llegaron a. oídos del multimillonario.

-El Plan Quinquenal... gigantesca idea... Sí; me pasé seis meses en Moscú... Hay vastos recursos naturales en Rusia.... Representan un caudal fabuloso--- Muchos informes se basan en una carencia total de información genuina.

Otro hombre se había incorporado al grupo.

El recién llegado era Frederick Froman. Exhibió un interés puramente pasivo en la discusión. Encendió un cigarrillo, se alejó pausadamente y regresó. Cuando lo hizo esta vez, Marcus Holtmann estaba dando fin a la discusión.

-Bueno, señores-declaró el hombre que había estado en Rusia:-me parece que ya he hablado bastante para esta noche. Sólo pueda decir que todo lo que allí vi resultó interesante e iluminador. Me demostró que uno no puede hacerse cargo de las condiciones de Rusia mediante una corta visita tan sólo. Ahora que me hallo de regreso aquí, me interesa más Norteamérica. Mi estancia en Nueva York finaliza esta noche.

-¿Se marcha usted al Centro Oeste?

Fue el abogado Parker Noyes quien hizo la pregunta.

-A Chicago - replicó Holtmann-. Mi tren sale a medianoche. He de salir de aquí con tiempo para detenerme en el hotel de paso. Me alojo en el Belmar.

-Así, tendrá usted que marcharse a las once-observó Noyes.

Holtmann movió, afirmativamente, la cabeza.

El grupo se deshizo al terminar la conversación. Sólo quedó Lamont Cranston.

Sonrió al ver que se le acercaba Tobías Waddell. Se dirigió a un lado del salón con el millonario y los dos se sentaron en sillas colocadas una al lado de la otra.

Allí fue a reunirse Parker Noyes con ellos. EL abogado, grave y de cana cabellera, era hombre de porte importante. ÉL y Cranston escucharon la conversación de Waddell; pero sus ojos no estaban clavados en el que hablaba.

Cranston, contemplando toda la escena con su despejada mirada, miraba a Frederick Froman en el preciso instante en que entró un lacayo y le dio un mensaje al joven. Froman salió de la habitación para acudir al teléfono, evidentemente.

Cranston transfirió la mirada a Marcus Holtmann, Noyes, sin embargo, observaba a otro individuo. Miraba, can atención a David Tholbin, que aún se hallaba conversando con Betty Waddell.

Froman regresó. Cranston consultó el reloj. Eran las once menos diez. Se volvió a Waddell.

-¿El teléfono?-inquirió-. Acabo de recordar que he de telefonear al Club Cobalto...

El millonario llamó al lacayo. Luego, poniéndose en pie, acompañó a Cranston hasta la puerta del cuarto y le indicó la dirección. Ordenó al lacayo que le enseñara al señor el camino. Unos minuto después, Cranston se hallaba solo en un cuartito pequeño, hablando por un teléfono de mesa.

-¿Está preparado, Burbank?-inquirió.

AL parecer la contestación fue afirmativa, porque Cranston, continuó sus instrucciones.

-Hotel Belmar, once y treinta-dijo-. Tren de medianoche, estación Grand Central, destino Chicago. Marsland debe encargarse del hotel, de acuerdo con mis órdenes. Vincent, de la estación.

Lamont Cranston colgó el auricular. Se quedó inmóvil en el centro del cuartito, proyectando su alta figura una sombra gigantesca. Luego la mancha negra fue disminuyendo de tamaño a medida que se acercó él a la puerta.

Unos minutos más tarde, Lamont Cranston se hallaba sentado nuevamente, junto a Tobías Waddell.

Poco antes de las once, Holtmann se acercó para despedirse de su anfitrión.

Estrechó la mano de Cranston y Noyes. Luego se marchó.

Nadie pareció prestar gran atención a la marcha de Holtmann. Había declarado ya que había de marcharse antes de las once; por consiguiente, su despedida fue rápida. Lamont se fijó en ese detalle. Concentró su atención en los demás invitados.

Parker Noyes seguía charlando con Tobías Waddell. Frederick Froman estaba sentado en un rincón, solo, saboreando con satisfacción una panetela.

David Tholbin, completamente aislado de lo que le rodeaba, al parecer, conversaba animadamente con la hija del millonario.

Unos minutos antes de las once y media, Tholbin se acercó a Waddell para anunciarle que se marchaba a Nueva York. El millonario le recibió con bastante hosquedad; pero Tholbin hizo caso omiso de ello. Lamont Cranston, sin embargo, habló cordialmente.

-Mi coche se hallará aquí dentro de breves momentos -dijo-. Tendría mucho gusto en llevarle a usted a Nueva York...

-Gracias - repuso Tholbin: - tengo mi coche en la puerta. Siempre lo uso para ir y venir, ¿sabe?

Dicho esto, dio media vuelta y se dirigió al vestíbulo. Cranston le siguió con la mirada, luego volvió la cabeza, encontrándose con Frederick Froman a su lado. El hombre rubio se había acercado mientras, Tholbin se despedía de Waddell.

-¿Va usted a marcharse pronto, señor Cranston?-inquirió con voz serena.

-Sí-replicó el interpelado.

-Agradecería la misma invitación-declaró Froman-. No tengo mi coche aquí esta noche.

-Le complaceré con muchísimo gusto. -Casi inmediatamente después de estas palabras, se presentó un lacayo anunciando que el coche del señor Cranston había llegado. Cranston, estrechó la mano de Waddell y dirigió una mirada interrogadora a Noyes.

-¿Va usted a la población?-preguntó.

-No-replicó el abogado: -el señor Waddell me ha pedido que pase aquí una noche. Cuestión de negocios, ¿comprende?

-Comprendo.

Cranston estrechó la mano a los dos hombres. Acompañado de Froman, se dirigió a la puerta cochera.

EL chófer debió de verle, porque el automóvil salió del paseo. AL dar la luz de sus faros sobre los dos hombres, la sombra de Cranston adquirió una forma larga extraña, siempre variante. Acertando a bajar la vista, Froman quedó fascinado por aquella extraña mancha de oscuridad.

El coche llegó a su lado y todo rastro de la extraña sombra, desapareció. Los dos hombres subieron al vehículo. No tardaron las luces de la casa de Waddell en quedar ocultas tras los enormes setos que rodeaban la casa del millonario.

Muy poco se habló mientras el automóvil corría en dirección a Manhattan.

Froman le dijo a Cranston dónde quería ir, un lugar situado en el alto Manhattan y Stanley recibió la orden de conducir el coche allí.

El silencio que reinaba en el interior del lujoso vehículo tenía algo ominoso.

Sólo las luminosas extremidades de los cigarros puros indicaban que los dos hombres estaban despiertos, enfrascado cada uno de ellos en sus pensamientos.

Aun cuando ambos estaban absortos y ninguno de los dos adivinaba lo que pensaba el otro, era algo más que una coincidencia que estuvieran pensando en la misma persona.

Porque Lamont Cranston y Frederick Froman, aun cuando diferían en plan y propósito, se concentraban profundamente en las actividades de un solo individuo que había figurado entre los invitados de Tobías Waddell.

Pensaba en Marcus Holtmann, el hombre que acababa de volver de Rusia.

CAPITULO II
UN DESAPARECIDO

El coche se detuvo ante una casa vieja, que se alzaba en una bocacalle.

Frederick Froman consultó su reloj al apearse.

-Las doce y media-observó-. Hemos ido a muy buena velocidad. Muchas gracias por su atención, señor Cranston.

-No hay de qué darlas.

-Me gustaría que viniese usted a visitarme algún día. Este es mi palacio-dijo Froman, sonriendo y señalando el sombrío edificio ante el cual se había parado el automóvil-, y, aunque es de aspecto modesto, puedo asegurarle que se otorga hospitalidad con la mejor voluntad del mundo.

Lamont Cranston respondió con una leve reverencia y tendió la mano.

Froman subió los escalones de la casa, que tenía dos pisos y planta baja, y cuya construcción databa de una era pasada.

Cranston observó que Froman hacía sonar el timbre. Se abrió la puerta, dejando escapar un raudal de luz en el preciso instante en que arrancaba el coche a una orden del multimillonario.

Cuando llegó a la avenida más cercana, Cranston dijo al chófer por el tubo acústico:

-Equivoca usted la dirección, Stanley. Dé la vuelta y baje la calle de nuevo; luego diríjase a la calle Veintitrés.

Al pasar por delante de la casa en que había entrado Froman, el silencioso observador arrellanado en el interior del coche observó que había luz en las ventanas de uno de los cuartos superiores. Evidentemente, Froman había subido directamente a ella a su llegada.

El coche tiró hacia el Sur. Llegó a la calle Veintitrés. Stanley, sentado ante el volante, oyó la voz serena de Cranston que le ordenaba se detuviera. El chófer obedeció. El multimillonario echó pie a tierra.

-Lleve el coche al Club Cobalto-ordenó-. Aguárdeme allí.

Stanley movió afirmativamente la cabeza, y se marchó. Cranston se quedó parado en el bordillo, viendo desaparecer el automóvil.

Luego se alzó las solapas del abrigo y se lo ciñó también al cuerpo. Con una risa breve y suave, dio media vuelta y se apartó de la calle.

Su figura enfundada en negro, se la tragó instantáneamente el negro sudario de un edificio de paredes lisas. En aquel punto apartado del brillo del farol más cercano, Cranston obró de una manera sorprendente y misteriosa.

Un transeúnte que le había visto parado junto al bordillo, se quedó boquiabierto de asombro ante su desaparición.

Donde Cranston había estado no quedaba ningún ser viviente. La negrura de la noche se había abierto, como una cortina, para dar paso a un misterioso entrante. EL único indicio de la presencia del hombre era un borrón que se deslizaba por la blanca acera.

¡Lamont Cranston se había convertido en La Sombra!

¡En un instante, el millonario se había transformado en el hombre misterioso de Manhattan!

¡La Sombra!

Nadie en Nueva York, conocía la identidad de tan extraño personaje.

Mente maestra que luchaba contra el crimen, trabajaba en la soledad de las tinieblas para frustrar los planes diabólicos de los bajos fondos.

Aquella noche, La Sombra, no se había desentendido de los asuntos del mundo del crimen. En el papel de Lamont Cranston se había pasado una noche de tranquila observación.

Ahora, se dirigía a un retiro secreto-punto de contacto donde recibía los informes de agentes que le obedecían lealmente y que sin embargo, no tenían la menor idea de cuál era su identidad.

Nada quedó que indicara, la dirección tomada por La Sombra. Ni durante un instante tan sólo se vió su figura que se deslizaba. No volvió a observarse señal alguna de su presencia hasta que, en un cuartito oscuro como boca de lobo-cuarto silencioso como la tumba-sonó un leve chasquido en las tinieblas.

Con el chasquido, se encendió una lámpara de verde pantalla. Ésta proyectó un círculo de iluminación sobre la superficie de una mesa pulimentada.

En dicho punto luminoso asomaron dos manos largas y blancas, seres imbuidos de vida que parecían desprendidos del cuerpo oculto que los dominaba.

¡Las manos de La Sombra!

Eran manos esbeltas; pero los músculos que se veían bajo la suave piel indicaban una fuerza enorme. Los inquietos y puntiagudos dedos se movieron con sedosa facilidad. En un dedo-el dedo del corazón de la mano izquierda-brillaba una joya grande y translúcida.

Era un girasol u ópalo de fuego de incalculable valor. En su color de lechoso azul aparecían, profundos reflejos de brillante carmesí.

Aquella piedra era el símbolo de La Sombra, el extraño amuleto que siempre le acompañaba. Su hosco resplandor había evocado pensamientos de fatalidad en la mente de malhechores moribundos; su vivido brillo había llevado la esperanza a los apenados y oprimidos.

Una minúscula luz apareció al otro lado de la mesa. Las manos se extendieron y recogieron un casco telefónico. Las manos desaparecieron al ser ajustado el instrumento a la invisible cabeza. Una voz lenta y solemne habló en la oscuridad, por encima de la lámpara.

-Dé su informe, Burbank.

-Marsland en el Hotel Belmar-dijo una voz tranquila, por el aparato-. Anuncia, no hay rastro de Marcus Holtmann. No ha estado allí aún. No se ha despedido. El equipaje aun está en su cuarto.

-Continúe.

-Vincent en la estación Grand Central. Holtmann no se presentó a coger el expreso de medianoche para Chicago. Ambos agentes siguen en sus puestos.

-Dé fin al asunto-La voz de La Sombra era severa-. Marsland que vigile a David Tholbin; Vincent, a Frederick Froman. Ambos figuran en el listin de teléfonos. Que vigilen y comuniquen cualquier actividad que pueda estar relacionada con Holtmann.

Una pausa. Luego:

-Llamada especial a casa de Waddell. Pregunte por Parker Noyes. Corte sistema antes de la conversación.

Las manos depositaron el casco al otro lado de la mesa. Luego aparecieron bajo la luz, con un paquetito de papeles.

Los hábiles dedos trabajaron rápidamente distribuyendo los papeles. Las manos sacaron un mapa de Norteamérica, en el que habla clavados alfileres de cabeza blanca. Chicago, Cincinnati, Saint Louis y otras ciudades del Centro Oeste estaban señaladas.

Entre los papeles figuraba un informe manuscrito en caracteres rusos. Junto a éste aparecieron anotaciones en francés y alemán. Todos eran iguales para los invisibles ojos. La Sombra, los sabía leer todos con facilidad.

En la parte superior de cada página se veía este nombre: Marcus Holtmann.

Evidentemente, La Sombra sentía un vivo interés en los asuntos del hombre que había llegado de Rusia.

Holtmann había dicho que se iba a Chicago. Dicha ciudad estaba señalada con un alfiler en el mapa; pero había otras poblaciones marcadas además.

Sobre una hoja de papel, la mano de La Sombra empezó a hacer una serie de anotaciones con lápiz. Primero apareció el nombre de Marcus Holtmann.

Luego dos palabras: «Propósito-Destino».

El propósito probable de Marcus Holtmann era objeto del contenido de los papeles que cubrían la mesa. Su destino era, evidentemente, una de las ciudades señaladas en el mapa.

AL quedar inmóvil la mano de La Sombra, se comprendía fácilmente que algún suceso imprevisto había intervenido para obstruir planes bien formulados para seguirle la pista al hombre.

Aquella noche, La Sombra había vigilado para ver si Holtmann se había puesto en contacto con otras personas antes de partir de Nueva York. Noyes, Froman y Tholbin, invitados de Waddell, habían sido observados atentamente por Lamont Cranston.

Holtmann, fuera cuales fuesen sus planes, hubiera ido con toda seguridad, al Hotel Belmar a despedirse. Si su supuesto viaje a Chicago no hubiera sido más que un medio de despistar, era posible que no hubiese tomado el tren de medianoche; pero, de haber marchado en él, Vincent le hubiese seguido.

Ni Marsland en el hotel, ni Vincent en la estación, le habían visto. En algún punto del camino entre la casa de Waddell en Long Island y Manhattan, Holtmann había desaparecido. Los planes de La Sombra habían sido obstruidos por este suceso inesperado.

La Sombra escribió tres nombres sobre el papel:

David Tholbin. Parker Noyes. Frederick Froman.

Alguno de estos tres pudiera, muy bien dar la clave de la desaparición de Holtmann. Estos hombres podían estar complicados en el asunto, aun cuando sus actos en casa de Waddell no habían resultado sospechosos.

De los datos relacionados con Holtmann, La Sombra, cogió una hoja que contenía un informe en el que, iba incluidas las actividades del hombre desde su llegada a Nueva York.

Según las observaciones de los agentes de La Sombra, Marcus no había celebrado entrevista alguna de índole particular con ninguna persona desde su regreso de Rusia.

La fiesta de aquella noche había sido su última oportunidad. David Tholbin había salido poco después de Holtmann. Parker Noyes se había quedado en Long Island. A Frederick Froman lo había acompañado hasta su casa Lamont Cranston.

De los tres, el único que parecía haber estado libre era Tholbin.

Parpadeó la lucecilla al otro lado de la mesa. Se puso el casco. Burbank dio el informe con su metódica voz.

-Marsland asegura que Daniel Tholbin se encuentra, en el Club Drury con unos amigos. Tras investigar queda comprobado que fue allá directamente al salir de casa de Waddell.

»Vincent anuncia que está vigilando la casa de Frederick Froman. Había luz en un cuarto delantero de uno de los pisos. Está apagada ahora. La casa está a oscuras. Nadie ha entrado ni salido.

Una pausa, y Burbank agregó:

-Parker Noyes sigue en casa de Waddell.

No hubo contestación durante un minuto completo. Luego sonó la voz baja de La Sombra, dando órdenes a su agente de confianza.

-Marsland debe vigilar a Tholbin. Vincent, la casa de Froman. Hasta mañana por la mañana.

La conversación terminó. Las manos de La Sombra reposaron, inmóviles sobre la mesa. Por fin se movieron y los dedos apilaron lentamente las hojas de papel.

La comprobación había dado un resultado negativo. El enigma no había sido descifrado.

La Sombra se veía frente a un problema capaz de dejar perplejo a cualquiera. Faltaba un hombre. Marcus Holtmann, después de salir de casa de Waddell en «taxi» había desaparecido misteriosamente.

La luz se apagó. El cuarto quedó completamente a oscuras. Una risa baja y extraña resonó en las tinieblas. Luego La Sombra se marchó.

Media hora más tarde, el conserje del Hotel Belmar contestó el teléfono. En respuesta a la voz serena, que hablaba, dijo lo siguiente:

-El señor Holtmann no ha entrado aún, caballero... No; no se ha despedido.

Poco después de esta llamada, el chófer Stanley se acercó con el coche a la puerta principal del Club Cobalto en contestación a una voz del conserje.

Lamont Cranston salió y subió al automóvil.

-A casa, Stanley.

AL dirigirse el vehículo en dirección Sur hacia el túnel Holland, la solitaria figura sentada en el interior iba sumida en profunda meditación. Sepultado en la sombra, Lamont Cranston era un ser silencioso e invisible.

El cerebro de La Sombra estaba trabajando, buscando un indicio que le permitiera esclarecer el misterio de la desaparición de Marcus.

¡Había que encontrar al desaparecido!

Y éste iba a ser el trabajo de La Sombra.

CAPÍTULO III
LA MAZMORRA

La casa de Frederick Froman tenía un aspecto silencioso e imponente en la noche. Para Harry Vincent, que la vigilaba desde el otro lado de la calle, era un lugar de silencio e inactividad. La última luz había sido apagada hacia tiempo. Parecía que los ocupantes se habían retirado.

Pero dentro de la casa había actividad que no podía ser observada, desde fuera. Frederick Froman no estaba dormido, sino que se hallaba sentado en un cuarto débilmente iluminado. Las paredes de piedra del cuartito demostraban que se hallaba situado en los sótanos de la casa. No tenía ventana alguna.

Froman se hallaba arrellanado cómodamente en un sillón. Seguía vestido de etiqueta y fumando una panetela. Su rostro bien formado carecía de expresión. Aguardaba algo y, sin embargo, no daba muestra alguna de impaciencia.

El centro del suelo empezó a elevarse. Un sólido bloque de cemento se alzó, poco a poco, accionado por una fuerza aplicada desde abajo. Por debajo del mismo, y sosteniéndolo, aparecieron cuatro barrotes de metal.

Froman lo miró con indiferencia. No hizo comentario alguno hasta que la estructura completa de un ascensor de lados abiertos hubo aparecido, saliendo de él un hombre bajo, de recia musculatura.

-¿Bien?

-Está preparado para hablar, señor-dijo el hombre, con fuerte acento extranjero.

Froman sonrió y habló unas cuantas palabras en otro idioma. El hombre contestó en la misma lengua.

Froman se puso en pie y se colocó en el ascensor. Este se hundió en la oscuridad.

Allí, bajo el suelo del sótano, había un corto pasillo iluminado por una sola bombilla. Recorrió el mismo y se detuvo ante una sólida barrera, que le cerraba el paso. Hizo girar un pomo colocado en el centro mismo de la barrera. Ésta se deslizó hacia arriba, desapareciendo por un hueco del techo.

Tres peldaños más abajo se hallaba una mazmorra sombría, un cuarto de piedra abierto debajo del sótano. Había allí dos hombres mal encarados, de pie, con los brazos cruzados. Estaban contemplando a un hombre, metido en una camisa de fuerza y tirado contra la pared.

Ambos hicieron una reverencia al entrar Froman. El hombre rubio no correspondió al saludo. Avanzó y se quedó mirando con frialdad al prisionero. Éste, volvió un semblante cubierto de sudor hacia su nuevo verdugo, con la esperanza de hallar alivio.

¡Frederick Froman se hallaba cara a cara con su prisionero, Marcus Holtmann!

La angustia que reflejaba el semblante de Marcus era prueba evidente de que había estado soportando un suplicio horrible. La mirada de Froman no expresó la menor piedad. Los ojos tenían un brillo acerado. Tenía la mirada de un águila cruel que contemplara a su presa.

Ninguno de los dos hombres habló. Holtmann, fuertemente sujeto por la camisa de fuerza, emitió una exclamación. Fue lo único que medió entre los dos.

Froman, sin embargo, se volvió a uno de sus formidables secuaces. Hizo un gesto con las manos. El hombre se inclinó sobre el cuerpo de Holtmann y aflojó las correas de la parte de atrás de la camisa de fuerza.

Aliviado, Holtmann se dejó caer hacia atrás con un suspiro.

Otro gesto de Froman. Los tres secuaces -porque el que avisara, a Froman había entrado con él-salieron de la sombría mazmorra. La barrera se cerró tras ellos. Froman quedó solo con su víctima.

Era evidente, por la mirada suplicante de Holtmann, que éste tenia una idea del porqué le habían llevado allí. Sin embargo, su angustiado rostro reflejaba algo de reto mientras esperaba a que hablara el otro.

Lo primero que hizo éste fue soltar una carcajada de desprecio. Parecía gozar viendo el estado de su cautivo. Por fin, después de una última mirada escudriñadora, habló:

-Ha estado usted en Rusia-dijo, con frialdad-. Ha averiguado muchas cosas allí. Pero... ¿verdad que es sorprendente que se averigüen más cosas de Rusia fuera de ese país?

Los labios de Holtmann se movieron. Transcurrieron unos instantes antes de que pudiera articular una frase. Cuando habló, su tono era una mezcla de aturdimiento e indignación.

-¿Por qué estoy aquí?-exclamó-. ¿Qué le he hecho yo a usted? ¿Para qué me quiere? ¿Quién es?

Froman escuchó todas estas preguntas con una sonrisa de satisfacción. Se cruzó de brazos y le contestó, con mirada dura y fría:

-Soy del antiguo régimen. Norteamérica-no de nacimiento; rusa de origen. Mi nombre es adoptado. Los hombres que ha visto usted aquí vinieron a mí después de haber dominado Rusia los rojos. Eran criados de uno de mis parientes... un hombre que pereció en Rusia. Les he nacionalizado norteamericanos.

»Con eso ya he dicho bastante de mí mismo. Ahora hablaré de usted. Le han confiado una misión que usted creía secreta. Fue usted a Rusia a estudiar su situación. Regresó con ideas nuevas. Se ha impuesto la tarea de viajar por Norteamérica despertando el interés por Rusia... bajo sus actuales gobernantes.

-¿Y... ¿por qué no?-desafió Holtmann-. Tengo fe en la Rusia de hoy. No es ningún crimen el que yo haga eso. No soy agente del gobierno bolchevique...

-No he dirigido acusación, contra usted- le interrumpió Froman, serenamente-, no he criticado sus procedimientos. Usted y sus planes no representaban nada para mí. Pero hay otra cosa: una coincidencia que le convierte en persona de gran valor para mí.

Holtmann le miró sin comprender. Froman sonrió al darse cuenta de su perplejidad. Con los brazos cruzados aún, habló lentamente y con énfasis.

-Cuando marchó usted a Rusia-declaró -, buscaba una oportunidad. La encontró. Cierto alto funcionario de Moscú le hizo una proposición.

»Había de regresar usted a Norteamérica, ganarse la confianza de industriales; persuadirlos a que aplicaran sus procedimientos y dinero en Rusia, secretamente, con la esperanza de obtener grandes beneficios.

»Las ganancias de usted serían las comisiones que cobraría por sus servicios. Como intermediario independiente, como norteamericano convencido de que el desarrollo de los recursos rusos sería beneficioso para los capitalistas extranjeros; su posición era ideal. Usted tiene sus fines personales. Por desgracia, he creído necesario intervenir yo.

Al hacer Froman una pausa, los irritados ojos de Holtmann le miraron, muy alerta.

El prisionero estaba intentando adivinar el motivo de todo aquello. Creyendo adivinarlo, rompió en protestas:

-¿Por qué ha de querer perjudicarme? –exclamó-. ¡Mi trabajo no es ilegal! No existen pruebas de las cosas que insinúa. Usted es el que ofende. AL apoderarse de mi persona, ha cometido un crimen. ¡Es preciso que me ponga en libertad!

Froman sonrió con frialdad.

-¡Déjeme en libertad! - repitió Holtmann, en enloquecido aullido-. ¡Suélteme!... Puedo pagarle...

Froman alzó la mano imponiéndole silencio. Las palabras murieron en los labios del cautivo.

-¿Qué puede pagarme?-murmuró Froman, con desdén-. Sí; puede pagarme; pera no con los cuatro cuartos que tenía usted la intención de ganar. Intenta usted jugar sobre seguro... por cantidades insignificantes. Yo busco el peligro... cuando veo beneficios enormes.

Los ojos de Froman brillaban al mirar al otro. Apenas le veían, sin embargo.

Pensaba en sus planes y soñaba en su realización.

-Esta noche le secuestré-rió con una facilidad pasmosa-. El taxi que pidió usted a la parada próxima a la casa de Waddell lo cogió otro hombre. El taxi que se presentó en su lugar fue la trampa en que cayó.

»Mis agentes son pocos, Holtmann; pero trabajan bien. Ha desaparecido usted, ¿Dónde? La policía nunca lo sabrá.

»Que investigue. Lo más que podría averiguar serían detalles de sus negocios nada limpios. Logrará esa información si yo lo considero necesario. Se le tachará de auténtico representante de Moscú. Se creerá que traicionó a los que le proporcionaron una oportunidad.

El brillo de los ojos de Froman era inequívoco, claro. Holtmann mirándole con una expresión horrible, vió reflejada la muerte en ellos. Estaba demasiado asustado para poder hablar.

-En cuanto a usted se refiere-prosiguió Froman -, nada prometo. Mi propósito es exigir. Sólo tendrá usted un recurso: obedecer. Es usted estúpido, Holtmann; tan estúpido, que no se da cuenta de por qué le he secuestrado.

»Volvamos al momento en que se hallaba en Moscú. Se hizo usted muy amigo de un hombre que tenía bastante poder. Usted y él llegaron a un acuerdo sobre las condiciones en que había de trabajar. Puso usted una condición importante, a saber: que recibiría pago inmediato de los servicios que pudiera prestar. Esto se le prometió solemnemente.

Holtmann le miraba boquiabierto. Aquel hombre le estaba contando detalles que él creía conocidos sólo de la persona con quien había negociado en Moscú.

-Fue usted muy perspicaz-continuó Froman-. Se había situado bien; conque se mostró desconfiado. Quería usted garantías, pruebas de que le sería posible cobrar lo que se le debiera. Expresó dudas acerca de la garantía económica del Gobierno de Moscú.

»El hombre con quien trataba se mostró confidencial. Prometió darle todas las pruebas que necesitara. Desempeñó usted el papel de escéptico. ÉL estaba dispuesto a convencerle de que cualquier cantidad que se le debiera, podría pagársele instantáneamente. No en oro... (La voz de Froman se hizo lenta y enfática)... no en oro, sino en...

El semblante de Holtmann estaba desencajado de espanto. Froman, inclinado sobre su miserable prisionero, pronunciaba las palabras en un tono sombrío y amenazador. Las revelaciones le habían producido asombro. La expresión de Holtmann demostraba que Froman no se equivocaba.

-Su amigo de Moscú fue indiscreto-declaró Froman-. ¡Habló demasiado¡ Incluso le enseñó las pruebas que usted deseaba. Luego le obligó a jurar que guardaría el secreto.

»Pero, por desgracia, su indiscreción cesó pasado cierto punto. Las promesas que le hizo a usted fueron oídas. Pero, en lo que se refiere a la información en sí y a la exhibición de las pruebas, confiaba, en que se guardaría el secreto.

»Tal vez se arrepintiera de haber tenido tanta confianza en usted. No obstante, se vió obligado a confiar en su silencio. Tenia usted otros amigos en Moscú. Le hubieran protegido de haber intentado aquel hombre borrar su indiscreción mediante el procedimiento de cerrarle a usted la boca para siempre.

Gruesas gotas de sudor empezaron a perlar la frente de Holtmann. Sus labios resecos temblaron y se entreabrieron para hacer el último esfuerzo por discutir con su adversario.

-¡Todo eso es mentira!-exclamó-. ¡Jamás supe... jamás vi... no sé!...

Froman estaba muy erguido, con la mirada dura y la sonrisa cruel. Sus facciones tenían la dureza del granito tallado. Era un hombre de piedra.

-¡Hablará usted! – declaró-. ¡Me dirá todo cuanto sepa! Le serán extraídas las palabras de la boca. Hemos intentado averiguar, durante mucho tiempo, lo que ahora creemos que usted sabe.

»En Moscú, tropezamos con muchos obstáculos. Los pocos hombres que conocen el secreto están fuera de nuestro alcance. Aquí, en Nueva York, podemos trabajar. Conocerá nuestro método, Holtmann.

-Nada sé-protestó el hombre, frenético-. Nada sé...

-Será una verdadera desgracia, para usted el no saber nada -le contestó Froman, fuertemente-. Usted es el bajo mineral del que pensamos extraer una gran fortuna, triturándole. Si ese mineral no contuviese una gran fortuna... (Se encogió de hombros)... quedaría triturado igual. No pararemos hasta estar seguros de que hemos extraído cuanto nos hace falta.

Un rayo de esperanza iluminó momentáneamente el semblante de Holtmann. Froman sonrió con crueldad.

-¿Está usted pensando en una posible decepción?-dijo, burlón-.Eso de nada le serviría. No comprará su libertad con hablar tan sólo. Tenemos la intención de guardarle prisionero hasta que haya sido consumado el trabajo.

-Y entonces...

Holtmann susurró estas palabras, como último esfuerzo hacia la salvación.

-Nada, prometo-replicó Froman.

Holtmann comprimió los labios. Su actitud cambió. Desvanecióse su expresión de súplica. Parecía decidido a luchar hasta el final. Froman vió que tenía intenciones de ofrecer resistencia. Le ofreció otra oportunidad.

-Hable ahora...

La orden fue pronunciada en voz fría. Holtmann cerró la boca y adoptó una actitud sombría.

Froman giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta. Hizo girar el pomo y abrió la barrera. Sus tres hombres entraron en la mazmorra. Pronunció unas palabras secas y en ruso. Los hombres se acercaron a Marcus Holtmann.

No se perdió tiempo alguno en preparativos. Antes de la llegada de Froman, Holtmann había experimentado ya la enorme presión de la camisa de fuerza.

Ahora, mientras un hombre le sujetaba, otro fue apretando las correas hasta hacerlo retorcerse de angustia.

Pero no carecía de valor. Luchó contra el tormento, retorciéndose inútilmente mientras se mordía los labios. Se tornó testarudo, intentando soportar el dolor hasta que perdiera el conocimiento.

Froman le dijo algo al tercer hombre. Este, sacó una antorcha de forma rara y la encendió. Le metió la tea encendida en pleno rostro a Holtmann. La llama le chamuscó las mejillas. Se aproximó a sus ojos y el impotente cautivo los cerró fuertemente para protegerse de ella.

Froman aguardaba implacable. No dio orden alguna para dirigir la tortura.

Aquellos hombres eran unos artistas en el primitivo trabajo de aplicar un suplicio.

A veces, la antorcha se alejaba del rostro del prisionero. Instintivamente, éste abría los ojos. Sólo veía el rostro impasible de Frederick Froman.

Luego la llama volvía a danzar ante su vista, proyectándole el calor sobre las pupilas, y obligándole a cerrar los ojos de nuevo.

Ni uno solo de los tres seres inhumanos descansó en su tarea. A veces le aflojaban la camisa de fuerza; otras, apartaban la antorcha; Pero sólo eran cortos descansos que presagiaban nueva serie de torturas.

El terrible dolor de la camisa de fuerza quedaba neutralizado por el terror de la antorcha encendida. Marcus Holtmann, no tenía escape. Su rostro lleno de ampollas y medio despellejado tenía un aspecto seco al resplandor de la llama. Estaba llegando al límite de su resistencia.

Una pausa; luego Frederick Froman obró. Una señal suya hizo desistir a sus hombres.

La presión de las correas se alivió bruscamente. La tea se apartó. Con la garganta demasiado seca, ya para poder exhalar un suspiro, Marcus abrió los ojos y vió el burlón semblante de su enemigo,

-¡Habla!

La palabra pareció llegar a oídos del prisionero en tono bajo y como si viniera de muy lejos. Automáticamente, movió los labios. Habló en voz tan tenue que sólo Froman, inclinándose junto a él, pudo oír.

Palabras cortas y vagas se convirtieron en frases. Los ojos aterrados de Holtmann estaban fijos en la antorcha que se agitaba, amenazadora, por encima del hombro de Froman. La amenaza era demasiado grande para que pudiera resistirla un ser humano.

¡Estaba escuchado los datos que deseaba conocer!

CAPITULO IV
LA SOMBRA OYE

Era a última hora de la tarde siguiente. Parker Noyes estaba sentado cómodamente en el porche de la residencia, de Tobías Waddell. Alzó la mirada al salir el millonario de la casa.

-He estado hablando con Lamont Cranston-anunció Waddell-. Le he invitado a cenar aquí con nosotros.

-Es un hombre extraordinario ese Cranston-replicó el abogado.

-Es un hombre de posición-declaró Waddell, en tono de aprobación-. Es una verdadera alegría tenerlo aquí, en contraste con algunos de esos balas perdidas que...

-Como Tholbin-observó Noyes, con una seca sonrisa.

-Justo. No comprendo cómo puede mi hija soportar a ese atrevido. Nos sigue como un perro a todas partes donde vamos. Me molesta, Parker, sobre todo, puesto que ahora vamos a tener otra prueba de su entrometimiento.

-¿Quiere usted decir que va a ir a Europa?

-Sí. Salimos en el «Galathia» antes de fines de semana. Ahora, he sabido por Betty que Tholbin ha sacado pasaje en el mismo barco. Su itinerario será el mismo que cl nuestro... con toda seguridad.

-Quiere casarse con su hija.

-Sí; y me molesta.

-Tiene algo de dinero-murmuró Noyes-. Por lo menos así tengo entendido. Me figuro que lo está gastando a manos llenas, sin embargo.

-Está derrochándolo-declaró Waddell, en tono de ira-. Está tirando el dinero con la esperanza de casarse con mi hija. Le haré una oposición sistemática, a menos que pueda demostrar, a satisfacción mía, que tiene recursos en consonancia con sus ambiciones.

-Lo que significa que debe tener aproximadamente...

-Por lo menos un cuarto de millón.

-Cosa, que es muy poco probable-rió Noyes.

Tobías Waddell movió afirmativamente la cabeza. Luego cambió, hoscamente, de tema.

-Siento que no pueda quedarse hasta la noche, Parker-dijo-. Me gusta tenerle a usted aquí. Lo único que tengo que objetar es que recibe demasiadas llamadas telefónicas de su despacho.

-Han sido desconcertantes-contestó el abogado, con su característica sonrisa. Parece como si cada vez que empezamos una charla se presentara, un lacayo a decirme que me llamaron al teléfono. Bueno; el negocio es lo primero siempre... cuando uno es un abogado en activo y no un millonario retirado.

Apenas hubo dejado de hablar, se acercó un criado de librea.

-Le llaman al teléfono, señor-dijo, dirigiéndose a Parker.

El abogado se echó a reír y se levantó de su asiento. Entró en la casa y luego en el cuartito en que el teléfono estaba instalado. Una vez allí, cerró cuidadosamente la puerta, antes de acercarse al aparato.

Frederick Froman era el que telefoneaba. Reconoció su voz instantáneamente.

-¿Ha dado usted los pasos necesarios?-La voz de Froman expresaba ansiedad.

-Sí-repuso Noyes, en voz baja y tranquila-. Helmsworth vendrá a verme esta noche. Todo quedará arreglado definitivamente cuando haya hablado con él.

-¿Dónde le verá?

-En mi propia casa. A las diez. Le telefonearé a usted antes de las once.

-Magnífico. Tengo vivos deseos de saber qué dice. Ahora todo depende de él.

-En efecto. Entretanto, no me telefonee ni aquí ni a mi piso. Su llamada de esta mañana era suficiente. Ha tenido usted éxito en su trabajo. Cuanto menos se hable, mejor.

-Comprendo.

-Hice que mi despacho telefoneara a Helmsworth y acordara la cita. Me marcharé de aquí poco después de las ocho.

La conversación se dio por terminada. Parker Noyes abandonó el cuartito y volvió al porche.

-¿Más negocios?-inquirió Waddell en broma, al aparecer Noyes de nuevo.

Éste se echó a reír y movió, afirmativamente, la cabeza.

Caía el crepúsculo cuando se vieron los faros de un coche grande en el paseo del jardín. Loa dos hombres vieron apearse a Lamont Cranston. Ambos abandonaron el porche para ir a saludarle.

El trío regresó al porche para aguardar la hora de la comida. Mientras se hallaban sentados allí, el lacayo volvió a presentarse. Noyes se puso en pie, pero le dijeron que la llamada telefónica no era para él, sino para Cranston.

Éste entró en el cuarto del teléfono haciendo exactamente igual que el abogado. Cerró la puerta tras sí, y habló en voz baja.

-Burbank-dijo el que llamaba.

-Hable.

-Marsland anuncia que David Tholbin no ha dado ningún paso sospechoso. Vincent comunica, que continúa vigilando la casa de Frederick Froman. Nadie ha entrado ni salido.

Cranston cogió el aurícular y se puso a pensar. Marsland y Vincent eran hombree hábiles. Estaban vigilando a dos individuos sólo porque Marcus Holtmann había desaparecido, misteriosamente.

La vigilancia había empezado poco después de medianoche y, hasta el momento, no había dado ningún resultado positivo. Sólo quedaba otro hombre que, posiblemente, pudiera sentir algún interés en los asuntos de Marcus, puesto que había hablado con él la noche anterior.

Parker Noyes, el menos sospechoso de todos, puesto que estaba pasando tranquilamente el tiempo como invitado de Tobías Waddell. Sin embargo, siguiendo su intuición, La Sombra no pensaba dejar nada al azar. Siendo él también invitado del millonario, podía observar a Parker Noyes, de cerca.

Cuando Cranston apareció en el porche, Waddell se echó a reír.

-Tiene usted un competidor, Parker-observó-. Cranston está usando mi casa como cabina telefónica también.

-Mi despacho me ha estado molestando durante todo el día-explicó Noyes, volviéndose a Cranston-. Al señor Waddell parece haberle hecho gracia. Sin embargo, no creo que se me vuelva a molestar. El despacho está cerrado ahora y no hay motivo para que me hagan más llamadas. Por desgracia, he de regresar a primera hora de la noche a la ciudad, puesto que espero una visita en mi casa particular a eso de las nueve.

-Eso me saca de una situación un poco embarazosa-replicó el otro-. Me estaba preguntando cómo podría marcharme poco después de las ocho, porque he de estar en el club no mucho más tarde de las nueve. Lamento tener que marcharme temprano yo también. Sin embargo, ello me proporcionará el privilegio de llevarle a usted a la ciudad conmigo.

-Le acompañaré con muchísimo gusto-dijo Noyes-. Puede usted considerar como aceptada la invitación.

Los tres hombres entraron a cenar poco después. Comieron solos, ya que Betty Waddell se hallaba ausente. Resultó que se hallaba en Nueva York con un grupo de amistades y que iba a ir al teatro escoltada por David Tholbin.

Esta explicación, dada por Tobías Waddell, fue excusa para que iniciara una nueva serie de comentarios poco agradables acerca de Tholbin.

Poco después de las ocho, Parker Noyes anunció que ya era, aproximadamente, hora de que él se marchara. Fue llamado el coche de Cranston y los dos hombres emprendieron el camino de Nueva York.

Llegaron a casa del abogado bastante antes de las nueve y Cranston aceptó la invitación a subir al piso.

Entraron en un cuarto que Noyes llamaba, su despacho. Lo parecía. Estaba amueblado con varias cosas y una máquina de escribir, mientras que las grandes estanterías estaban llenas de largas hilera de tomos de obras forenses encuadernadas.

A Lamont no parecía causarle gran impresión aquel cuarto de trabajo de la casa particular del abogado. Este sonrió con indulgencia, catalogando a su visitante como hombre de ocio, acaudalado.

Noyes experimentaba un desdén secreto por la clase de ricos ociosos, e incluyó entre ellos a Cranston. Ello no obstante, era conveniente mostrarse amistoso con las personas que pudieran convertirse algún día en clientes deseables.

Antes de que el reloj que había sobre la mesa del abogado hubiese dado las nueve, Cranston recordó, de pronto, su casi olvidada cita en el Club Cobalto.

Se despidió de Noyes y fue acompañado hasta la puerta del piso por el criado.

Parker Noyes no volvió a acordarse de él. El abogado se sentó a su mesa de despacho, absorto en profunda meditación.

Parker Noyes habría olvidado por completo a Lamont Cranston; pero éste aún se preocupaba, mucho de los asuntos de Parker. En el oscuro vestíbulo de la casa, se estaba efectuando una extraña transformación.

Cranston, al dejar su coche, había bajado lo que parecía ser sombrero y abrigo sobre el brazo. Ahora, metido en un nicho aislado del vestíbulo, desplegó lo que llevaba.

EL abrigo resultó ser una capa negra con forro carmesí que lanzaba un brillo fosco en la semioscuridad. La parte roja de la prenda desapareció de la vista al envolverse los pliegues de la capa al cuerpo del hombre.

Luego adquirió forma el sombrero. Flexible y de ala ancha, descansó sobre su cabeza, y su borde, doblado hacia abajo, le ocultó las facciones.

¡Lamont Cranston se había convertido en La Sombra! Silenciosamente, como fantasma de la noche, cruzó el vestíbulo en dirección a la puerta del piso del abogado.

Allí se detuvo momentáneamente y, de pronto, giró a buscar refugio junto a pared y puerta. Su figura se fundió en la oscuridad a un extremo del vestíbulo en el precio instante, en que un hombre salía del ascensor un poco más allá.

Era la visita que esperaba Parker Noyes. El hombre se acercó a La Sombra, y se detuvo ante la puerta donde Lamont Cranston había estado hacía tan poco rato. Hombre de estatura regular y rostro cuadrado y fuerte mandíbula, el extraño tenía cierto aire que le caracterizaba como hombre de acción.

Se abrió la puerta en contestación a su llamada. Cuando volvió a cerrarse, La Sombra surgió de su temporal escondite. Sus manos, enfundadas ya en negros guantes, trabajaron, silenciosamente, en la cerradura.

La puerta cedió y entró La Sombra. Su figura alta y delgada se deslizó por el vestíbulo interior hasta llegar a la entrada del despacho del abogado.

Era evidente que la visita había sido conducida a aquel cuarto, porque se oía el rumor de conversación en el interior.

De debajo, de la capa, La Sombra sacó un instrumento de forma extraña: un disco de goma negra, conectado por un alambre a un auricular en forma de taza.

Con una mano La Sombra oprimió el disco contra el agujero de la cerradura.

EL auricular desapareció por debajo del ala del sombrero. Con este aparato especial el hombre de negro estaba preparado para captar las ondas sonoras procedentes del cuarto. Le era posible oír, palabra por palabra, toda la conversación.

-Helmsworth-le estaba diciendo Noyes a su visitante:-ha llegado el momento que yo estaba esperando. ¿Está usted preparado?

-Aún no, señor Noyes -replicó, hoscamente, el otro-. Tendrá usted que darme tres días más por lo menos.

No ha cumplido usted el acuerdo-declaró, con cierta satisfacción, el abogado-. Quedó convenido que estaría usted preparado para cualquier momento. Fue sobre esa base que logré yo arreglar las cosas para que obtuviera los fondos que necesitaba para su expedición polar.

-Aun en el mejor de los casos, nunca puede uno estar completamente seguro cuando se trata de submarinos-protestó Helmsworth-. Mi nave está preparada, ya, señor Noyes; Pero no puedo permitirme el lujo de correr ningún riesgo. Me ha exigido usted que cruce el Atlántico y regrese sin detenerme a obtener nuevo combustible. Ningún hombre más que yo hubiera podido comprometerse a efectuar semejante viaje.

»Acabo de hacer nuevos experimentos y he descubierto que mis cálculos no eran exactos, conque estamos instalando más depósitos de combustibles. Puedo darle la seguridad de que estaremos preparados para el viaje dentro de tres días. Sin embargo...

-¿Qué ocurre?

-Veo dificultades en perspectiva. El Estrecho que conduce al Mar Báltico presenta obstáculos para la navegación.

-No serán mayores que los representados por los témpanos de hielo que rodean la región ártica-dijo Noyes-. Tiene usted la intención de explorar por allí después de haber terminado el trabajo que ha de hacer para mí, ¿no?

-Justo. No obstante, siempre puedo volver atrás si experimento dificultades en las regiones polares. Ese viaje que usted exige no permite que se vuelva uno atrás. No podemos desembarcar en Rusia, como usted sabe. Emprenderé el viaje de acuerdo con mi promesa; pero necesito el tiempo que he pedido para poder hacer el viaje con seguridad.

-Así, pues, ¿no puede usted esperar llegar a Riga antes de quince días, contando desde hoy?-inquirió Noyes, pensativo.

-Ese es el tiempo que necesito-asintió Helmsworth.

-Está bien, trabajaremos sobre esa base. Prepárese para salir a la primera oportunidad. Asegúrese de que todo esté en orden. Después de todo, eso es lo más esencial. Ya tiene sus instrucciones. Sígalas. Recuerde que sólo debe anunciar que sale a hacer un crucero de prueba.

Se oyeron vagos sonidos dentro del cuarto, que indicaban que los hombres se estaban levantando. La mano de La Sombra arrancó el disco de goma de la cerradura. Luego la figura de negro desapareció dentro de un cuarto que había al otro lado del vestíbulo.

La puerta del despacho se abrió. Parker Noyes y su visitante salieron.

La breve conversación había resultado iluminadora para La Sombra. La visita era; Silas Helmsworth, conocido experto en submarinos y navegante, cuyo anunciado viaje en submarino a las regiones polares había sido objeto de discusión en los periódicos durante muchos meses.

Sus relaciones con Parker Noyes y el anuncio del lugar a que pensaba dirigirse fueron el primer eslabón que encontró La Sombra entre Marcus Holtmann y uno de los invitados de Tobías Waddell.

Una vez se hubo marchado Silas Helmsworth, Parker Noyes volvió a su despacho y cerró la puerta. El trabajo de La Sombra no había terminado aún.

Saliendo de su escondite, volvió a colocar el disco de goma en la cerradura.

Oyó la voz del abogado. Este hablaba por teléfono.

-Riga... Quince días... Moscú, dieciséis días... Arregle las cosas para entonces... No; es preciso que calculemos ese tiempo... ¿Está usted seguro de que Holtmann ha dicho todo cuanto sabe?... ¡Magnífico! Reténgale hasta entonces, a menos que...

Hubo una pausa. Evidentemente Noyes escuchaba un largo informe.

-De acuerdo, Froman-Noyes hablaba con cierto dejo de duda:-eso es cuenta de usted. Ha hecho usted su parte. Yo no intervendré. Si lo cree preferible...

De nuevo dejó de hablar el abogado. Luego se despidió, después de haber escuchado unos momentos. Se oyó el ruido del auricular al ser colgado.

Hubo movimiento fuera, en el vestíbulo. La Sombra, trabajaba rápida y silenciosamente. Despegó el dispositivo de la puerta, y, con paso ligero y sin ruido, se dirigió a la puerta de salida.

Sólo el leve roce de la capa turbó el silencio. La Sombra se iba con sombría decisión.

Tenía otro trabajo que hacer aquella noche. La vida de un hombre peligraba y... ¡sólo La Sombra podía salvarle!

CAPÍTULO V
LA MUERTE INTERVIENE

Marcus Holtmann descansaba, hastiado, en el suelo de su mazmorra. Ya no tenía puesta la camisa de fuerza; pero seguía con los brazos pegados al cuerpo.

Parecía sentir aún la presión del artefacto aquel. La palidez de su chamuscado rostro, el cansancio de su cuerpo, la inclinación de su cabeza, eran indicadores de la prueba que había tenido que soportar.

La puerta de la mazmorra se abrió. Frederick Froman, con el semblante tan impasible como de costumbre, entró en el sombrío cuartito y le miró fijamente, Holtmann, con aparente debilidad, alzó la cabeza para hacer frente a la mirada del otro.

No se cambiaron palabras, de momento. Froman hacía cara de satisfacción; pero no dio muestra alguna de triunfo. Holtmann tenía aspecto de vencido.

Froman soltó una risa áspera. Expresaba desdén más bien que burla. Parecía estar contemplando el estado de su víctima con aire de experto que ha visto a muchos otros en la misma situación.

-Si ha sufrido usted-observó, con frialdad-, es usted el único culpable de ello. Le ofrecí la oportunidad de librarse de la angustia que soportó. Prefirió usted sufrir. El resultado fue el mismo. Usted habló.

Holtmann no replicó.

-Tal vez-prosiguió el otro, con sequedad-. Tal vez le interese saber que yo he hecho uso de la información que tuvo usted la bondad de darme. Por consiguiente, ya no le necesito a usted para nada.

En los ojos del cautivo apareció una mirada interrogadora. ¿Significaban aquellas palabras esperanza o tragedia? Froman leyó su pensamiento. Sonrió.

-Está usted preguntándose si será puesto en libertad-murmuró-. Siento mucho decirle que eso es cosa que no puedo concederle de momento. Supongo que a estas alturas, ya habrá comprendido usted el objeto de mis actos.

»No hay necesidad de que agregue riesgos al número de los que ya existen. Por consiguiente, tengo la intención de conservarle aquí una temporada. Le trataré como a un visitante, mientras permanezca.

Al decir estas palabras. Froman se volvió y alzó la barrera. Apareció un hombre alto con una bandeja de comida. Por primera vez brilló algo de interés en las pupilas de Holtmann. La bandeja fue depositada en el suelo, delante de él.

-Una excelente comida-observó Froman:-sopa, un plato, y postre. Espero que saboreará con gusto loa melocotones en conserva que constituyen la culminación de la cena. Puedo asegurarle que son excelentes.

El tono meloso de Froman devolvió la serenidad al prisionero. Sus débiles manos se alargaron hacia la comida. Froman rió y dio media vuelta, seguido de su criado. La puerta se cerró tras ellos.

Holtmann empezó a comer con avidez; luego le fallaron, momentáneamente, las fuerzas y devoró el alimento más despacio.

Al otro lado de la barrera, el ascensor subió al sótano. El semblante de Frederick Froman sonreía al ser visto a la luz colocada en la parte superior del hueco del ascensor secreto. Éste volvió a descender.

Froman siguió subiendo hasta llegar al primer piso. Consultó el reloj; luego se volvió hacia su compañero.

-Son cerca de las diez-dijo, en ruso-. A las diez y veinte volverás a bajar. ¿Comprendes?

El hombre movió, afirmativamente, la cabeza.

Sentado en una silla del cuarto delantero, Froman atrajo hacia sí una caja de panetelas, sacó una y la encendió. Exhalando lentamente el humo, se puso a pensar. Una vez alargó la mano hacia el teléfono que tenia a su lado; luego movió negativamente la cabeza y reanudó su meditación, mirando fijamente, hacia la pared de enfrente.

Allí, en su cuarto del primer piso, estaba a cubierto de toda vigilancia; y seguro contra todo intruso. La única entrada al mismo se hallaba en el piso de abajo. Allí, sus criados estaban constantemente en guardia, seguros tras puertas de triple cerrojo.

Como caballero rico y sin ocupaciones, Frederick Froman podía dedicarse a sus asuntos sin ser molestado. Estos asuntos habían adquirido cierto matiz criminal; pero la policía de Nueva York seguía sin concebir sospecha alguna.

La sonrisa que parecía estampada en el rostro del joven denotaba la seguridad, que sentía-. Dicha sonrisa tal vez se hubiera desvanecido si hubiese vuelto la cabeza.

Tras él, a un lado del cuarto, se estaba levantando muy despacio la cortina de una ventana. Quedó al descubierto una masa de oscuridad. La ventana estaba abierta.

Dos ojos brillaron en la oscuridad. Ojos fríos y penetrantes que se fijaron en el solitario ocupante del cuarto. Parecieron detenerse al salir Froman, bruscamente, de su letargo.

La oscuridad pareció oscilar, como si se retirara hacia la noche. Luego, al coger Froman el teléfono, la oscuridad avanzó y parte de ella, se alargó en extraña sombra que cruzaba el suelo.

Frederick Froman llamaba a casa de Parker Noyes. Cuando empezó la conversación, la figura próxima a la ventana, tomó forma humana. El sonido de la voz de Froman anuló cualquier ruido que pudieran haber hecho ventana y cortina.

-Dieciséis días...-Froman hablaba con voz preocupada-. Es mucho tiempo... Sí; ya sé que no debiera llamarle con tanta frecuencia, pero esto es la mar de importante... He enviado el mensaje, ¿comprende? Le dije doce días y no dieciséis... Sí; en claves con toda la información... Que sean doce. Habrá seguridad en Riga durante unos días. Sí; Holtmann nos ha dicho el lugar exacto. Están preparados para dar el golpe...

Al pronunciar el hombre estas palabras, la extraña figura se hallaba a muy pocos pasos de distancia de él. Alto y sombrío, envuelto en su capa negra, La Sombra escuchaba y vigilaba.

-¿Holtmann?-La voz de Froman expresaba desdén-. Está abajo. No estará mucho tiempo ahí. A las diez y veinte (miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea), es decir, dentro de diez minutos, habrá dejado de molestarme... Sí; ya comprendo... Es prudente olvidarle...

Rápidamente, La Sombra cruzó el cuarto. Pasó por la abierta puerta sin ser visto de Froman.

La voz que hablaba por teléfono fue apagándose en la distancia a medida que el hombre de negro descendía por los escalones hasta la planta baja.

Uno de los secuaces de Froman estaba de pie, de espaldas a la escalera. Se vió el cañón de una pistola en la mano enguantada de La Sombra.

Si el hombre se hubiera vuelto y visto la figura que se acercaba, hubiera sido este su último acto en la vida. Pero La Sombra no se hallaba allí para atacar.

Su objetivo era el vestíbulo, por debajo de la escalera. Con infinita cautela bajó lentamente y avanzó con paso ingrávido al llegar al lugar que buscaba.

Deslizándose dentro de un cuarto más allá de la escalera, La Sombra, siguió su camino. Descubrió una puerta baja, que señalaba la escalera del sótano.

Abrió la puerta, y bajó al sótano de piedra.

Allí, a la luz de la solitaria bombilla, no vió más que paredes macizas y bloques de cemento en el suelo. Cruzó, silenciosamente, la estancia.

Empezó a golpear las paredes con la culata de la pistola. Se detuvo a escuchar. Había descubierto un punto hueco.

Examinó la estructura del muro. Sus agudos ojos no lograban distinguir abertura secreta alguna. Se puso a pensar. De pronto pareció sentir una inspiración.

Con asombrosa intuición, La Sombra había comprendido el significado de la pared hueca. Era el espacio central por el que se deslizaba, la barrera que cerraba la entrada de la mazmorra de abajo.

Los ojos de La Sombra se clavaron en el suelo. Sospechaba la presencia de una cavidad debajo del sótano.

Las ranuras que dividían los bloques de hormigón fueron inspeccionadas.

Los ojos perspicaces observaron la ligera elevación de uno de ellos. La mirada de La Sombra barrió el cuarto; luego se volvió lacia arriba.

Por encima de él colgaba la solitaria lámpara. Se hallaba colocada un poquito a un lado del borde del bloque que sobresalía.

La Sombra alzó una mano y asió el alambre por encima del portalámparas.

Tiró del alambre. Descendió cosa de treinta centímetros. El bloque del centro del suelo empezó a subir.

La Sombra soltó el alambre. El ascensor siguió subiendo hasta que su base alcanzó el nivel del suelo del sótano.

Agachándose, se metió debajo del bloque que hacía las veces de techo del artefacto. En uno de los postes descubrió un interruptor. Lo oprimió y el ascensor empezó a bajar. Aquel era el mecanismo empleado para hacer funcionar el ascensor desde dentro.

En el pasillo, debajo del sótano, La Sombra, halló la barrera que cerraba la entrada de la mazmorra. Hizo girar el pomo y la pared aquella se deslizó hacia arriba.

Menos de diez minutos después de salir del cuarto de Froman, La Sombra había descubierto la prisión escondida.

Marcus Holtmann, estaba sentado en el suelo, apoyado contra la pared.

Estaba dando fin a la comida, la primera que había probado desde que le hicieron prisionero. En una mano sostenía el platillo que había contenido los melocotones en conserva.

Abrió los ojos desmesuradamente, fijándolos en la barrera abierta. Al entrar La Sombra y cerrarse la abertura tras él, las manos de Holtmann temblaron y el platillo se le cayó, rompiéndose. La presencia del desconocido era formidable e inspiraba miedo.

Cuando intentó hablar con su misterioso visitante, sólo le salieron ruidos ahogados de la garganta. Entonces vió brillar los ojos bajo el ala del sombrero. Eran severos, centelleantes; pero el desgraciado cautivo creyó descubrir en ellos señales de amistad.

Intentó ponerse en pie y volvió a caer. La Sombra se hallaba a su lado, alzándole el cuerpo. De pronto surgió de loa labios de Holtmann un penetrante chillido.

Se dobló y se llevó las manos al estómago. Retorciéndose en nueva e inesperada tortura, se escapó de las manos de La Sombra y se retorció en el suelo.

La Sombra vió los pedazos del platillo. Comprendió. Y al avanzar rápidamente para ayudar al angustiado prisionero, éste tradujo en palabras el pensamiento de La Sombra.

-¡Me han envenenado!-aulló Holtmann, roncamente-. ¡Me han envenenado porque hablé...!

Se interrumpió y miró, no hacia la aparición que se había presentado a salvarle, sino hacia la barrera. Ésta, se había alzado y en el hueco se veía al servidor de Froman, que había acudido de acuerdo con las órdenes de su amo.

La Sombra estaba inclinado sobre Holtmann. Se volvió, bruscamente, al observar la mirada del envenenado. El ruso había iniciado ya el salto para abalanzarse sobre él. Llevaba un enorme puñal en la mano.

La Sombra tenía preparada la pistola; pero no llegó a usarla. Tiró el arma a un lado, como para evitar un disparo que pudiera hacer cundir la alarma, al ser oído.

¡Extraña acción en aquella mazmorra donde todo sonido quedaría amortiguado!

Poniéndose en pie, aguardó el choque de su adversario. Ambos hombres rodaron por el suelo ante la fuerza del impacto.

El ruso estaba alzado el cuchillo; pero antes de que pudiera caer su golpe, lo asió la muñeca una mano más fuerte que el acero de su arma.

Abrazados en terrible lucha, ambos hicieron uso de todas sus fuerzas. El ruso era enorme; pero todas sus fuerzas no eran bastantes. A medida que transcurrían los minutos, el silencioso combate continuó mientras, Marcus Holtmann se retorcía grotescamente en el suelo, junto a los luchadores.

El cuchillo amenazador no se movió de su posición. La mano que lo sujetaba no podía moverse una pulgada, a pesar de la fuerza que estaba poniendo en juego. Brazo contra brazo y mano a muñeca, La Sombra y su antagonista sostenía una lucha a muerte.

Pero uno de ellos tenía ya la pelea perdida. Éste era el ruso. No se dio cuenta, durante aquellos minutos de tensión, que La Sombra sólo le estaba manteniendo a raya, esperando hasta que empezaran a desvanecerse sus energías. El moscovita no podía ver el rostro que tenía delante de él; sólo dos ojos que brillaban en cuencas profundas.

Durante un instante, la fuerza del ruso vaciló. Aquella, era la señal que había estado esperando La Sombra. Los músculos se hincharon bajo los negros guantes. Con fuerza sobrehumana, La Sombra se alzó, lentamente, del suelo, levantando en vilo a su pesado adversario.

El ruso, furioso, dio manotazos al aire. Logró desasir la muñeca derecha y dirigió una cuchillada al otro. Fue demasiado tarde.

Al iniciar su brazo el movimiento, el secuaz de Froman fue lanzado hacia arriba y hacia adelante. Su cuerpo dio una voltereta en el aire.

La mano que esgrimía el puñal fue demasiado tardía parea romper la caída.

El ruso aterrizó de lleno sobre el cráneo. Su cuerpo rodó por el suelo y el cuello se le quedó torcido de una forma rara. Su espalda descansaba plana, sobre el piso de piedra. Su rostro estaba vuelto casi por completo hacia abajo.

La manía de matar, había sido la perdición del hombre. Se había roto el cuello. La caída le había producido la muerte, instantáneamente.

La Sombra se volvió hacia Marcus Holtmann. El prisionero se hallaba ya en los últimos estertores de la agonía. El inhumano plan de Froman había tenido éxito. Con ojos vidriosos, Holtmann miró hacia el fantasma que había llegado demasiado tarde para salvarle la vida.

La muerte se estaba, apoderando ya de Marcus Holtmann; Pero en aquellos últimos momentos febriles se dio cuenta, claramente, de que cl hombre de negro no podía ser amigo de Frederick Froman. Una sonrisa horrible asomó a los labios del moribundo. Con toses de muerte, pronunció palabras inconexas.

-Moscú... Gostinny Ulitza... Prospekt...

Estos nombres sonaron en su delirio. Los labios se estaban debilitando; las palabras ya no se entendían. La Sombra habló en un susurro, al que el moribundo respondió con movimientos afirmativos de cabeza.

Los ojos de Holtmann estaban entornados; pero sus labios volvieron a moverse, haciendo silenciosas declaraciones que los ojos penetrantes de La Sombra, supieron leer. El hombre de negro hizo preguntas en voz baja, palabras inglesas mezcladas con términos ruso.

Los ojos del moribundo se abrieron con momentánea expresión de triunfo.

Siguió un grito salvaje; luego un espasmo sacudió el cuerpo del envenenado, que cayó inerte. Marcus Holtmann había muerto.

En la agonía, había dado su mensaje. Los datos que le había dado a Frederick Froman fueron revelados de nuevo. De frases apenas coherentes, La Sombra había colegido lo que Marcus sabía: ¡la información por la cual Froman había llegado a torturar a Holtmann para conseguirla, y le había matado para conservarla!

Alzóse, La Sombra cruzó silenciosamente la mazmorra y recogió su pistola. Observó los cadáveres que yacían en el suelo; luego movió el de Holtmann de forma que quedara al lado del ruso.

Con sumo cuidado, colocó las manos de forma que se extendieran en dirección al otro cadáver. Los puños del envenenado estaban crispados.

La mano de La. Sombra tocó el pomo de la barrera. Antes de hacerlo girar, la mano hizo una pausa y los ojos miraron penetrantes. Luego la barrera de acero se alzó. Cuando volvió a descender, el silencio reinó en la mazmorra que había recibido la visita de la muerte.

La Sombra parecía invisible al ascender por la casa. Llegando al segundo piso, entró en uno de los cuartos delanteros y saltó por una ventana que se abrió y cerró sin hacer el menor ruido.

Más tarde dos manos aparecieron, debajo de una luz, sobre una mesa. El ópalo de fuego del largo dedo blanco brilló, misteriosamente, como parpadeante ojo que mirara desde las profundidades.

Sobre la mesa apareció una tira de papel en el que figuraba el horario de salida del vapor «Bromen», que zarparía de Nueva York a la mañana siguiente.

La mano derecha anotó una sola palabra: «Moscú».

La luz se apagó. Una risa baja y burlona resonó en el oscuro cuarto. Su tono repercutió en las paredes.

La muerte había intervenido aquella noche; pero no a tiempo para frustrar los planes de La Sombra.. ÉL solo, sin ayuda de nadie, aquel asombroso maestro, se disponía a hacer fracasar los planes de cerebros astutos.

La Sombra había oído aquella noche que Frederick Froman poesía un plazo de doce días. ¡Doce días antes de que fuera puesto en práctica algún plan diabólico!

Antes de la fecha señalada, La Sombra se hallaría allí.

¡Salía para Moscú cl día siguiente!

CAPÍTULO VI
A LA NOCHE SIGUIENTE

La noche siguiente, a las ocho y media, Frederick Froman bajó los escalones de su casa y miró de un lado a otro de la calle. Vió un taxi que pasaba, y lo paró. AL subir al vehículo y darle las señas al conductor, Froman no se fijó en un hombre que había al otro lado de la calle.

Este individuo era un joven, bien vestido que podía muy bien haber sido tomado por un transeúnte casual; pero en cuanto el coche echó a andar en dirección a la avenida más cercana, el joven dio muestras repentinas de actividad. Echó una escudriñadora mirada a las ventanas de la casa de Froman, luego echó a andar en la misma, dirección tomada por el coche.

Harry Vincent, agente de La Sombra, seguía vigilando. Su plan para seguir a Froman estaba bien calculado. Había una distancia relativamente corta hasta el cruce más cercano. EL coche se había encontrado con la luz roja, y seguía aguardando para poder torcer a la izquierda cuando Harry llegó a la esquina.

Al tomar el taxi de Froman por la avenida, Harry llamó a otro que pasaba y emprendió la persecución antes de que el primer vehículo hubiera desaparecido de vista.

Froman se dirigía a la casa en que Parker Noyes tenía su piso. Cuando entró en el edificio, Harry Vincent le pisaba los talones y le oyó preguntar por el piso del abogado. No lo siguió más allá; abandonó cl edificio y se dirigió al teléfono más cercano.

Al llegar a la puerta, del piso del abogado, Froman llamó y, al abrirle el criado, preguntó si estaba en casa el señor Noyes. Recibiendo una contestación afirmativa, entregó una tarjeta de visita, que el criado miró con curiosidad. Llevaba el nombre: F. O. FROMAN

El hombre le hizo pasar y llevó la tarjeta a su amo. Volvió y condujo, cortésmente, al joven al pequeño despacho. Noyes, sentado a la mesa, alzó la cabeza intrigado, al aparecer Froman, haciéndole una seña para que cerrara la puerta.

-¿Por qué está usted aquí?- inquirió-. Bien sabe que no es prudente. ¡Le ordené que no se acercara, porque demasiado contacto pudiera resultar peligroso!

-Era importante que viniese-contestó el otro-. Estoy preocupado y decidí que la única solución era hacerle una visita personalmente.

El abogado movió, afirmativamente, la cabeza.

Al igual que Froman, parecía preocupado. El recién llegado se dio cuenta de ello e inquirió:

-¿Se trata de Helmsworth?

Noyes volvió a afirmar, pensativamente, con la cabeza.

-Estuvo a verme hoy otra vez-declaró-. He solucionado la cuestión por fin. Helmsworth ha confesado que la distancia a recorrer es demasiado grande para su submarino. Duda mucho que pueda llegar a Riga y volver. Quiere hacer escala en algún puerto.

-¡Es imposible! - exclamó Froman-. ¡Eso lo echaría todo a perder! ¡Helmsworth debió de decirle a usted eso hace tiempo!

-Eso en nada resuelve la situación actual. Significa simplemente, que tendremos que hacer uso del plan que teníamos trazado para caso de apuro.

-¿Vía París?

-Vía París.

-¡También es imposible! Se puede arreglar todo perfectamente, en cuanto a llegar a París se refiere. Pero, de ahí en adelante...

-Tuve una especie de inspiración después de hablar con Helmsworth esta tarde -dijo Noyes-. No tenía la intención de hablarle a usted de ella hasta haber hecho el trabajo preliminar. He encontrado el hombre que necesitamos y le espero aquí antes de que haya transcurrido una hora.

-¿De quién se trata?

-Ya lo sabrá después-contestó el abogado, con enigmática sonrisa.

Froman pareció picarse por la misteriosa actitud de su interlocutor. Empezó a protestar; pero Noyes le interrumpió con un ademán.

-Cambiemos de tópico-dijo-. Cuénteme por qué ha venido aquí esta noche.

-Estoy preocupado. He estado preocupado desde anoche. Parece haberme perseguido la mala suerte. He perdido uno de los hombres de más confianza, y... ¡no acabo de explicarme cómo ha sido!

Noyes enarcó las cejas, interrogador.

-Me deshice de Holtmann-declaró Froman-. Ya le dije anoche, que tenía esa intención. Averigüé todo lo que sabía y ya no había motivo para guardarle más tiempo. Pero perdí a Sergoff al mismo tiempo y no comprendo cómo pudo ocurrir.

»Envenené la comida de Holtmann. Sergoff había quedado en bajar y asegurarse de que el veneno había surtido su efecto. Bajó y, al ver que no regresaba, fui en su busca y le encontré muerto.

-¿A Holtmann, o a Sergoff?

-¡A los dos! El veneno acabó con Holtmann; pero Sergoff fue asesinado brutalmente. Tenia el cuello roto y la cabeza aplastada contra el suelo.

-Debió matarle Holtmann-dijo Noyes-. No veo yo misterio alguno por esa parte.

-Las pruebas confirman su teoría-respondió Froman-. Por la posición de los cuerpos demostraba, que debía haber habido lucha, entre los dos hombres. Pero la situación se me antoja increíble.

»Imagínese lo siguiente: Holtmann, tan débil e impotente que apenas tenía la fuerza necesaria para comer cuando yo le dejé; y Sergoff, armado y fuerte. Jamás hubiera creído posible que dos hombres de mayor potencia que Holtmann hubieran podido juntos vencer y matar a Sergoff.

-Tal vez-sugirió Noyes-, fuera debido a los efectos del veneno. Es posible que le diera fuerzas sobrehumanas.

-¡Empiezo a creer que tiene usted razón!-exclamó Froman, al que no se le había ocurrido pensar en semejante explicación-. Sí, eso debe ser. Sin embargo, tengo el convencimiento de que es un mal presagio. Tal vez me crea usted supersticioso. Si lo soy, es porque mis supersticiones acostumbran hallar confirmación.

»Siento que nuestro plan está llamado a fracasar. En Moscú aguarda la acción. La quieren ahora. ¡No podemos esperar!

Poniéndose en pie. Froman empezó a pasear, de un lado para otro, con nerviosidad. Aquel hombre era una paradoja. Había tomado una vida humana con la mayor tranquilidad del mundo y, sin embargo, se le deshacían los nervios bajo la tensión de la actividad.

Parker Noyes se dio cuenta del estado de su compañero y le habló, tranquilizador.

-Al hablar de acción-dijo-, supongo que quedará satisfecho. ¿Me equivoco?

-No; me gustaría mandar aviso de que nuestros hombres pueden seguir adelante en cualquier momento... que son libres de obrar... para evitar que tengamos que depender de Helmsworth.

»Recordará usted que mi plan de hacer uso de París como base temporal se fundaba en ese pensamiento. Pero de París a América ha resultado un obstáculo invencible.

-«Era» un obstáculo -sonrió Noyes-. Creo que, actualmente, ha dejado de serlo. Mi plan exige la introducción de un nuevo personaje¡ pero uno que resultará tan digno de confianza como Helmsworth. Es más, no pienso eliminar del todo a este último. Ocupa un lugar también en el asunto.

»Me alegro de que esté usted aquí, Froman, porque así podré hablar más libremente con mi próxima visita. Tengo una combinación excelente para que pueda usted escuchar todo lo que digo y para que me diga, si quiere que continúe o no. Ya se la enseñaré cuando llegue el momento.

-Estoy dispuesto a confiar en Usted-dijo Froman:-Después de todo, usted ha sido el cerebro que ha dirigido el asunto. Cuando se me ocurrió mi gigantesco plan, yo carecía de método para llevarlo a la práctica.

»Toda sugerencia suya, todo acto que ha ordenado, ha salido a la perfección hasta la fecha. Conoce usted la situación tan bien como yo. Yo tengo un grupo de relaciones; usted otro. Con franqueza, estoy preocupado. Todos mis métodos están dispuestos para ser utilizados. Sólo requieren la mano directora de usted.

Parker Noyes sonrió satisfecho. Aquellos dos hombres contrastaban enormemente, a pesar de ser compañeros en el crimen.

Frederick Froman era de rostro severo e inflexible, aun cuando en aquellos momentos experimentara nerviosidad. Parker Noyes seguía siendo el hombre calmoso y lleno de bondad; Hasta su sonrisa de maliciosa satisfacción era benigna y paternal.

Antes de que pudiera reanudarse la conversación, llamaron a la puerta.

Contestó el abogado y habló al criado que aguardaba. Se cruzaron unas cuantas palabras en voz baja; luego Noyes cerró la puerta y se volvió a Froman.

-Venga-dijo.

Le condujo a una de las habitaciones macizas y oprimió el lado de un estante. El mueble entero giró hacia fuera, dejando al descubierto un hueco.

-Esto es tan interesante como la entrada a su mazmorra-sonrió Noyes-. Observará la peculiaridad de estos estantes. Este de arriba, está arreglado de tal forma, que se puede ver a través de él desde atrás. Si quisiera usted hacerme alguna señal, oprima este botón. Yo la veré. Si lo oprime usted una vez significará que quiere que dé fin a la conversación; dos veces, que continúe. Cuando yo haga una pausa, querrá decir que estoy aguardando su señal.

Frederick Froman se introdujo en el estrecho hueco. EL abogado cerró la biblioteca y volvió a sentarse a la mesa. Aguardó, en silencio, hasta que volvieran a llamar a la puerta.

Ordenó a la visita que entrara. Entró un hombre al que Noyes hizo sentar al otro lado de la mesa, de forma que estuviera de espaldas a la biblioteca, tras la cual se escondía Froman. El visitante era David Tholbin.

CAPÍTULO VII

SE ELABORA EL PLAN

Al encontrarse la mirada de Tholbin con la del abogado, se advirtió en su rostro una marcada expresión de tensión. Era evidente que el abogado le inspiraba cierto temor. Parecía perplejo y se agitaba inquieto en su asiento.

Noyes, por su parte, estaba completamente sereno. Sentado a la mesa, se cruzó de brazos y contempló al visitante con mirada serena, aunque bondadosa.

-Tholbin-dijo, tranquilamente:-seguro que estará usted enterado de que represento a Tobías Waddell en todos sus asuntos legales.

Tholbin movió, afirmativamente, la cabeza.

-Por añadidura, poseo su confianza en otros asuntos. Somos viejos amigos.

-Lo sé-respondió el muchacho.

-Por consiguiente, la cuestión de cuál ha de ser el esposo de Betty Waddell es cosa en la que siento un interés más que pasajero. Yo, no menos que el señor Waddell, tengo interés en que contraiga un matrimonio conveniente.

La mirada de Tholbin era retadora. El joven había adoptado una actitud de desafío. Su táctica era dejar que hablara Noyes. Las palabras que pronunció el abogado a continuación, sin embargo, habían de preocuparle hondamente.

-El señor Waddell-dijo Noyes-, tiene el deseo de que su hija se case con un hombre de considerable fortuna. Mi opinión es distinta (sonrió Noyes antes de dejar caer su bomba), porque me interesa mucho más la cuestión de con quién no debe casarse.

»Yo, por ejemplo, dudo de la conveniencia de que Tobías Waddell tenga, por yerno, a un hombre al que se le ha pillado en irregularidades tales como jugar con ventaja, intentar efectuar chantajes y dedicarse a transacciones en acciones y valores fraudulentos.

-¿A quién se refiere usted?-inquirió el otro, con aspereza y hosquedad.

-A usted.

Tholbin se puso en pie de un brinco, apretando los puños. Su actitud era amenazadora.

-¡No puede usted demostrarlo!-exclamó-. !Se han dicho muchas mentiras de mí; pero yo las he aplastado! ¡No existe un solo hombre en Nueva York que pueda dar testimonio contra mí!

-Ninguno en la «ciudad» de Nueva York - asintió, tranquilamente, el abogado-. Pero hay tres en el «Estado» de Nueva York.

-¿Dónde están?-exigió Tholbin.

-En el presidio de Sing Sing -replicó Noyes.

Tholbin se dejó caer, bruscamente, en su asiento. Abrió los puños. Miró, con impotencia, al abogado. Parker Noyes seguía tan benigno como siempre; pero, para Tholbin, la bondad del rostro del abogado se había convertido en malicia.

-¿Qué piensa usted hacer?-preguntó por fin-. ¿Delatarme?

Tenía la mirada clavada en los ojos de su interlocutor. Parker Noyes seguía sonriendo y Tholbin se asombró al notar una mueca de aprobación.

-Si tuviera la intención de poner fin a su juego-dijo Noyes, tranquilamente-, no le hubiera llamado aquí. Me he limitado a exponer que su fama pasada y presente no está en consonancia con las exigencias de Waddell ni con las mías. Existen ciertas objeciones tangibles contra el matrimonio entre usted y Betty Waddell Le he traído a usted aquí para averiguar si pueden ser eliminadas.

Tholbin estaba intrigado. No se le ocurría contestación alguna. Noyes hizo una pausa, y miró por encima del hombro del joven. Un libro se movió, levemente hacia fuera, en el estante detrás de la biblioteca. El mismo tomo volvió a moverse. Noyes sonrió.

-Veamos-murmuró, pensativo-. Si mal no recuerdo, el señor Waddell y su hija tienen la intención de salir para Europa dentro de pocos días. ¿Van a marchar en el «Bromen»?

-El «Bromen» salió hoy-advirtió Tholbin-. Saldrán a bordo del «Galathia».

-Ah, sí. Ahora me acuerdo. ¿Tenía usted la intención, por casualidad, de tomar el mismo vapor?

-Sí.

-Creo que el señor Waddell marcha directamente a París. ¿Era ese su destino también?

-Sí.

Noyes volvió a hacer una pausa. Recibió la misma señal, sin que Tholbin se diera cuenta de ello. Reanudó la conversación.

-Tholbin-dijo con énfasis:-voy a ser franco con usted. He estudiado sus antecedentes. Ha vivido usted siempre del ingenio.

-Eso no tiene nada de malo.

-De acuerdo. Su pasado ha sido un poco desagradable; pero sólo ha llegado a las lindes de la ley.

-No pueden meterme en la cárcel por ninguna cosa que haya hecho.

-No-admitió Noyes;-ha sido usted listo a su manera. Después de todo, cl ser listo es una virtud... si se usa con discreción. Deduzco que ha acumulado usted algún dinero.

-Sí; tengo dinero-asintió Tholbin-. Unos quince mil dólares. Puedo conseguir más cuando lo necesite... y seguir sin ponerme al margen de la ley.

La idea que el señor Waddell tiene de la fortuna, se basa en un mínimo de doscientos cincuenta mil dólares. Dígame, Tholbin: ¿usted cree poder reunir semejante cantidad con ayuda de su ingenio?

-No-replicó el hombre, con desaliento.

-El señor Waddell piensa en el pasado. Quiere ver dinero... dinero disponible. Yo pienso en el porvenir. Creo que el hombre que posee doscientos cincuenta mil dólares puede mantenerse alejado de una vida de crimen... y hasta de actividades dudosas. ¿Está usted de acuerdo conmigo?

Tholbin se echó a reír.

-No tendría uno que andar buscando si tuviese un cuarto de millón-dijo-. ¿Supongo que va usted a indicarme cómo puedo conseguir esa cantidad?

El tono del hombre era irónico. Parker Noyes le miró de hito en hito; luego más allá, hacia la biblioteca. Volvió a verse la señal doble.

-Tholbin-dijo, con voz llena de convencimiento:-lo ha adivinado. Eso es precisamente, lo quo pienso hacer. ¡Le voy a dar doscientos cincuenta mil dólares a cambio de ciertos servicios que yo le sé a usted capaz de hacerme!

Tholbin abrió la boca de par en par. No podía dar crédito a sus oídos. Sin embargo, la expresión del abogado reflejaba la más profunda seriedad.

-Escúcheme cuidadosamente, Tholbin-continuó, Noyes-. Voy a decirle, exactamente, lo que quiero que haga. Irá usted con los Waddell a París. ¿Está conforme?

-Naturalmente-contestó el joven, asombrado aún.

-Irá usted en excelentes condiciones. Le aconsejaré a Tobías Waddell que le trate como a un verdadero amigo. ÉL seguirá mi consejo. Le hablaré encomiásticamente de su reputación.

-¿De mi reputación?-exclamó Tholbin.

-De una reputación ficticia que crearé yo. A Waddell le impresionan las riquezas. Le diré que usted las posee. Me creerá.

-Eso suena estupendo-exclamó el joven con entusiasmo-. Pero no veo...

-Lo verá, no se apure-sonrió Noyes-. Tengo asuntos en París. Mientras se encuentre usted allí, le abordará cierta, persona que le entregará un equipaje. Como el equipaje de Usted, de acuerdo con mis instrucciones, será embarcado con el de Waddell, el nuevo equipaje volverá con Waddell también. ¿Comprende?

Aun cuando algo perplejo, Tholbin movió, afirmativamente, la cabeza. Se dio cuenta de que el plan del abogado era algo irregular y que no se le diría todo. Sin embargo, el no saber una palabra pudiera tener sus ventajas.

Noyes, al mirar a Tholbin, miró también la biblioteca. Viendo un doble movimiento del libro que contemplaba, prosiguió:

-El regreso de París será inesperado. Yo me encargaré de eso. La obligación de usted será asegurarse de que el equipaje especial se halle a bordo y se encuentre en un punto asequible. Cuento con su ingenio para que consiga eso. Más tarde recibirá noticias mías sobre lo que debe hacer con el equipaje en cuestión.

»Pero, no lo olvide: fiaré en usted y, al propio tiempo, habrá otras personas a mano para encargarse de su trabajo, si fracasara usted en algún detalle.

-¿Qué más?-inquirió Tholbin.

-Nada más-respondió Noyes.

-¿Quiere usted decir-exclamó el joven con incredulidad-, quiere usted decir que si yo... que cuando haya hecho eso me dará usted...?

-Doscientos cincuenta mil dólares-asintió, tranquilamente, Noyes.

-Parece un sueño; pero, si habla en serio, cuente conmigo. Lo que usted ofrece es dinero de verdad. Si no está mal de la cabeza...

-Estoy completamente sano. Completamente; pero tal vez soy un poco excéntrico. Tengo ciertas aficiones, Tholbin, y me voy haciendo viejo. Mi fortuna particular es considerable. Tengo teorías muy raras. Una de ellas es que el hombre que obedece ciegamente a la persona en quien tiene depositada su confianza merece una gran recompensa. Otra es que ciertos individuos, que se hallan a punto de ponerse al margen de la ley pueden ser frenados si se les da una oportunidad de enmendarse y que, cuando se frenan, se convierten en los mejores ciudadanos.

El abogado acabó su explicación con una agradable sonrisa. David Tholbin reflexionó. De pronto un destello de comprensión brilló en su oscuro rostro.

Adoptó unos modales muy serios.

-Haré lo que usted me ordene, señor Noyes-declaró-. Obedeceré sus instrucciones al pie de la letra. Deme los detalles necesarios y todo irá como usted lo desea.

-¿Los detalles?-Noyes hizo una pausa y miró pensativo. El libro sólo se movió una vez-. ¡Ah, sí, los detalles! Esos vendrán más tarde, Tholbin. Más tarde; después de que haya hablado con Tobías Waddell. Tendrá usted noticias mías antes de que el <Galathia> se haga a la mar.

-De mañana, en dos días-le recordó el otro.

-De acuerdo.

Parker Noyes se puso en pie y extendió la mano. Tholbin la estrechó cordialmente y el abogado le acompañó hasta la puerta del despacho.

Después de haberse marchado el joven, Noyes se acercó a la biblioteca y la abrió. Frederick Froman salió y asió del brazo al abogado.

-¡Maravilloso! -exclamó. - ¡Maravilloso! Ha resuelto usted nuestro único problema. ¡Lo veo todo salir bien!

Los ojos de Froman brillaban de entusiasmo. Noyes se limitó a sonreír, como de costumbre.

-Podemos hacerle vigilar-declaró Froman-. Pero nuestros hombres se mantendrán en segundo término. Alguien pudiera desconfiar de Tholbin; pero nadie desconfiaría de Waddell. ¡Es usted un genio, Noyes!

-El toque final era importante-afirmó el abogado-. Yo le veía la cara, Froman; usted no. Le convencí de que estoy dispuesto a regalarle una fortuna al joven que dé muestras de habilidad en obedecer al pie de la letra unas instrucciones. Procuraré que siga creyéndolo. Es nuestro. Lo arriesgará todo por ese cuarto de millón.

-¡Una bagatela! - exclamó Froman-. ¡Una verdadera bagatela! Mis hombres trabajan por puro sentimentalismo. Y usted se las arregló para manejar a Helmsworth mediante el sencillo

procedimiento de conseguirle el apoyo que necesitaba. Podemos permitirnos el lujo de pagar esa insignificante cantidad. ¡Imagínese, Noyes! ¡Usted y yo con la riqueza de...!

-Dejemos de pensar en eso hasta más adelante-interrumpió el abogado con sequedad:-Hay un detalle que a usted se le ha pasado por alto. Tobías Waddell, por mucha influencia que tenga, ha de pasar por la Aduana.

Se le heló a Froman, una sonrisa en la cara. En su entusiasmo, había olvidado tan importante detalle relacionado con la entrega del misterioso equipaje de que iba a encargarse Tholbin.

-Claro-exclamó-, claro... Me había olvidado...

-Pero yo no me había olvidado-interpuso Noyes-. Piense un instante. Se le ocurrirá la solución.

-Moscú - dijo Froman pensativamente-. Eso hay que arreglarlo en seguida. París... las cosas pueden aguardar allí. Todo estará seguro. Pero no podemos deshacernos de nada allí. Luego el embarque. Cruzar el Atlántico a Nueva York...

-¿Por qué a Nueva York?

Froman le miró fijamente al oír su pregunta. Luego brillaron sus ojos, bruscamente.

-¡Helmsworth!-exclamó.

Parker Noyes movió afirmativamente la cabeza. Froman asió la mano del abogado. Ambos hombres se dirigieron a la puerta del despachito. Froman no volvió a articular palabra. Sólo Noyes habló.

Frederick Froman asintió con un movimiento de cabeza y se fue.

Habían ocurrido acontecimientos nuevos en Nueva York. Los conspiradores habían cambiado de plan. Muchas millas mar adentro, el <Bremen> cruzaba, rápidamente, el Atlántico. A bordo de dicho barco iba el único hombre que hubiera, sabido hacer frente a dichos problemas.

El hombre en cuestión era La Sombra, que iba camino de Moscú.

Sin embargo, la secuela, de las conferencias celebradas en casa de Parker Noyes tuvo lugar en aquel mismo barco. Una sola luz lucía sobre una mesa, en el rincón del camarote de lujo. Debajo de dicha luz había dos manos blancas que sostenían un radiograma que se recibiera aquella noche:

NUEVE PRIMERO TERCERO

DIEZ CUARTO NUEVE MEDIA

SEGUNDO TERCERO DIEZ

Estas eran las palabras que constituían el mensaje. Una extraña clave numérica; sin embargo, era fácil comprender su significado para cualquiera que lo estudiara. La mano derecha escribió las siguientes notas en otra hoja de papel:

Primero - Froman

Segundo - Tholbin

Tercero - Noyes

Tales eran las claves. Con ellas se vería bien claro que a las nueve aproximadamente Frederick Froman había visitado a Parker Noyes, no marchándose hasta las diez y cuarto.

También señalaban que a las nueve y media David Tholbin había visitado al abogado, marchándose, aproximadamente a las diez.

Los agentes de La Sombra-Harry Vincent y Cliff Marsland-habían tenido una vigilia fructífera. Aun cuando no habían averiguado nada de vital importancia, habían comunicado a Burbank los pasos dados por los hombres a quienes se les encargara vigilar.

Andaban poniéndose en práctica planes nuevos; y La Sombra tenía un ligero indicio. Se había enterado ya de las negociaciones entre Froman, y Noyes.

Ahora tenía pruebas, además, de que Tholbin estaba tomando parte activa en el asunto también.

Para La Sombra, todos los datos tenían un valor. Se dirigía a Moscú. No obstante, seguía en contacto con los acontecimientos de Nueva York.

¿Podría, serle de utilidad noticia tan escueta?

La contestación fue una suave risa que pareció susurrar por todo el camarote. La luz se apagó. La risa continuó sonando. Por fin se disipó su eco.

El camarote estaba vacío.

En una de las cubiertas del enorme barco se hallaba un hombre silencioso, envuelto en tinieblas. Brillaron dos ojos al mirar hacia la superficie del océano, iluminada por la luna.

Un cerebro potente pensaba, hacía planes, preparándose a hacer frente a los ideados por mentes maestras. Sus pensamientos estaban duplicando aquellos que se les habían ocurrido a otras mentes.

Los procedimientos habían cambiado desde que La Sombra emprendiera la obra, de hacer fracasar el maléfico plan de Moscú. Pero, aunque había, que hacer frente a nuevos problemas. La Sombra estaría preparado. Los fieles agentes de aquel maestro de la noche habían hecho bien su trabajo.

¡La Sombra sabía!

CAPÍTULO VIII
HOMBRES EN MOSCÚ

Las elevadas torres del Kremlin se alzaban, como espectrales agujas contra el cielo que oscurecía, al dirigirse un hombre hacia ellas por una estrecha calle del Kital Gorod, antiguo barrio comercial de Moscú.

Doblando una esquina, el caminante perdió de vivita la famosa ciudadela, al avanzar por otra calleja bordeada de anticuados edificios. AL pasar ante un soldado que se hallaba bajo la vacilante luz de un farol, el hombre alzó la mano en amistoso saludo. El soldado habló en ruso.

-Buenas noches, camarada Senov-dijo.

Contestando al saludo, Senov siguió su camino. Hombre alto, de semblante duro, y recia musculatura, parecía simbolizar el espíritu de la nueva Rusia.

Muchos conocían a Senov, ardiente paladín de los «trabajadores liberados».

Una sonrisa apareció en sus labios al pensar en el saludo del soldado.

Porque aquel hombre a quien llamaban camarada distaba mucho de ser amigo del bolchevismo. Tras su rostro severo se ocultaba, un cerebro perspicaz que recordaba los días del antiguo régimen. No había zarista en toda Rusia más determinado que Michael Senov.

Antaño agente de policía en la antigua capital de Petrogrado, Senov se había unido a los sublevados bolcheviques para hacer de espía. Siendo desconocida su verdadera identidad, Senov se había encumbrado con el nuevo régimen.

Ahora era el camarada Senov, hombre que nunca buscaba favores ni alimentaba ambición peligrosa alguna.

Bien conceptuado y bien querido, era una figura muy conocida en aquel barrio de Moscú. Aun, bajo el drástico gobierno de la nueva sociedad, Senov estaba por encima de toda sospecha.

Por eso sonreía al proseguir su camino. Aquella noche se dirigía a una reunión clandestina de zaristas que iba a celebrarse en un escondite especial que él mismo se había encargado de buscar. Los demás estarían ya allí, aguardándole. Esperaban buenas noticias y él era portador de ellas.

Después de recorrer varias calles, se detuvo ante un curioso edificio y pasó por debajo de un arco de piedra que conducía a un patio interior. Aquella antigua residencia había sido transformada en pisito para obreros.

Pasó por una puerta que había en un lado del patio y, ascendiendo el tramo de inseguros escalones, se encaminó a un piso pobremente amueblado. Abrió la puerta de un cuartito ropero, alzó una trampa y bajó por una escalera al piso inferior.

Se encontró en una parte de la casa que antaño se usara corno almacén.

Como no era apropiada para ser convertida en piso, se la había dejado abandonada. Estaba llena de muebles rotos y cosas fuera de uso. La puerta que daba acceso a ella había sido cerrada a clavo y martillo hacía tiempo.

Senov se había encargado de preparar la entrada, secreta, en el piso de arriba.

Ardía una luz mortecina en la estancia en que penetró Senov. Antes de dar a conocer su presencia, se tapó la cara con un antifaz.

Siendo el jefe del grupo que se reunía allí muy de tarde en tarde, procuraba guardar el secreto de su identidad.

Su posición como supuesto bolchevique, resultaba demasiado valiosa para que estuviera dispuesto a correr el riesgo de que le delataran, aun cuando estaba seguro de que todos aquellos hombres eran zaristas hasta la medula.

Había reunidos en el centro del cuarto seis hombres sombríos, sentados en sillas rotas y cajones. Ninguno de ellos estaba enmascarado. Sólo Senov tenía ese privilegio.

Aquellos hombres eran los supervivientes de los millares de zaristas muertos desde la instauración del nuevo régimen. Senov, mirándoles con gesto de aprobación, se dijo que valían por seiscientos.

Como trabajadores rojos, cada uno de aquellos subordinados había alcanzado alguna posición de poca categoría que le hacía útil cuando se le necesitaba.

Había otros a las órdenes de éstos. Senov era como la araña maestra de una telaraña contrarrevolucionaria, Prudente y astuto, había estado aguardando con paciencia, hasta aquel momento.

Derrocar el régimen bolchevique resultaría imposible.

A pesar de ser zarista absoluto, Senov jamás había soñado con poder lograr tal cosa. Estaba desarrollando ciertos planes de acuerdo con zaristas residentes en otros países.

Había estado aguardando con paciencia, en espera de aquella misma noche; aguardando para asestar un fuerte golpe al gobierno al que fingía apoyar, pero al que, en realidad, detestaba.

Todas las miradas convergieron en él, Aguardaban todos, con ansiedad, que hablase. Corno general antes de una batalla, Senov se plantó ante aquel grupo y pronunció un mensaje lento y enfático.

-Esta noche- declaró-, asestaremos el golpe. Nuestros planes estaban preparados. En principio se nos había dicho que aguardáramos doce días. Esa orden ha sido modificada. Se me manda que obre en seguida. He aguardado seis días para asegurarme de que todo iría bien.

»El camino estaba desierto hasta Riga. Este arreglo fue modificado por nuestra segunda orden. Nuestro nuevo objetivo es París. El camino está abierto; pero nuestro trabajo grande se halla aquí. ¿Están todos preparados?

El grupo entero contestó afirmativamente. Los hombres parecían impacientes. Dos de ellos se estaban poniendo en pie. Senov los contuvo.

-La hora fijada es las diez-declaró-. Entonces daremos el golpe, leales amigos. Hasta ahora me habéis obedecido ciegamente, preguntándoos, tal vez, cómo he podido enterarme de los importantes datos que hemos buscado tanto tiempo en vano. Os contaré cómo fue hecho el descubrimiento. Fue por mediación de Iván Motkin.

Se oyó un rumor de sorpresa. Senov rió con aspereza y alzó la mano. Todos callaron, aguardando más detalles.

-Hace tiempo que sabíamos que Motkin conocía el secreto-dijo-. Pero hubiera resultado imposible conseguir que Motkin lo revelara. De pronto tuvimos un golpe de suerte. Motkin, se tornó indiscreto. Se lo dijo todo y se lo enseñó todo a un norteamericano en quien tenía confianza. Sospechaba yo que había cometido ese error.

Senov hizo una pausa de efecto y sonrió bajo su improvisado antifaz al fijarse en la expresión de los que le escuchaban.

-El norteamericano se marchó a Nueva York-prosiguió-. Allí cayó en una trampa perfecta. Cayó en manos del genio desconocido que ideó este gran golpe destinado a devolver grandes riquezas a sus legítimos dueños.

»Bajo tortura, el norteamericano dijo todo lo que sabía. Su confesión fue enviada en clave a Berlín. Me fue entregada en propia mano por mensajero secreto.

»Con, ella llegó la orden de que trabajáramos vía Riga; luego vino la nueva orden de que fuera a París. Habéis hecho observaciones obedeciendo órdenes mías. Hemos descubierto que los informes que posemos son completamente exactos.

»Aun cuando la guarida de nuestros enemigos se encuentra a menos de una milla de este lugar, aquí, en el Kitai Gorod, jamás lo habíamos sospechado.

»A dos manzanas del ancho Prospekt en la calle llamada Gostinny Ulitza, hay una casa muy parecida a ésta. Vulgar, oscura, es en realidad el punto más vital de Moscú

»Mientras nosotros hemos dirigido hambrientas miradas hacia las vacías cámaras del Kremlin; mientras nuestros agentes de Petrogrado han estado buscando inútilmente, nuestro objetivo se hallaba muy cerca de nosotros.

»Los datos que habíamos conseguido de la disposición interior resultaron asombrosamente exactos al comprobarlos mediante la confesión llegada de Nueva York.

»Han estado varias personas en la oculta casa del tesoro. Han contado lo que vieron. Pero todas entraron con escolta y con los ojos tapados. No podían dar la menor idea del lugar en que se encontraba... hasta que Iván Motkin cometió su gran error.

AL terminar de hablar Senov, sus cómplices se pusieron a hablar, excitadamente, en voz baja. Todos discutían lo que acababan de oír.

Ansiosos de emprender la gran aventura, varios se acercaron a Senov, dándole detalles de los preparativos que habían hecho para contribuir a la culminación de la obra.

El tiempo transcurrió velozmente en aquel cuarto. Cuando dieron las nueve, Senov impuso silencio con una voz.

-Es preciso que nos marchemos-dijo-. Cada uno de nosotros debe dirigirse al punto que le corresponde. La hora del golpe será las diez. Obrad de acuerdo con lo convenido.

El enmascarado se irguió. Se alzaba, como un coloso por encima de los otros, inspirándoles y animándoles para el trabajo que les esperaba.

-En nuestras manos-anunció-, se halla la suerte del golpe maestro más grande que haya concebido mente humana. Nuestro objetivo el oro, en cantidad que hubiera inspirado reverencia a los más grandes conquistadores. Como afilado cuchillo, nuestra causa asestará una puñalada en pleno corazón al régimen que odiamos. Manos a la obra... ¡en memoria del Zar!

-¡En memoria del Zar!-contestaron todos, a coro.

-No tendremos piedad. Seremos implacables. ¡Nuestros enemigos morirán!

Las palabras de Senov eran frías y ásperas. Fueron coreadas por todos. Uno por uno, los conspiradores se fueron alzando, abandonando el lugar de reunión. Senov se quedó solo.

EL jefe se quitó el antifaz.

Su férreo rostro brilló horrible a la pálida luz del cuartito. Una sonrisa brutal se dibujó en sus implacables labios.

Aquella noche iba a descargar el golpe que, durante muchos años, había ardido en deseos de dar. Con aquel golpe tenía la intención de matar sin escrúpulos. Ante él se hallaba el éxito.

Habría de encontrarse con centinelas luchadores; pero serían asesinados. A Senov no le estorbaba la piedad Estaba satisfecho, completamente convencido de que nadie más que sus fieles secuaces, podrían conocer el plan que dentro de tan poco rato alcanzaría su punto culminante.

En eso Michael Senov se equivocaba. A muchas millas de Moscú, un potente monoplano volaba hacia el Este, en dirección a la capital rusa. Aquel avión había despegado en una ciudad alemana.

La Sombra, solo, aproximándose al formidable corazón del reino rojo, acudía a evitar la matanza que Michael Senov había ordenado.

CAPITULO IX
SENOV DA EL GOLPE

La vieja casa, de Gostinny Ulitza tenia aspecto de edificio abandonado. Se parecía a una de las muchas casas divididas, temporalmente, en pisos y que más tarde, hubiera sido condenada por insegura.

El arco que conducía al patio interior estaba cerrado con oxidada verja de hierro. Las ventanas de la planta baja tenían gruesos barrotes. Se había hecho todo lo posible por darle aspecto de vejez, dilapidación y desuso.

Tan hábilmente se había logrado esto, que ninguno de los agentes zaristas en Moscú había concebido la menor sospecha de que el deshabitado lugar se diferenciara en nada de otras casas parecidas.

Por un lado del edificio había una estrecha calleja de acera rota. Aquel era el lugar por donde se entraba. Una puerta baja y oscura daba a la calleja. No era necesario abrir la oxidada verja de delante.

Al aproximarse las diez, empezaron a congregarse varias personas en la vecindad de la casa. Figuras cautelosas se deslizaron por la calleja. Atacantes invisibles se concentraban para dar el golpe anunciado por Senov.

AL otro lado de la calle veíase otro antiguo edificio que estaba en reparación. Un transeúnte se metió bajo el arco, apartándose levemente de la acera.

Dos paseantes más llegaron y se reunieron con él. Hablaron en susurros. El primero contestó en voz firme y dominante. Era la voz de Senov. El jefe había llegado.

Se oyeron pasos en dirección opuesta. Se acercó un hombre. Cruzó hacia la casa abandonada y se detuvo a encender un cigarrillo. La débil luz de un farol iluminó su uniforme.

Senov exhaló una leve exclamación. Sus compañeros permanecieron, en tensión, a su lado. De sobra conocían los propósitos de aquel supuesto transeúnte.

Era uno de los vigilantes que patrullaban, secretamente, aquella vecindad.

Aunque, al parecer, no se hallaba de servicio, su obligación era asegurarse de que no hubiera merodeadores en las cercanías de la casa.

El soldado se metió por la calleja. Senov y sus compañeros escucharon.

Nada turbó el silencio. Senov rió.

La suerte que le había cabido al guarda era fácil de adivinar. Los zaristas, aguardando su llegada, le habían inutilizado no bien asomó a la calleja.

Senov dio una orden. Ambos hombres le abandonaron, tirando en direcciones opuestas. Senov aguardó. No tardaron en aparecer nuevas figuras.

Hombres silenciosos transportaron objetos oscuros a la calleja. Las luces amortiguadas de un automóvil aparecieron en la esquina. Se apagaron las luces.

En el silencio de la noche se oyeron las campanadas de un reloj lejano. Al sonar la décima, Senov salió de su escondite y cruzó la calle.

AL llegar a la entrada de la calleja, emitió una brusca palabra que hizo las veces de contraseña. Dos hombres surgieron de la oscuridad y se situaron a un lado, vigilando la entrada de la calleja mientras el jefe seguía adelante.

Éste llegó a la puertecilla de la casa. Su cuerpo se destacó contra la pintura blanca. Volvió a hablar. Otros dos hombres se acercaron y se colocaron a su lado.

Con puño de hierro dio dos golpes sobre la puerta, luego aguardó unos segundos y volvió a llamar.

Era una señal bolchevique; una en que se había fijado Holtmann cuando Motkin cometió la imprudencia de llevarle allí. Aquella era la prueba final.

De toda la información que Senov había recibido de Frederick Froman, aquélla era la más importante.

Sólo los funcionarios de más confianza del gobierno de Moscú conocían aquella señal. Ni siquiera los que patrullaban los alrededores tenían el menor conocimiento de ella. Senov aguardó.

Se oyó un chirrido al otro lado de la puerta. Estaban descorriendo cerrojos.

La puerta se abrió hacia adentro muy despacio. Reinaba la más profunda oscuridad en el interior. Senov se había retirado silenciosamente; pero sus dos hombres se hallaban allí aún, uno a cada lado de la puerta.

La entrada permaneció abierta.

Dos voces hablaron dentro, ¡en susurros¡ Un centinela le hablaba al otro.

Parecían perplejos porque no había entrado nadie en la casa. Por fin un hombre salió a la calleja.

Los hombres de Senov cayeron sobre él inmediatamente. Se oyó ruido de algo que se aplastaba al descender una barra de hierro sobre la cabeza del bolchevique.

Sonó una exclamación en el interior, y la puerta se cerró; pero demasiado tarde. Dando un salto enorme, el propio Senov pasó por encima del cuerpo del centinela y cargó contra la barrera.

La puerta se abrió, bruscamente, y Senov se precipitó sobre el hombre que había dentro. Su mano de hierro asió una muñeca en la oscuridad. Retorció, con fuerza, y un revólver cayó al suelo.

Senov había frustrado los propósitos del adversario; pero eso no era suficiente para satisfacerle. Hubiera podido hacer prisionero al hombre; pero prefirió tirarle al suelo y golpearle la cabeza con furia, contra el pavimento.

No se levantó hasta haber dejado inmóvil al centinela. Aun entonces continuó la furia del zarista. Con botas de suela cubierta de tachuelas pisoteó malignamente a su víctima, aplastándole cabeza y cuerpo en su loco deseo de no dejarle con vida.

Satisfecho por fin, se apoyó contra la pared, jadeando, y dijo unas cuantas palabras en voz baja. En contestación, acudieron sus secuaces. El largo y oscuro pasillo se llenó de una hueste de hombres, cuya agitada respiración era el único sonido audible.

Senov caminó delante. Encontró el paso cerrado por una puerta de hierro.

Golpeó la barrera con un objeto metálico. Dos golpes secos-una pausa-dos golpes más. La puerta se abrió hacia adentro como la primera.

Había un soldado de uniforme en un cuarto débilmente alumbrado. En la mano tenía un revólver. Alguien dio vuelta a un interruptor allá adentro. El pasillo quedó vivamente iluminado.

El soldado bolchevique jamás pudo rehacerse del asombro que experimentó.

Ante él vió una horda de feroces invasores. Se alzó una mano con un barrote de hierro. Con golpe bien dirigido, hizo añicos la luz que alumbraba el corredor.

Simultáneamente, el soldado de guardia puso en juego su revólver. Nunca llegó a oprimir el gatillo. Senov se abalanzó sobre él. Asió al desgraciado por la garganta y lanzó su cuerpo contra la pared. Senov parecía irresistible.

EL ataque fue asombroso por su rapidez. Había media docena de soldados en el cuarto. Todos tenían el revólver en la mano. AL entrar la banda de Senov en el cuarto, todos ellos entraron en acción.

Su defensa fue tardía.

Inferiores en ingenio y número, no tuvieron ocasión de ofrecer una resistencia firme. Sus primeros disparos surtieron algún efecto, puesto que cayó uno de los hombres de Senov. Luego, al iniciarse los disparos desde la abierta puerta, cayeron dos de los soldados.

Los otros-todos menos uno-corrieron a refugiarse en un cuartito que había más allá. Se cerró una puerta de golpe. Se habían refugiado en una cámara acorazada. Allí estaban seguros, pero acorralados.

El hombre que quedaba hizo una magnífica exhibición de valor. Descansaba un teléfono sobre una mesa, en el rincón. El soldado lo alcanzó de un brinco y asió el auricular.

Una lluvia de balas rebotó contra la pared a su alrededor. Una de ellas le alcanzó; pero el hombre sólo vaciló momentáneamente. Otro segundo y hubiera quedado hecha su tarea. Hubiera sonado la alarma.

Pero Senov lo impidió. Desde el otro extremo del cuarto, alzó el revólver y disparó una sola vez. El soldado rodó por el suelo con un proyectil en el cerebro.

Senov volvió a asumir el dominio de la situación. Sus hombres aguardaron mientras cruzaba él la estancia y abría una puerta, cerrada. Quedó al descubierto una escalera de piedra que descendía a los sótanos del edificio.

Señaló en dicha dirección y sus secuaces fueron avanzando uno por uno.

Éstos llevaban hachas y palanquetas. Otros dos siguieron con una ametralladora.

Senov detuvo la procesión, cuando hubieron bajado diez. Estacionó a otros junto a la puerta del corredor. Ordenó a tres que atacaran la puerta de la cámara en que se habian refugiado los soldados.

Una vez colocados todos sus hombres, Senov miró a su alrededor y rió cruelmente. Cuatro soldados yacían por tierra muertos o moribundos. Uno por uno los fue cogiendo y tirándolos, brutalmente a un rincón, hasta que formaron una pila.

Brillándole el odio en los ojos, el brutal jefe echó una última mirada de satisfacción a los bolcheviques, y luego se dirigió a la escalera de piedra, a reunirse con sus hombres.

A seis metros por debajo del nivel de la habitación superior había un pasillo que iba a morir en una pesada puerta, forrada de metal. Los hombres de Senov estaban golpeándola; pero todos sus esfuerzos resultaban inútiles.

Senov los echó a un lado y empuñó una enorme hacha. Descargó un golpe formidable. El hacha se clavó en la superficie de metal y el mango se rompió por la fuerza del golpe.

Ordenó a sus hombres que se apartaran.

Sólo uno quedó.

Los demás, obedeciendo las órdenes de su jefe, se retiraron al piso de arriba, y aguardó. Sonó una explosión sorda abajo.

Volvieron a descender. Hallaron la maciza puerta destrozada por la explosión. Al otro lado yacía el magullado cuerpo de otro soldado.

!El paso estaba abierto!

Una puerta más ligera cerraba el paso al final del corredor. Senov la destrozó con el hacha. Más allá de esta barrera había otra escalera que conducía hacia abajo.

Senov, que seguía avanzando delante de todos, se vió detenido por una enorme hoja de metal, más formidable que ninguna de las puertas que habían encontrado hasta entonces.

No se perdió tiempo alguno haciendo inútiles esfuerzos. Los atacantes volvieron a la habitación de arriba después de dejar a un hombre que colocara el explosivo. Sonó una detonación enorme. Cuando los invasores llegaron nuevamente al piso de abajo, hallaron un gran agujero en la puerta de metal.

Uno de los hombres de Senov cruzó la abertura de un brinco. Paró en seco al oír el grito de su jefe. Antes de que pudiera retroceder, sonó un disparo de rifle y el hombre se tambaleó. Cayó muerto a los pies de Senov.

Más allá de aquel agujero se ocultaba la muerte para todo aquel que se atreviera a entrar. Una cámara subterránea, iluminada por luces débiles ocultas, formaba una trampa segura para los invasores. Senov, manteniendo bien apartados a sus hombres del lugar de peligro, dio una orden.

Tres hombres que hasta aquel momento, habían permanecido inactivos, abrieron unas bolsas grandes que llevaban. De ellas sacaron una docena de máscaras antigás. Todos ellos se las pusieron.

Atisbando por las mirillas de su máscara, Senov vió que todo estaba dispuesto. Había acudido allí aquella noche sin disfraz, revelando su verdadera identidad a sus secuaces por primera vez.

Se abrió, cuidadosamente una caja y un hombre repartió bombas de gases.

Senov lanzó la primera. Luego otra. Aguardó, mientras se formaba una nube de verdoso vapor más allá de la puerta.

Con otra bomba en la mano, se metió en el agujero. Sonó un disparo y a continuación, otro. Las balas le pasaron rozando. Aquel hombre cruel e intrépido parecía inmunizado contra todo lo que pudieran hacerle sus enemigos al tirar la tercera bomba.

Retrocedió para aguardar el resultado. Volvió a entrar. Aquella vez no fue recibido a tiros.

Hizo una seña a sus compañeros para que le siguieran. Entraron en un cuarto de forma pentagonal. Cada una de las paredes tenía una aspillera, y por cada una de ellas, asomaba el cañón de un fusil.

Habían sido estacionados allí cinco centinelas, dominando por completo el cuarto entre todos. Su dominio había desaparecido con la llegada del mortífero gas.

Detrás de cada aspillera yacía un defensor muerto El verdoso vapor, que se adhería a las paredes, flotaba al propio tiempo por la silenciosa cámara.

Senov estaba trabajando sobre una losa situada en el centro del cuarto. Dio muestras de una fuerza enorme y la losa se alzó.

Debajo apareció una compuerta con una anilla de hierro en el centro. La abrió y descubrió una corta escalera de caracol. Descendió.

Se encontró en una cámara oscura. Una lámpara de bolsillo brilló en sus manos.

Al avanzar hacia una mesa cubierta de lona, el pie de Senov tocó un cuadro de madera que formaba parte del suelo.

Un sonido sibilante salió de los lados del cuarto. Senov rió bajo su máscara.

Los que habían intentado proteger aquella cámara habían escondido depósitos de gas en las paredes. El mortífero vapor estaba llenando el cuarto; pero no era arma eficaz contra Senov. Había empleado gas para vencer. El y sus hombres iban equipados para resistirlo.

Con la mano libre, Senov asió la lona que cubría la mesa y la apartó. La contempló con aire triunfal. Los rayos de la lámpara de bolsillo reflejaba millares de veces en ella.

Ante los ojos de Senov aparecieron brillantes manchas verdes; destellos azules; resplandores rojos... ¡Una variedad de fantásticas piedras preciosas brillaba con increíble esplendor!

Allí, en aquella cámara subterránea, Michael Senov había descubierto las joyas atesoradas por los Romanoff, ¡toda la fabulosa riqueza que los revolucionarios habían arrancado al último de los zares!

CAPITULO X
LA SOMBRA LLEGA

Michael Senov se hallaba en la escalera de caracol de la cámara. Su lámpara de bolsillo lanzaba sus últimos rayos sobre la mesa. La madera desnuda los reflejó. Senov se volvió y ascendió la escalera. Sus secuaces le aguardaban.

Tres hombres llevaban sacos. Eran los mismos que habían contenido las máscaras antigás; pero ahora estaban llenos de gemas. A una orden de Senov, habían acudido con los sacos para que su jefe los llenara.

Todos habían subido al piso menos Senov.

Y sus tres hombres de más confianza.

Ahora subió la triunfante procesión. Con la cara aún cubierta por la máscara antigás, aquellos cuatro hombres formaban un grotesco grupo al salir del cuarto pentagonal.

No se perdió un minuto, cuando Senov y sus tres hombres llegaron a la planta baja de la casa. Los centinelas seguían vigilando. Tres hombres intentaban abrir la puerta tras la cual se habían refugiado los soldados bolcheviques.

Senov se detuvo tan sólo para quitarse la máscara. Los otros tres soltaron los sacos para imitarle. El jefe dio instrucciones finales a los hombres que quedaban. Luego, al volver a cargar el trío los sacos, señaló el camino al pasaje exterior.

A pesar del terrible furor y la horrible destructividad del ataque de Senov, el trabajo había sido terminado en un espacio de tiempo extraordinariamente corto. Las reservas, estacionadas fuera, habían contribuido eficazmente a la obra. Habían capturado y matado a cuatro soldados que se acercaron a la casa.

Ello había evitado, indudablemente, que se diera la alarma; pero Senov sabía que no tardaría, en organizarse por todo Moscú la cacería para dar con los agentes zaristas. Sus fieles aliados tendrían que volverse retirar a sus lugares habituales para estar seguros.

Para Senov y unos cuantos más, se había preparado la huída. EL automóvil que había estado estacionado en la esquina de la calle, se hallaba ya a la entrada de la calleja, Delante iban dos hombres de recia musculatura.

Los sacos fueron colocados en el interior. Senov hizo una seña a uno de sus secuaces para que subiera. Luego dirigió la palabra a los que se hallaban cerca.

Fue aclamado al subir al coche. El vehículo avanzó por la calle. Senov le dijo su destino al conductor. Dio el nombre de un campo de aviación situado fuera de los limites de Moscú.

Allá, en la casa invadida, las órdenes de Senov habían sido repetidas, llegando a oídos de los que aguardaban en el interior. Abandonaron todos el lugar, olvidando a los soldados acorralados que tantos deseos de capturar y matar habían tenido.

El silencio dominaba la escena. El suelo estaba cubierto de cadáveres. La puerta del cuarto en que se hallaban los soldados no se movió. Éstos desconfiaban, creyendo que les tendían un lazo.

Transcurrieron largos minutos. Fueron momentos solemnes que contrastaban extrañamente con los que les habían precedido. De pronto se vio un leve movimiento junto a la puerta del pasillo. Las tinieblas se convirtieron en forma viviente. En el cuarto de la muerte entró un hombre alto, vestido de negro.

¡La Sombra había llegado a Moscú! Había recorrido millares de millas por mar y aire, para llegar a aquel lugar antes de que se llevara a cabo el mortífero ataque.

Había llegado allí para investigar; para averiguar las intenciones de los que iban a trabajar bajo las órdenes de Froman. La suerte había querido que Michael Senov atacara antes. La Sombra había llegado a su destino final.

De pie en el centro del cuarto, La Sombra resultaba una extraña y grotesca figura al contemplar la escena. Sus agudos ojos estaban clavados en el suelo, observando las señales de lucha, reconstruyendo los acontecimientos que habían tenido lugar.

Viendo la entreabierta puerta que conducía a la escalera, La Sombra se movió en dirección a ella. Descendió osadamente. A medio camino, descubrió una máscara antigás que alguien había dejado caer. Se la puso y continuó bajando.

En la cámara de las aspilleras vio la compuerta abierta que Senov no se había parado a cerrar. Bajó la escalera de caracol.

Brilló una lámpara de bolsillo al examinar el cuarto en que habían estado las joyas. Se vió la luz sobre la mesa al tocar una mano negra su superficie. Luego los rayos se trasladaron al suelo.

Allí, la mano extrajo un minúsculo y brillante objeto de una rendija entre dos tablas.

Completada su inspección. La Sombra ascendió la escalera de caracol y siguió subiendo hasta encontrarse fuera del alcance del mortífero gas.

Entonces se quitó la careta.

El ala del negro sombrero se volvió hacia las manos enguantadas de negro.

Los ojos escondidos estudiaron la gema que yacía en la palma de un guante.

Una carcajada repercutió en el corredor de piedra, mientras La Sombra aguardaba. El sonido se apagó. Una pausa. Luego La Sombra pareció distinguir un ruido procedente de arriba. Sus manos desaparecieron debajo de la capa. Cuando volvieron a salir cada una de ellas asía una pistola.

Subió hasta llegar a la puerta de arriba. Vigilando desde la oscuridad, vio lo que había producido el sonido. La puerta del otro lado del cuarto estaba abierta también. Un hombre de uniforme se asomaba, cautelosamente.

Satisfecho de que había marchado el enemigo, el soldado llamó a sus compañeros. Uno de ellos asió el teléfono y empezó a hablar atropelladamente. Otro fue a inspeccionar el comedor. El tercero se dirigió en línea recta, al lugar en que se hallaba La Sombra.

Revólver en mano, fue a tropezar con el hombre de negro y se encontró con unos ojos que brillaban bajo el ala del sombrero de fieltro.

Antes de que pudiera emitir sonido alguno, se tambaleó.

Un brazo negro se enroscó a su cuello y lo tiró, violentamente, contra el suelo.

-¡Está ya en camino!-gritó, en ruso el que había cogido el teléfono-. ¡Se habían enterado ya de que ocurría algo aquí!

Se volvió hacia la puerta interior, creyendo que su compañero oiría sus palabras. En lugar de ver al otro soldado, sin embargo se encontró con La Sombra, que avanzaba.

Sobresaltado, movió la pistola, hacia la amenazadora figura. La Sombra, queriendo evitar hacer un disparo que atrajera a algún otro, dirigió un culatazo a la muñeca del hombre.

El golpe apartó el revólver en el preciso instante en que el soldado oprimía el gatillo. Resonó el disparo; luego el arma cayó al suelo, al darle otro golpe La Sombra. El hombre intentó asir a su adversario; luego se retiró, alzando los brazos al apuntarle La Sombra.

El tercer soldado libre salió corriendo del pasillo. Paró en seco al ver a La Sombra. El hombre de negro se hallaba de cara a la puerta, con una pistola apuntada hacía el soldado que telefoneara y la otra hacia el pasillo.

El recién llegado comprendió que su situación era insostenible. Dejó caer el revólver y alzó ambos brazos.

La Sombra habló en voz baja, susurrada. Lo hizo en ruso. El soldado comprendió. Caminó hacia su compañero, sin, quitar la vista al hombre que le estaba dando órdenes.

La Sombra se dirigió a la puerta, preparándose para huir rápidamente.

Oyó, entonces otro sonido. Con un movimiento rápido se apartó de la puerta.

Se oían pasos presurosos en el corredor exterior.

Un oficial de uniforme irrumpió en la estancia, seguido de un piquete de soldados. Llevaba una pistola en la mano. Sus hombres iban armados de fusiles solamente.

¡La Sombra estaba acorralado!

El oficial vió a los hombres que tenían los brazos levantados. Se volvió hacia donde miraban y vió a La Sombra.

Éste obró con rapidez. Antes de que el piquete de socorro se hubiera dado cuenta de su presencia, mientras el oficial le miraba con asombro, se lanzó al ataque.

Sus largos brazos se movieron rápidamente al abalanzarte sobre el grupo de soldados. Dos hombres retrocedieron, tambaleándose, bajo golpes terribles.

Volviéndose en el centro del grupo, La Sombra disparó contra el oficial. La bala le alcanzó a éste en el brazo armado.

Usando la culata de sus fusiles, los soldados intentaron reducir a la impotencia, al asombroso atacante que había aparecido entre ellos.

Disparando, La Sombra se abrió paso entre ellos. Un momento después se perdía en la oscuridad del corredor.

Los soldados emprendieron la persecución; pero La Sombra había llegado a la puerta de la calle antes de que pudieran moverse. AL llegar a la callejuela, La Sombra torció en dirección a la calle.

En aquel preciso momento un resplandor enorme iluminó toda la vecindad.

Un coche blindado había llegado a la entrada de la calleja. Su reflector se había encendido en el instante en que La Sombra, intentaba huir en aquella misma dirección.

A pesar de que era maestro de las tinieblas, La Sombra no podía esquivar aquella brillante luz. Los que ocupaban el coche vieron, claramente, su alta figura.

Volviéndose, miró en la otra dirección. La calleja no tenia salida, pues terminaba en pared lisa. El único lugar por donde podía salir era una ventana baja, próxima a la parte posterior de la casa del otro lado de la calleja.

Con paso rápido, el superhombre acorralado corrió hacia ella. Apenas hubo llegado a su meta, sonó el tableteo de una ametralladora en el coche. La lluvia de balas barrió la calleja que La Sombra había abandonado.

La ametralladora dejó de disparar al salir los soldados de la vieja casa.

Varios hombres señalaron el camino tomado por cl fugitivo. La alarma fue dada a grandes gritos. Empezaban a llegar soldados de todas direcciones.

La tropa rodeaba el edificio en que se había metido La Sombra. Era una casa de pisos, ocupada en parte, pero se conservaba vacía, intencionadamente, por el lado en que había entrado La Sombra. Otros soldados penetraron en la casa en que los zaristas, habían dado el golpe con tanta fortuna.

Un automóvil cerrado, grande, se detuvo detrás del coche blindado. Tres hombres, vestidos de paisano, saltaron de él y se dirigieron, apresuradamente, al edificio que había servido de almacén al tesoro de los Romanoff.

Se detuvieron al llegar al cuarto en que yacían los cadáveres. Un oficial se acercó a ellos.

-Hay gas abajo, camarada Motkin-dijo.

El hombre a quien se había dirigido, soltó un suspiro de alivio. Motkin era evidentemente, el jefe de cuantos se hallaban presentes. Era un hombre bajo, de semblante perspicaz, y su gesto de hosquedad persistió, a pesar de que, parecía habérsele quitado un peso de encima.

-Mira esto-observó uno de los compañeros de Motkin, señalando, hacia el suelo.

Indicaba las máscaras antigás. Motkin experimentó una viva inquietud.

Habló, en voz baja, a los que tenia a su lado.

-Poneos las máscaras antigás-ordenó-. Bajad y ved si todo está en orden. Llamad a los soldados si los necesitáis. Si no, no.

Sus dos compañeros movieron, afirmativamente, la cabeza. Comprendían el motivo de la preocupación de Motkin. La presencia de gas indicaba que los invasores habían llegado al lugar que buscaban.

Motkin giró sobre los talones y salió a la calle. El reflector del coche blindado, había sido enfocado sobre la casa de al lado para iluminar mejor las ventanas del piso de arriba.

-¿Quién está allí?- preguntó Motkin, volviéndose hacia el oficial que dirigía la operación.

-Hemos acorralado a un hombre-le contestaron-. Los soldados han invadido toda la casa. Han estado pidiendo luz a gritos.

-Dádsela, pues-ordenó Motkin-. Capturad a ese hombre... vivo si es posible. Traédmelo a mí... ¿comprendéis?

Antes de que el oficial pudiera contestar, sonó una salva de disparos en el interior de la casa. Apareció un soldado en una de las ventanas de arriba.

Salió y se arrastró por una repisa para llegar al cuarto contiguo.

AL romper el cristal y meter el cuerpo por la ventana, se vió un fogonazo.

EL soldado cayó hacia atrás, en dirección a la calle. Su cuerpo fue a estrellarse a tres metros de donde se encontraba Iván Motkin.

Este no se fijó en el soldado siquiera. Estaba vigilando las ventanas, haciendo señales a otros soldados que estaban apareciendo, en las ventanas de otros cuartos.

-Le cogerán ahora-declaró el oficial, con tono de seguridad.

Salió de la callejuela un grupo compuesto de tres soldados. Dos de ellos llevaban a un tercero. Este estaba gravemente herido.

Tras ellos caminaba un oficial. Vió a Motkin y se acercó a él. Tenía dos cosas en las manos: una capa negra rasgada y un sombrero de fieltro acribillado a balazos.

¡Ese hombre es un demonio-exclamó-. Le teníamos sujeto entre cuatro. Llevaba esto puesto. ¡Se escapó de entre nuestras manos¡

Está acorralado ahora - dijo Motkin señalando hacia una de las ventanas de arriba.

La cabeza y los hombros de un oficial aparecieron en el lugar indicado por Motkin. El hombre hizo un ademán con los brazos para indicar que el cerco estaba cerrado; pero el fugitivo había desaparecido.

Motkin profirió una blasfemia. Cogió capa y sombrero y se los entregó al hombre sentado al volante de su automóvil.

-Guarda esto, Gregori - dijo: - mételos atrás.

El chófer obedeció.

Motkin paseó de un lado a otro de la calle, preocupado e impaciente. Se volvió bruscamente, al aproximarse a él uno de los dos hombres a quienes había mandado a inspeccionar la cámara.

-Se lo han llevado todo-dijo éste, en voz baja.

Motkin soltó un rugido. Crispó los puños con ferocidad. Escuchó con impaciencia mientras el hombre le daba los detalles de lo que había descubierto.

-El oficial de guardia estaba detrás dc una aspillera, muerto a consecuencia del gas-dijo el subordinado de Motkin-. He cerrado la compuerta del suelo. Los soldados están sacando los cadáveres.

-No digas una palabra-gruñó Motkin-. Coloca oficiales de confianza, de guardia. Todos los ladrones han escapado, menos uno. He dado la orden de que se le coja vivo si es posible. Es preciso que comparezca ante mí.

-Ya sabes tú las órdenes que hay-dijo el otro en voz preñada de duda-. Ha de ir a la cárcel primero si se le coge. Después de eso...

Motkin palideció al ver que su subordinado se encogía de hombros. A pesar de su importancia, Motkin se veía obligado a cumplir el reglamento.

Se encontraba en un dilema. Un hombre se hallaba suelto. Si se le capturaba, tal vez pudiese suministrar datos de gran valor al ser interrogado por Motkin a solas; pero, si hablara en presencia de otras personas, sus palabras pudieran hacer mucho daño.

El deber de Motkin era proteger el lugar que había sido desvalijado. Bien sabía el funcionario soviético cuál era el castigo impuesto a los que fracasaban en su cargo.

-Quédate aquí-dijo-. Haz todo lo que puedas. Es preciso que regrese. Si cae prisionero el hombre ese, avísame inmediatamente. Si le matan, (hizo una pausa reflexionando), ¡comunícamela también!

En aquel momento se oyeron gritos entre los hombres que había junto al coche blindado. Acudieron soldados, apuntando con los fusiles hacia la ventana que señalaba un oficial. ¡Una figura alta, encogida, había aparecido de pronto!

Antes de que los soldados pudieran disparar, salió una mano de la ventana. La pistola que empuñaba apuntaba al reflector.

Sonó un disparo. La luz se apagó. Reinó el caos en la oscuridad rasgada tan sólo por la mortecina luz de los faroles.

Los oficiales gritaban órdenes. Se estaban haciendo disparos. Motkin corrió a refugiarse en la callejuela.

Transcurrieron varios minutos. Luego se encendieron lámparas de bolsillo y, de pronto, un reflector nuevo, pero de menor potencia, iluminó el edificio desde el que La Sombra había disparado tan bruscamente.

Habían aparecido en escena varios automóviles militares y uno de ellos había enfocado la casa con su reflector.

Consumido de rabia, Motkin se dirigió a su coche. Le siguió su secuaz. El hombre movió afirmativamente la cabeza al darle su jefe instrucciones finales. Luego Motkin se subió al asiento delantero, junto a Gregori, y el vehículo se puso en marcha.

Motkin se hallaba sumido en un silencio sombrío, al pasar el automóvil por las calles de Moscú.

El coche llegó a un ancho «prospekt», torció por una calle estrecha y se metió en el patio de una residencia de bastantes pretensiones. Se detuvo ante una puerta lateral, entrada a las habitaciones de Motkin.

El funcionario, siempre con el gesto hosco se apeó y echó a andar hacia los escalones. Luego, como si se le ocurriera un repentino pensamiento, se volvió y habló con Gregori.

-La capa y el sombrero-dijo-¿dónde los pusiste?

-En el asiento do atrás, como me ordenaste.

-Sácalos.

Gregori abrió la puerta. Se inclinó hacia el interior del coche y se retiró bruscamente, con un grito de sobresalto.

-¡Mira!-exclamó-. ¡Mira!

Sacó una lámpara de bolsillo c iluminó el interior. Allí, medio en el suelo, medio en el asiento, yacía una figura alta, con la cara vuelta hacia el otro lado del coche.

-¡Es el hombre a quien andaban buscando¡

La exclamación de Gregori terminó bruscamente al llegar a sus oídos un aviso sibilante de Motkin.

-¡No digas una palabra! Quédate aquí. Mandaré a Prensky para que te ayude a meterle en casa.

-Aún está vivo-agregó, inclinándose sobre el desconocido-, y tal vez tenga necesidad de él. Tráete el Sombrero y la capa también. Y sobre todo, no digas una palabra. ¿Comprendes?

Gregori movió, afirmativamente, la cabeza.

Motkin subió los escalones de la casa y entró. Se encontró con su ayudante Prensky cerca de la puerta. Le explicó la situación en breves palabras.

Prensky comprendió y fue a reunirse con Gregori.

Motkin llegó a un cuarto del piso y se dejó caer en un sillón. Su semblante era un enigma. Reflejaba la preocupación y la satisfacción a un tiempo.

A pesar de su vigilancia, Motkin había fracasado en el cargo de proteger la cámara secreta. Esta había sido desvalijada. Ello pudiera representar la muerte para Iván Motkin.

Pero tal vez quedara suspendida la sentencia proporcionándosele una ocasión de rehabilitarse.

La situación de Motkin era única. Era uno de los poquísimos que sabían lo que había ocurrido aquella noche. Trabajando para recobrar lo robado resultaría más útil vivo que muerto.

Estaba seguro de que ésta sería la tarea que se le asignaría, sobre todo puesto que no habría, prueba alguna de negligencia por parte suya. El peligro estribaba en que otras personas averiguaran la verdad acerca del robo.

Si Motkin fuera el único que se enterara, tal vez lograría conseguir su propia seguridad y el éxito en sus gestiones.

Numerosos soldados aún registraban la casa por donde, uno de los ladrones se había escapado. Seguirían registrando hasta el amanecer, tal vez más tiempo. Todos sus esfuerzos resultarían inútiles.

Porque Motkin tenía en su poder al hombre a quien buscaban. Sólo él podría averiguar lo que había, que averiguar. ¡La vida de La Sombra se había convertido en algo de incalculable valor para Iván Motkin¡

CAPITULO XI
MOTKIN CONOCE A LA SOMBRA

Había, vuelto a caer la noche sobre Moscú. Tiempo hacía que terminara el tumulto de la noche en que Senov diera su golpe maestro. Tres días habían pasado desde que los saqueadores desvalijaran la cámara tan estrechamente vigilada.

Iván Motkin estaba pensando en los acontecimientos que siguieron a todo esto al caminar rápidamente hacia su residencia. Seguía adornando su semblante el gesto de hosquedad. Los asuntos habían ido bien y mal para él.

La corazonada que había tenido de que le ordenarían que recobrase todo lo robado, había resultado cierta. Tal era el trabajo que le habían asignado. Pero, con poderes absolutos a su disposición, no había logrado descubrir ni el menor indicio del paradero del tesoro.

Se creía que los jefes-uno de ellos por lo menos-habían huido en avión. Las tropas bolcheviques habían dado una batida, deteniendo a cuantos despertaban sospechas de ser agentes zaristas. Ninguno de ellos había sido capturado vivo; todos lucharon hasta morir.

El Destino se había complacido en jugar un extraño juego con Iván Motkin.

Durante aquellos ocho días, mientras sus subordinados buscaban en vano alguna pista, él tenía en su poder la única persona cuyo testimonio pudiera resultar la pista ansiada. Sin embargo, no le había sido posible interrogar a su prisionero.

EL hombre había estado oscilando, aparentemente, entre la vida y la muerte.

Malherido en su lucha con los soldados, se estaba reponiendo ya; pero parecía demasiado débil para ser interrogado.

AL entrar en el primer piso de su casa se encontró con Gregori, el hombre que le servía de chófer. Antes de que el funcionario pudiera hablar, Gregori alzó la mano, como avisándole.

Un hombre fornido y barbudo bajaba la escalera. Era el médico a quien había llamado Motkin para que asistiera al cautivo.

-¿Cómo está el paciente, doctor?-preguntó.

-Mucho mejor-respondió el interpelado-. Ha dejado de delirar. Ha mejorado mucho; pero parece débil.

-¿Puedo hablar con él?

-Ahora no; pero mañana podrá con toda seguridad. Está durmiendo y no puede despertársele hasta por la mañana. Ha pasado ya el peligro. Pronto estará bien. Pero, si se le despertara ahora, pudiera volverle la debilidad muy aprisa.

-¿Volverá usted mañana?

-Si no es absolutamente necesario, no. Con darle las atenciones debidas, irá mejorando, de día en día.

Motkin vió marcharse al médico. Como muchos otros hombres de carrera de Moscú, a aquel se le había creído en otros tiempos, partidario de los zares.

Motkin había hecho mucho porque viviera seguro bajo el régimen soviético.

Sabía que podía confía en su silencio absoluto.

Cuando Motkin llegó a su cuarto del piso superior, Prensky entró a verle y le repitió lo que había dicho el médico. El prisionero dormía tranquilamente.

Sonó el timbre del teléfono antes de que Motkin pudiera responder.

La voz de Motkin era un gruñido al contestaba al teléfono. Luego cambió de entonación. Prensky comprendió que hablaba con algún superior. Vió iluminarse los ojos de su jefe al hablar éste rápidamente.

-¿Sí? ¿Has recibido un informe de París? ¡Ah!... Michael Senov... Sí; había desaparecido... ¿Qué nuestros agentes le han visto en París? Bien... Iré... pronto... sí; pronto.

Los ojos de Motkin brillaron con astucia. Prensky, taciturno, pero observador, comprendió que pensaba, en el prisionero.

-...Mañana-declaró Motkin, hablando aún por teléfono-. Mañana por la tarde... Sí; mi ayudante me seguirá. Más tarde... Bien. Así, espero los pasaportes por la mañana.

Motkin colgó cl auricular y miró a Prensky.

Rara vez celebraba el funcionario rojo largas conversaciones con sus subordinados. Aquella fue una de las excepciones.

-Nuestros agentes han dado con el paradero de Michael Senov-declaró-. Se encuentra en París y ha estado en comunicación con los zaristas allí. Es el hombre a quien hemos de echar el guante. EL tiene las... (se contuvo a tiempo). Él es el hombre que necesitamos.

»Me están aguardando en París mientras intentan dar con el escondite de Senov. Se insinuó que partiera yo esta noche. Yo insistí en que fuera mañana... porque tal vez entonces conozca hechos que ignoro ahora.

-¿Yo he de quedarme aquí?-inquirió Prensky.

-De momento, sí. Pero he arreglado las cosas para que puedas seguirme. Eso lo discutiremos mañana... después de haber hablado yo con nuestro prisionero.

Motkin se acercó a una mesa y empezó a trabajar con una pila de papeles.

Era señal de que Prensky debía retirarse.

Mucho después de haberse marchado el secretario, Motkin seguía aún trabajando. El funcionario no abandonó su labor hasta las tres de la madrugada.

Luego se retiró.

Era mediodía cuando Iván descendió a la planta baja al día siguiente y se sentó a desayunar. Un sobre yacía sobre la mesa. Lo abrió y vió que contenía los pasaportes para él y para Prensky.

Con los pasaportes iban órdenes impresas y tarjetas para la inserción de firmas que pudieran ser comprobadas en varias localidades.

Toda la rutina burocrática, que aherrojaba a la gente en Moscú había sido suprimida para Iván Motkin y su ayudante. Instrucciones escritas a máquina suministraban todos los datos necesarios respecto al reglamento de los aeropuertos, detalles de los agentes de París, y otras cosas.

Motkin sonrió, depositando los papeles en dos pilas: una para él y la otra para Prensky. Se alegraba de haber dado los pasos necesarios para que su ayudante le siguiera. Prensky no sólo era hombre de gran valor, sino que sabía mucho del secreto de Motkin.

Gregori sabía también; pero podía quedarse. Era creencia de Motkin que el hombre que es solo en conocer detalles perjudiciales, rara vez se pone a conspirar; pero cuando son dos los que poseen los mismos conocimientos, siempre existe peligro.

Una criada estaba retirando los platos sucios cuando entró Gregori. El chófer aguardó a que se hubiera marchado la mujer. Luego le habló, en voz baja, a su jefe:

-Prensky dice que el prisionero está preparado-anunció-. Está despierto y puede hablar. Ha dicho unas cuantas palabras en inglés.

-¿Dónde está?

-Prensky le ha ayudado a entrar en tu despacho. Espera allí.

-Bien-declaró Motkin.

Se detuvo a tomar un sobre que lo entregó el hombre. Acababa de llegar de la sede del gobierno. Motkin quedóse al pie de la escalera a leer su contenido.

Era un informe de París, dando detalles de la investigación hecha para dar con el escondite de Senov.

Motkin se sintió afortunado. El saber, definitivamente, que Senov estaba relacionado con el asunto, le permitiría hacerle a su prisionero preguntas bien directas. Un fulgor siniestro brillaba en sus pupilas al subir la escalera.

La puerta de su despacho estaba abierta. Prensky apareció.

-Podrá hablar-le dijo, en un susurro-. Está débil; pero mucho mejor. El médico tenía razón. Sólo sabe hablar inglés.

Motkin afirmó, con un movimiento de cabeza. Le entregó a Prensky los pasaportes y papeles. Le explicó en breves palabras, cuál era el objeto de su viaje. Le ordenó que se hallase a mano. Luego preguntó:

-El sombrero y la capa... ¿fueron esas las únicas cosas que encontraste?

Prensky movió, afirmativamente, la cabeza.

-¿Dónde están?

-En el armario... en el rincón del despacho...

-Está bien.

Iván Motkin entró, deliberadamente, en el despacho. Cruzándose de brazos, miró hacia una silla que estaba junto a la ventana. Había alguien reclinado en ella.

Era cl prisionero. Motkin le miró con curiosidad. Estaba enfundado en una bata que Prensky le había suministrado. Tenía el brazo izquierdo vendado, y en cabestrillo. También llevaba una venda alrededor de la cabeza.

Su rostro estaba pálido y demacrado. Casi parecía una figura de cera, con mejillas hundidas y delgada nariz de halcón. Era un semblante que tenía dignidad; pero que delataba cansancio.

La alta figura parecía extraordinariamente delgada. Motkin comprendió que debía haber perdido peso durante su restablecimiento. Sin embargo apenas podía creer que fuera aquel, el demonio que había luchado con un centenar de soldados, esquivándoles luego.

Los ojos del prisionero estaban cerrados. Motkin se acercó y se inclinó sobre él. Parpadeó el hombre y de pronto, Motkin se encontró frente a frente con dos ojos acerados que le miraban, con firmeza y desafío.

Retrocedió a pesar suyo. Había tratado con hombres duros y firmes y estaba acostumbrado a encontrarse con ojos que sabían sostener la mirada; pero nunca había visto ojos como aquellos.

¡Los ojos de La Sombra!

Aquellos ojos relampagueantes le hicieron templar. Aun cuando aquel hombre se hallaba en su poder, el ruso se sentía inquieto en presencia de aquellos ojos dinámicos.

CAPÍTULO XII
MOTKIN HACE UNA PROMESA

Transcurrieron varios minutos antes de que hablara ninguno de les dos. Las primeras palabras que pronunció Motkin fueron en ruso. Observó aquellos ojos acerados y no advirtió cambio alguna en ellos.

El pálido rostro seguía impasible también. Era evidente, para Motkin, que el prisionero no entendía aquel idioma.

Después de una corta pausa, Motkin habló en inglés. Sus primeras palabras fueron una pregunta mediante la cual buscaba que el otro hiciera una declaración definitiva.

-¿Quién eres?-preguntó.

Los labios delgados se movieron en contestación. Las palabras fueron pronunciadas en tono tranquilo, impresionante, por su calma.

-Soy norteamericano-declaró La Sombra.

-¿Tu nombre?

-Tengo muchos nombres. Empleo nombres distintos en diferentes ocasiones. Actualmente viajo bajo el de Henry Arnaud. Eso debiera bastar para identificarme.

-No llevabas documentos...

-Mi pasaporte lleva el nombre de Henry Arnaud. No lo traje conmigo después de salir de Alemania. De nada me hubiera servido en Rusia.

Motkin frunció el entrecejo y contempló al hombre que decía llamarse Henry Arnaud. Estaba intrigado por la actitud del prisionero.

A pesar de que el hombre estaba cautivo en una ciudad donde era corriente ajusticiar antes de investigar, no parecía estar intranquilo en absoluto. Motkin, buscando un camino distinto, hizo una nueva pregunta.

-Tú eres el hombre a quiénes los soldados intentaron capturar, ¿no es cierto?-inquirió.

-Sí.

-¿Cómo lograste escapar de ellos?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Henry Arnaud.

-Vi tu automóvil aguardando tras cl coche blindado-contestó-. Ofrecía un refugio conveniente. Rompí el reflector de un disparo y salté desde el segundo piso. Por fortuna, tuve fuerzas suficientes para llegar hasta tu automóvil. He de darte las gracias por tenerlo allí a mi disposición.

Motkin pareció molesto al dirigirse a un rincón del cuarto y abrir un armario, Sacó el sombrero y la capa de La Sombra y los alzó junto a la ventana.

-¿Son tuyos, Henry Arnaud?

-Sí; he de darte las gracias nuevamente, Iván Motkin. Te agradezco tu amabilidad en traer esas cosas, que yo había perdido.

-¿Cómo conoces mi nombre?

-Le oí usarlo a tu criado. Pero ya me era conocido. En Nueva York se lo oí mencionar a un hombre llamado Marcus Holtmann.

EL rostro de Motkin expresó sobresalto. Contempló a Henry Arnaud con alarma. Había temido que alguna indiscreción suya, pudiera haber preparado el camino para el asalto a la cámara secreta.

Hasta aquel momento le había sido imposible averiguar de dónde había partido. La mención del nombre de Holtmann le preocupó. Su único recurso era la rabia y la amenaza.

-¡Holtmann me traicionó!-gritó, furioso-. ¡Te dijo dónde estaba la cámara para que pudieras venir aquí a dirigir el ataque! ¡Tú eres el responsable de esto! ¡Lo pagarás caro!

Henry Arnaud no pareció preocuparse lo más mínimo por el estallido de Motkin. Su fría mirada estaba fija en el rostro del funcionario. El furor de éste empezó a disiparse. En su lugar apareció un hosco gesto de preocupación. Henry Arnaud sonrió. Su sonrisa no calmó a Motkin.

-Estás completamente equivocado-declaró Arnaud-. No fui yo el primero en hablar con Marcus Holtmann. Otras persones se enteraron de su secreto antes que yo. Fueron ellas las que prepararon el asalto. Yo vine aquí solo, para hacerlo fracasar.

-¡Viniste aquí para hacer fracasar el asalto!-exclamó Motkin con incredulidad-. Y... ¿esperas que yo crea semejante declaración?

-Estoy relatando hechos. Lo supe todo por Holtmann. Se preparó un plan para robar las joyas de los Romanoff. Teniendo yo los conocimientos que tengo de esas joyas y de su historia (Arnaud hizo una pausa y un brillo singular apareció en sus ojos), me tenía sin cuidado lo que fuera de ellas. Mi único objeto era evitar que se derramara sangre humana inútilmente. Vine aquí con el exclusivo fin de impedir que se llevara a cabo lo que yo consideraba una matanza inútil.

Las palabras tenían tal acento de sinceridad, que el ruso se quedó perplejo.

No sabía si darles crédito o no. Frustrado en su investigación, cambió de táctica.

-¿Qué relaciones te unen con Michael Senov?-preguntó.

-En mi vida he oído hablar de semejante personaje.

De nuevo quedó Motkin intrigado. El tono de Arnaud respiraba sinceridad.

Motkin, estaba acostumbrado a tratar con conspiradores astutos y distinguía, instintivamente, entre la verdad y la mentira. Se hallaba, frente a un individuo que parecía prender su fe en contestaciones sencillas y directas.

Sin embargo, la verdad le resultaba increíble. No lograba comprender que fuera nadie lo suficientemente temerario para meterse en tan terrible jaleo, nada más que para salvar vidas humanas.

Motkin creyó distinguir un punto débil en el argumento de su víctima. Rió.

-Dices que querías evitar quo se derramara sangre-dijo-. Entonces, ¿por qué luchaste con los soldados que querían hacerte prisionero?

-El obrar en propia defensa siempre está justificado. Soy contrario a que se mate o hiera cuando es absolutamente innecesario y puede evitarse. He ahí todo.

Motkin se dio cuenta de que la entrevista se había desviado del camino por el que él había querido encauzarla. Si su prisionero de hubiese mostrado testarudo, hubiera hallado medios para hacerle hablar. Pero no existía reticencia alguna por parte de Arnaud.

Comprendió que aquel hombre poseía la sorprendente facultad de dar a la conversación un giro que le fuera favorable siempre. Sabía que las amenazas resultarían inútiles. Aun combinadas con tortura, fracasarían, porque aquel prisionero, en su estado de debilidad, no podría soportar el tormento.

Parecía que su único recurso era hacerle un ofrecimiento. Si lograba ganarse la amistad y la confianza de Arnaud, tal vez averiguase algo.

La posición de Motkin era verdaderamente anormal. Gracias a una serie de coincidencias, podía permitirse el lujo de mostrarse generoso con aquella persona. Motkin se creía lo bastante inteligente para desempeñar cualquier papel. Desapareció su gesto de hosquedad e intentó una táctica nueva.

-Te he salvado la vida-declaró-. Se te ha tratado excelentemente aquí. Me hallo en situación de ayudarte; pero tengo también mis asuntos en que pensar. ¿Qué puedes ofrecerme si me muestro dispuesto a devolverte la libertad?

-Algo ha sido robado-contestó serenamente, Arnaud-. Es de vital interés para ti que sea devuelto. Yo soy el único capaz de recobrar todo, lo que ha sido robado sin que se derrame más sangre. Si me concedes salvoconducto inmediatamente, yo te garantizo que te será devuelto todo aquello de cuya vigilancia estabas encargado.

Apareció una expresión de astucia en el rostro de Motkin.

Aquella proposición le resultaba irrisoria. La consideraba como una estratagema por parte de Arnaud para conseguir una libertad que ningún valor tendría para Motkin.

Durante un instante cl funcionario bolchevique estuvo a punto de ceder a un nuevo acceso de ira. Luego cambió de opinión y afirmó, lentamente, con la cabeza, como si aprobara lo propuesto.

-Dime-preguntó:-¿cuáles son tus tendencias? ¿Eres partidario del antiguo régimen ruso o del moderno?

-Me tienen completamente sin cuidado los dos-contestó el otro con hastío-. Para mí todas las joyas son bagatelas. Ya carezcan de valor o sean de un valor fabuloso, las piedras que fueron robadas no tienen importancia comparadas con la vida de una sola persona inocente.

»Las puedo recobrar (hablaba con una seguridad que asombró a Motkin) y podría ofrecérselas a cualquiera que me proporcionase la oportunidad que necesito. Da la casualidad que tú puedes ofrecerme esa oportunidad. Por eso he prometido devolvértelas a ti si me consiguen un salvoconducto, para salir de Moscú esta misma noche.

Motkin se quedó pensativo. No estaba satisfecho, ni mucho menos, con aquella preposición; pero tuvo prudencia bastante para ocultar su desdén.

Observó que el prisionero se debilitaba visiblemente, que sus ojos, a pesar de su firme mirada, parecían cansados.

Decidió que su mejor plan era fingir acceder a los deseos de su prisionero.

Por consiguiente, dijo:

-Déjame reflexionar un rato sobre este asunto. Hay ciertos puntos sobre los que quiero meditar.

Dicho esto, Motkin se apartó. Henry Arnaud cerró los ojos. Parecía haberse quedado dormido.

Motkin se dirigió a la mesa que había al otro lado del cuarto y empezó a arreglar unos papeles que sacó del bolsillo. Allí, lejos de la mirada que parecía leerle el pensamiento, empezó a reflexionar.

El ruso no tenía la menor intención de concederle salvoconducto a su prisionero, sin embargo, estaba perplejo. Era necesario que se marchara a París a trabajar con agentes rojos y había esperado conseguir información de valor antes de marcharse.

Sabía que no debía retrasar su marcha más de lo absolutamente necesario.

También se daba cuenta de que había muy pocas probabilidades de que pudiera sonsacarle nada, al misterioso Arnaud.

A medida que reflexionaba, Motkin empezaba a considerar a su prisionero una verdadera amenaza. Era evidente que el hombre aquel sabía demasiado.

Había mencionado a Marcus Holtmann; por consiguiente, podría mencionar el mismo nombre en presencia de otras personas si se le presentaba oportunidad.

Conociéndose el nombre de Holtmann sería muy fácil relacionarle a Motkin con la indiscreción que había hecho posible el asalto de los zaristas.

Hasta cierto punto, Arnaud era el dueño de la situación. Un brusco cambio en la suerte-cosa que podía ocurrir en cualquier momento, dada la situación poco estable que existía en Moscú-podría significar que cl prisionero tuviera más poder que el que le había capturado.

Motkin había violado una orden muy rigurosa del gobierno, al no entregar el prisionero a sus superiores. Si llegara a conocerse su actuación le costaría un disgusto.

El ruso empezó a preocuparse por sus subordinados Gregori y Prensky.

Según se hallaba la situación, ambos estaban complicados en la captura y detención del llamado Henry Arnaud. Motkin estaba seguro de que podía fiarse de ellos de momento; pero un cambio futuro de gobierno pudiera hacer que resultase más beneficioso, para ellos, el delatarle que el callarse.

En Moscú, cuando un hombre empieza a perder influencia, sus mejores amigos y asociados se convierten, con frecuencia, en sus peores enemigos.

Motkin, se daba cuenta de que su prestigio había sufrido ya hasta cierto punto.

Transcurrió bastante tiempo mientras Motkin estudiaba su dilema. Sonó el teléfono. Lo contestó. Era una llamada de un superior. Le proporcionaba informes y hacía una pregunta.

Le dijo que los agentes bolcheviques estaban estrechando el cerco a Senov en París y que tenían nuevas pruebas de que Senov ocultaba lo robado. Le preguntó cuándo pensaba salir para París, puesto que su presencia en dicha ciudad era deseada inmediatamente.

Cuando Motkin hubo dejado satisfecho al funcionario que le telefoneaba, dirigió una rápida mirada hacia Henry Arnaud. El misterioso prisionero parecía profundamente dormido, con la cabeza inclinada hacia el lado de la silla.

Una sonrisa maligna se dibujó en los labios del ruso. ¡La balanza cambiaba!

Arnaud, como estorbo, estaba adquiriendo proporciones mayores que Arnaud como hombre valioso. Motkin consultó el reloj.

Quedó sorprendido al ver que eran cerca de las tres. Necesitaría cerca de dos horas para hacer sus preparativos finales y llegar al aeropuerto a tiempo para tomar el avión que salía, para Varsovia a las cinco. Acercándose rápida pero silenciosamente a la puerta, Motkin salió

al vestíbulo y llamó a Prensky con un silbido. Cuando llegó su ayudante, le hizo pasar al cuarto y cerró la puerta.

Miró hacia Arnaud.

Estaba seguro de que el hombre seguía dormido; también tenía el convencimiento de que no entendía una palabra de ruso. Por consiguiente, habló en este idioma, al conversar con Prensky.

-Salgo para París inmediatamente-dijo-. Todo irá bien allí. Tengo información nueva. No le necesitaremos a ése (hizo un gesto en dirección a Arnaud). Conque le dejaré a tu cargo. Gregori estará de vuelta para las ocho. Él te llevará al aeropuerto. Sale un avión a las diez.

-Quieres decir que...

Motkin sonrió y movió afirmativamente la cabeza. Prensky comprendió.

Había hecho trabajos por el estilo en otras ocasiones.

-Hasta después del oscurecer, no-susurró Motkin-. Entonces nadie verá ni sospechará nada. Nada le diré a Gregori, salvo que debe obedecerte en todo. Puedes dejarle a él encargado de que se deshaga del cadáver. Dile lo que has hecho, cuando te despidas de él en el aeropuerto.

Prensky sonrió, malévolo. Miró con desprecio, a la débil figura del que había de ser su víctima. Alto, delgado y cadavérico, Prensky llevaba bien el papel de verdugo de la antigüedad. Parecía encantarle el trabajo que le había sido asignado.

-¿Tienes los pasaportes?-inquirió Motkin-. ¿Y las instrucciones?

Prensky enseñó los papeles. Motkin sonrió y despidió a su secretario con un gesto. Se dirigió luego al prisionero, junto a la ventana, y escudriñó su rostro pálido y fatigado.

Los ojos de Arnaud se abrieron y miraron hacia arriba. Motkin sonrió, amistosamente.

-¿Cuáles fueron las condiciones que propusiste?-preguntó, en inglés.

-Que se me dé salvoconducto para salir de Moscú-contestó Arnaud, con voz soñolienta, y débil-, a fin de que pueda recobrar lo robado...

-Justo-le interrumpió el ruso-. Pues bien, Arnaud, aceptaré tus condiciones. Te prometo que esta noche, antes de las ocho, abandonarás este lugar.

E inclinando la cabeza en despedida, Motkin giró sobre sus talones y salió del cuarto. Se encontró con Prensky en el vestíbulo y le hizo pasar a su despacho.

Prensky comprendió. Habría de quedarse vigilando a Arnaud, que se hallaba impotente y muy débil... y que resultaría una presa fácil.

Una sonrisa maligna se dibujó en sus labios, al ver a Iván Motkin bajar la escalera. El ayudante cerró la puerta con llave por dentro y se acercó a la ventana delantera. Desde ella vió a su superior subir al coche que aguardaba en el patio. El vehículo se alejó.

Motkin se hallaba camino de París, dejando tras él un prisionero impotente, a quien había engañado con una promesa falsa.

¡Había ordenado la muerte de La Sombra!

CAPÍTULO XIII
LA SOMBRA SE VA

Había caído una profunda oscuridad sobre el cuarto del segundo piso de la residencia de Iván, Motkin. Prensky, sentado junto a la ventana delantera, se levantó sin hacer ruido y encendió una luz que colgaba, por encima de la mesa.

La suave luz derramaba una débil claridad por el cuarto. Reveló la figura del hombre que se había llamado a sí mismo Henry Arnaud descansando aún en la silla, junto a la ventana.

Metódicamente Prensky corrió las cortinas de la ventana de delante; luego hizo lo propio en la ventana, junto a la que el prisionero seguía durmiendo.

El reloj de la repisa de la chimenea marcaba las siete y media. Prensky, en el centro del cuarto ya, se detuvo y se frotó la barbilla. Un fulgor siniestro brillaba en sus oscuros ojos. Reía anticipadamente.

Fijándose en la capa y el sombrero negros que yacían sobre una silla donde los había tirado Motkin, cogió las prendas y las examinó. Rotas habían sido un disfraz. Ahora servirían de sudario.

Mientras Prensky sonreía con malicia, sintió instintivamente, que alguien le vigilaba. Miró en seguida hacia la otra silla. El prisionero había abierto los ojos y le miraba. La mueca maligna de Prensky se convirtió en sonrisa amistosa.

-Esto es tuyo-dijo en ruso-. Puedes llevártelo cuando te vayas.

Arnaud le siguió mirando sin pestañear y Prensky se acordó de que el hombre aquel desconocía por completo el ruso. Lentamente, repitió su declaración en inglés chapurreado. Henry Arnaud movió afirmativamente la cabeza y sonrió para demostrar que había comprendido.

Hizo un débil esfuerzo por alzarse de su asiento. El esfuerzo le bastó para poder ver el reloj. Luego se dejó caer en la silla sin fuerzas.

-He de marcharme antes de las ocho-dijo, en voz baja-. ¿Comprendes eso? ¿Las ocho?

Prensky afirmó con la cabeza.

-¿Querrías marcharte más pronto?-inquirió.

-Sí-contestó Arnaud con fatiga.

-Puedes marcharte ahora-dijo Prensky, en tono amistoso.

Dobló la capa y la depositó en una silla. Sobre ella colocó el sombrero de fieltro. Avanzó hacia la silla y posó la mano izquierda sobre el hombro del herido. Ayudó a Arnaud a incorporarse.

-Descansa un momento-dijo, automáticamente-. Aún estás demasiado débil.

Arnaud movió afirmativamente la cabeza. Alzó el brazo derecho, y lo posó sobre los hombros de Prensky. El ruso se dio cuenta de cuán débilmente le agarraba, con la mano izquierda. Arnaud asió el hombro derecho de Prensky.

Parecía estar reuniendo todas sus fuerzas para intentar ponerse en pie.

Prensky deslizó la mano derecha debajo de su chaqueta. Alzó levemente su cuerpo; luego volvió a dejarlo caer y permitió que Arnaud se deslizara, nuevamente, sobre su asiento.

Las manos de éste aún seguían posadas sobre los hombros de Prensky, pero le asían muy débilmente.

-Descansa un momento-repitió el ruso.

Arnaud afirmó, cansado, con la cabeza, y entornó los párpados. Prensky ahogó una risa sombría. Hacía muecas al pensar en la facilidad con que iba a poder llevar a cabo sus propósitos. Sacó la mano derecha de debajo de la chaqueta, armada con un cuchillo largo y afilado.

Prensky tenía fama de matar con rapidez y seguridad. Era de los que apuñalaban con frialdad y cálculo. Su mirada buscó un punto próximo al corazón de su víctima. Se alzó la mano armada. Olvidó los ojos cerrados del prisionero que estaba a punto de morir.

Apretó la mano para dar el golpe. Urna puñalada propinada con aquel cuchillo significaba la muerte. Al retirar levemente la mano derecha sintió que la mano de Arnaud se le deslizaba del hombro y caía lentamente.

Aquel era el momento de obrar. Pero al responder la mano de Prensky a su pensamiento, la mano que estaba cayendo a lo largo de su brazo obró con sorprendente rapidez. La puñalada quedó parada bruscamente al asir Arnaud la muñeca de Prensky con insospechada fuerza.

Simultáneamente el brazo que colgaba sobre el hombro izquierdo del ruso entró en acción. El hombre de la silla no desempeñaba ya el papel de Henry Arnaud. ¡Luchaba con la habilidad de La Sombra!

Con férrea mano, La Sombra empujó a Prensky hacia abajo y hacia la derecha, mientras que su izquierda aún asía la muñeca del asesino. Al perder Prensky el equilibrio, cayó al suelo y rodó un poco más allá de la silla.

La Sombra se abalanzó sobre él sin soltarle un momento.

Prensky, rechinando los dientes y rugiendo, luchó como un verdadero demonio. La Sombra, con fulgurantes ojos, mantuvo a raya a su adversario mientras pronunciaba palabras burlonas en ruso. El prisionero indefenso había hecho caer en la trampa al que quería matarle.

Prensky se dio cuenta de ello con terror y rabia. Fríamente burlón mientras luchaba, La Sombra estaba contando cómo le había engañado. Durante cuatro días había fingido impotencia mientras recogía información y recobraba las fuerzas para una lucha, como aquella.

La Sombra concentró a continuación todas sus fuerzas en la pelea. Había estado preparado para ella, pues había oído las instrucciones de Motkin. La manera, en que le tenía asido La Sombra, colocaba, a Prensky en situación de inferioridad. Pero mientras La Sombra, empleaba mayor fuerza, éste se resistía con frenesí.

La mano izquierda de La Sombra, empezó a vacilar. Evidentemente, se había excedido en sus esfuerzos. Su resistencia llegaba al límite.

Prensky se dio cuenta del cambio. Logró desasir la mano y dirigió una puñalada a su adversario. La mano de La Sombra osciló hacia un lado cuando la punta de la hoja casi le tocaba el cuello.

Alcanzó a Prensky en la muñeca y el cuchillo resbaló de largo, pasando a una fracción de pulgada de la vena que había querido cortar.

Prensky, perdiendo el equilibrio por el impulso de la puñalada, perdió unos momentos preciosos para recobrarse. Las fuerzas de La Sombra, que se iban debilitando, parecieron, rehacerse. Tiró a su adversario de lado y logró echar todo el peso de su cuerpo sobre aquel brazo derecho libre.

Detrás de la espalda, del supuesto Arnaud, la mano del ruso se agitaba, intentando clavarle el cuchillo. La Sombra, luchando con todas sus fuerzas no le proporcionó al ruso la oportunidad que necesitaba.

Abrazados fuertemente, ninguno de los dos conseguía la menor ventaja sobre otro. El brazo de Prensky se estaba entumeciendo por la presión que tenía que soportar. Los dedos acabaron por abrirse y soltar el cuchillo. El acero cayó sobre la delgada estera que había cerca de la chimenea.

La Sombra oyó aquel ruido. Le proporcionó una nueva oportunidad. Con un movimiento brusco se separó de Prensky. Su cuerpo rodó sobre la hoja del cuchillo.

Con la mano izquierda asió una columna ornamental a un lado de la chimenea, cerca de la ventana. Con la derecha se volvió para coger el cuchillo.

Entonces la suerte favoreció a Prensky. Se estaba poniendo de rodillas cuando vió lo que pretendía hacer La Sombra. El cuchillo yacía sobre el extremo de una estera pequeña.

Prensky, echado hacia atrás por el empujón de su adversario, se hallaba a un metro de distancia del acero. Tenía las manos sobre un extremo de la estera.

Con una serenidad sorprendente asió el borde de la estera, y tiró hacia sí. El cuchillo corrió hacia él, escapándosele a La Sombra.

Prensky asió el mango del arma. La Sombra, viendo que sus esfuerzos habían resultado inútiles, se estaba retirando. Se puso en pie y asió la repisa de la chimenea, en el momento en que Prensky se alzaba para atacar. El rostro del ruso reflejaba odio y triunfo.

Nada cansado por la terrible lucha, creyó hallarse en condiciones más ventajosas que el extranjero herido. Se preparó y se abalanzó hacia adelante decidido a derribar a su adversario inmediatamente. En aquel terrible momento, el reloj de la repisa empezó a dar las ocho.

AL sonar la primera comparada, La Sombra obró como inspirado.

Tambaleándose, asió el reloj con ambas manos. Era un reloj pesado, antiguos producto del saqueo del palacio de algún aristócrata. La Sombra, retrocediendo para librarse del ataque de Prensky, alzó el macizo objeto por encima de su cabeza.

El reloj daba la segunda campanada cuando lo alzó La Sombra. Prensky, embistiendo como toro enfurecido, corrió hacía delante con el cuchillo en alto.

Las manos de La Sombra, cayeron. El reloj dio la tercera campanada al estrellarse contra la cabeza de Prensky.

EL salto del ruso acabó en una caída. La mano armada, descendió automáticamente. La punta del cuchillo alcanzó el hombro de La Sombra, rasgándose toda la manga de la bata que llevaba.

La Sombra, retrocedió, tambaleándose demasiado tarde para esquivar el encuentro con el cuerpo de Prensky. Los dos hombres rodaron juntos por el suelo.

Permanecieron allí, inmóviles, unos instantes. Luego La Sombra, se arrastró de debajo del otro y se puso en pie, apoyándose en la mesa de Motkin.

Prensky no se movió. El impacto del pesado reloj le había partido el cráneo.

El reloj yacía destrozado en el hogar, donde había caído, convertido en masa de cristal roto y mármol agrietado. Sus campanadas habían acabado en la tercera, que había señalado el fin del canallesco Prensky.

Sin embargo las manecillas seguían marcando las ocho. Aquello fue para La Sombra una especie de recordatorio. ¡Pronto llegaría Gregori para conducir a Prensky al aeropuerto!

Tambaleándose, La Sombra, avanzó por cl pasillo hasta llegar a una alcoba improvisada: el lugar que había sido su residencia durante más de una semana. Cuando volvió a aparecer en el despacho, seguía pareciendo Henry Arnaud; pero, en lugar de la bata, llevaba un traje negro.

Rehecho ya de la lucha se movía con más facilidad que antes. Vió la capa, y el sombrero sobre la silla. Se los puso.

Bajo los pliegues de la capa y el ala del sombrero desapareció todo rastro del hombre que se llamaba a sí mismo Henry Arnaud.

Sólo dos ojos brillaban bajo el sombrero. El forro encarnado de la capa se vió unos instantes al acercarse La Sombra al lugar en que yacía el cuerpo de Prensky. Inclinándose sobre él, sacó un manojo de papeles del bolsillo del muerto.

Ojos agudos estudiaron los documentos bajo la luz. Esa risa baja, repercutió en el cuarto. Una mano blanca apagó la luz. Se oyó un ruido como de roce en la oscuridad. Continuó oyéndose por el pasillo y escalera abajo.

Una sombra alargada apareció sobre el pavimentado del patio. Sólo ella denotaba que La Sombra en persona, había salido de la casa. Aquella mancha negra pareció retorcerse en grotescas figuras al entrar en el patio un automóvil con los faros encendidos El vehículo se detuvo junto a la puerta.

-Llegas tarde, Gregori.

Estas palabras, habladas en ruso, fueron oídas por el chófer en cuanto se detuvo el coche. Parecían pronunciadas en el tono de voz bajo empleado por Prensky.

Sobresaltado, Gregori oyó cerrarse la portezuela al subir alguien a la parte de atrás. Fijó la mirada en la oscuridad, intrigado. Luego la repetición de la voz le tranquilizó:

-¡Date prisa, Gregori! ¡He de llegar al aeropuerto antes de las diez! No pierdas tiempo. ¡Es orden de Motkin!

Gregori rara vez hablaba con Prensky. Las palabras que había oído tenían un acento raro. Sin embargo, sonaba como la voz del ayudante de Motkin, según la recordaba Gregori.

Las palabras eran una orden, y el hombre se dio cuenta de que su deber era obedecer. Iván Motkin le había dicho que obedeciera las órdenes de Prensky.

Había un largo trecho hasta el aeropuerto. No pronunciaron una palabra desde el asiento de atrás en todo el camino, Gregori no se sorprendió.

Prensky, generalmente, guardaba silencio. Sólo al aproximarse al aeropuerto recibió otra orden.

-Acércate al avión de Varsovia. Ponte detrás de él.

Gregori obedeció. Detuvo el coche a unos metros de distancia del enorme aeroplano que brillaba bajo las luces del campo de aterrizaje.

Gregori soltó una exclamación ahogada al asirle dos manos por la garganta, desde atrás. Todo ocurrió con una rapidez asombrosa. El chófer no tuvo la menor ocasión de gritar. Se quedó exangüe tras el volante.

Inclinándose sobre su asiento delantero, La Sombra amordazó al hombre con su pañuelo. Le ató las manos con un cinturón.

Viendo que el chófer, medio ahogado, quedaba impotente, La Sombra volvió a retirarse y se quitó la capa y sombrero. Los dobló hasta formar un bulto pequeño y abrió la portezuela.

La aeronave se estaba preparando para emprender el vuelo. Un oficial, hosco, miró con curiosidad a la alta figura sin sombrero que se acercó a él.

El hombre no dijo ser Henry Arnaud.

-M. Prensky, ayudante de Iván Motkin –declaró-. Aquí está mi pasaporte y mís instrucciones.

Pronunció estas palabras en ruso correcto. El oficial examinó los documentos e indicó al hombre que podía subir al aeroplano. Había otros dos pasajeros a bordo ya. El oficial dio instrucciones al piloto.

Las hélices empezaron a girar a mayor velocidad. El avión empezó a deslizarse por el campo. Alcanzando velocidad despegó. Una vez conseguida altura, volvió a cruzar sobre el campo de aviación donde allá, muy abajo, el automóvil en que Gregori yacía amordazado parecía un juguete.

Dirigiéndose al Este, el enorme monoplano emprendió el camino de Varsovia. Arrellanado cómodamente en un asiento almohadillado iba el pasajero que había usado los nombres de Arnaud y de Prensky, y que sin embargo, no era ninguno de los dos.

Iván Motkin le había prometido a su prisionero salvoconducto desde Moscú.

Dicho salvoconducto había sido conseguido, pese a la falta de palabra de Motkin.

Motkin-Senov-París. Se iniciaba una nueva etapa a lo largo del sangriento camino abierto por la busca del tesoro d los Romanoff. Dos fracciones se aprestaban a luchar ferozmente por su posesión. Miembros de ambos lados habían recurrido al crimen y a la traición.

¡La Sombra acudía presurosa a luchar contra todos ellos!

CAPÍTULO XIV
EN PARIS

Un joven estaba sentado a una mesa en el cuarto de un hotel de París. Tenía la cara vuelta hacia la ventana y contemplaba las titilantes luces de la capital francesa. Sonó el teléfono que colgaba de la pared, y el joven se volvió para contestar. Las oscuras facciones de David Tholbin se vieron claramente a la luz del cuarto.

-¡Diga! – exclamó-. Ah, sí. Betty. Soy David. ¿Estáis preparados para marchar?... Conforme... Me reuniré contigo y con tu padre dentro de media hora. En el café pequeño del boulevard... Sí; ya me encargué del equipaje. Todo ha sido embarcado.

Tholbin sonrió al colgar el auricular. Miró a su alrededor para asegurarse de que no se había olvidado de nada. Se dirigió a la puerta; luego se detuvo de pronto, al oír una llamada cautelosa.

Con gesto de preocupación se metió una mano en el bolsillo. El contacto con el revólver que llevaba sirvió para disipar algo su aprensión. Ordenó a la visita que entrara. Entró Michael Senov. Tholbin retiró la mano del bolsillo.

¿Está preparado para marchar?-inquirió Senov, en inglés, con leve acento extranjero.

Tholbin respondió afirmativamente.

-Me alegro. Vine aquí para asegurarme. Esta es la segunda vez que nos vemos. Con toda seguridad será la última.

Tholbin no dio señal de lamentar que así fuera. El ruso miró a su alrededor con aprensión. Escudriñó cautelosamente al otro.

-Es un arreglo extraño-murmuró Senov, con solemnidad-. Muchas cosas que sé no se las digo. Muchas cosas que usted sabe no me las dice a mí. Ambos obedecemos órdenes.

-Yo cumplo las mías-contestó Tholbin, tranquilamente.

-Eso es bueno. Yo sólo puedo decirle lo siguiente: ha de tener usted cuidado en todo lo que haga. Las instrucciones que recibí fueron que me reuniera con usted en este hotel. Así lo hice, hace cuatro noches. Se me ordenó que entregara, en manos de usted cierto baúl. Lo he hecho. Ahora es deber de usted asegurarse de que el baúl llegue a su destino. ¿Se ha preocupado de eso?

-Sí; se encuentra en camino ya.

-Una cosa, he de decirle-agregó Senov-.Se me ha dicho que parte usted para Nueva York a bordo del vapor <Gasconne>. En dicho vapor habrá ciertos hombres dispuestos a ayudarle si los necesita. Nunca le han visto. Sólo le conocerán por una señal...

Tholbin, sin dejarle acabar, comprimió las yemas de los dedos unas contra otras. Con los dedos muy separados formó una especie de figura abierta.

-¡Ah!-exclamó Senov con aprobación.

-¡Ha aprendido usted ya la señal de la corona! Bien. ¿Sabes cómo reconocer a esos hombres?

-Cada uno de ellos llevará un alfiler con una corona. Tengo toda la información que necesito aquí.

Enseñó el borde de un sobre que llevaba en un bolsillo interior. Una sonrisa iluminó el brutal semblante del ruso.

-Muy bien-dijo-. Ha recibido este informe al propio tiempo que instrucciones Sé que todo va bien. Le dejaré ahora. Mi deber está aquí, en París. Puede ser que me espere algún disgusto. No me preocupa. El que yo me lleve disgustos significa que usted se los ahorrará...

Senov se interrumpió, dándose cuenta, de que tal vez estuviese diciendo más de lo que debiera. Se despidió con una inclinación de cabeza y se dirigió a la puerta. Tholbin le siguió.

-Sería mejor que fuese usted delante-insinuó Senov-. Quizá si me han seguido hasta aquí, cosa poco probable, claro está... pero es conveniente tener prudencia...

David Tholbin se encogió de hombros y bajó al vestíbulo del hotel. Para él aquellas visitas de Senov resultaban una broma, obra del excéntrico cerebro del abogado Parker Noyes.

Tholbin, había recibido varias órdenes de Noyes; pero el único agente extranjero con quien se había topado era Senov. Nada sabía de la historia del hombre y le tenía sin cuidado. Se marchaba de Cherburgo con los Waddell aquella noche. También eso había sido obra de Parker Noyes.

Lo único que le interesaba era que le había sido entregado un baúl grande, cerrada con llave y que éste se hallaba en aquellos instantes camino del Banco.

En el vestíbulo, Tholbin se paró el tiempo necesario para pagar una cuenta.

El francés que lo atendió sabía el inglés y Tholbin, recordando que sería prudente ocultar sus pasos, dijo que estaría de vuelta antes de una hora.

Volviéndose unos minutos más tarde vió a Senov que pasaba y casi inconscientemente le saludó con un movimiento de cabeza, Senov hizo cono si no le viera y siguió su camino.

Tholbin salió del hotel y echó a andar en dirección contraria al llegar a la calle.

Apenas se hubieron marchado los dos, salió un hombre de un rincón oscuro del vestíbulo y echó a andar tras ellos. Se detuvo en la acera y observó que ambos habían tirado en direcciones opuestas.

Aquel hombre, un norteamericano de semblante firme y bien proporcionado de cuerpo, era Clifford Marsland, agente de La Sombra. Había estado encargado de vigilar a Tholbin en Nueva York.

Dicho trabajo le había llevado al extranjero, después de averiguada la relación existente entre Tholbin, Froman y Noyes.

Hasta aquel momento sólo había observado un acto sospechoso por parte de Tholbin: su primer encuentro con Senov. Cliff sólo había visto al ruso durante un segundo por entonces; pero ahora, estaba seguro de que trataba de la misma persona.

Las palabras que Tholbin le dijera al empleado del hotel habían engañado a Clifford. El saludo dirigido a Senov, por el contrario, había servido para delatar por completo a Tholbin.

AL encontrarse ante dos posibles tareas, Cliff optó por aquella de las dos que ofrecía nuevas posibilidades: se puso a seguir a Senov.

El ruso paró un taxi un par de cuadras más allá del hotel. Cliff, al pasar le oyó interrogar al conductor. Al chófer le costaba trabajo comprender el francés que empleaba Senov. Cliff reconoció las palabras que intentaba decir.

Senov preguntaba, si el conductor conocía cierto distrito de Montmartre. Por fin comprendió el hombre. Senov subió al coche. Cliff vió otro taxi y lo tomó.

Dio las señas que diera Senov.

Presentía que le aguardaba alguna aventura. Siendo veterano de la Guerra Europea conocía París y hablaba bien el francés. No tenía la menor idea, de qué relación pudiera tener Senov con Tholbin; pero estaba decidido a averiguarlo aquella misma noche.

Metió prisa al chófer, en la esperanza, de llegar al lugar indicado casi al mismo tiempo que Senov. Al apartarse el coche de las calles más concurridas, Cliff se convenció de que el ruso- cuyo nombre desconocía -debía dirigirse a algún escondite.

Cuando se detuvo el coche, Cliff al atisbar por la ventanilla, observó que había otro vehículo parado unos sesenta metros más allá. Decidió que aquél debía ser el que siguiera él.

Le dijo al conductor, en voz baja que aguardara. Le metió un puñado de monedas francesas en la mano y le prometió más a su regreso.

Acercándose lentamente al coche que se hallaba delante de él, vio a Senov apearse. EL vehículo del ruso se fue y Cliff siguió la pista a pie.

Zigzagueó por callejuelas y, por fin, vio a su hombre entrar por la verja vecina a un café subterráneo viejo y desvencijado.

Un rótulo proporcionó a Cliff el nombre del establecimiento. En letras borrosas, leyó lo siguiente:

L'AIGLE D'ARGENT

Repitió el nombre en inglés al volver al sitio en que aguardaba su taxi.

-El Águila de Plata-murmuró para sí-. Es la primera vez que lo oigo nombrar. ¿Será un lugar frecuentado por apaches?

AL llegar al coche sacó una hoja de papel del bolsillo y escribió una corta nota con su pluma estilográfica. Las palabras iban escritas en una clave especial que empleaba en todas sus negociaciones con La Sombra.

Dobló apresuradamente el papel y lo metió en un sobre. Empleó otra pluma, para escribir la dirección.

Esto obedecía a que había utilizado una tinta especial para el mensaje. Toda la correspondencia de La Sombra, se escribía con un líquido invisible que desaparecía después de haber sido leída la misiva por el destinatario.

-Lleve esto al hotel de Burgundy-ordenó Cliff, dándole la nota al chófer junto con otro puñado de monedas.

El conductor movió afirmativamente la cabeza y se fijó en la inscripción. EL sobre iba dirigido al señor Henry Arnaud.

Cliff sonrió satisfecho al alejarse el coche. No sabía si se encontraría algún otro de los agentes de La Sombra en París; pero cualquiera que estuviese allí se presentaría y recogería aquella nota y sabría así dónde había ido Cliff.

Volviendo nuevamente a L'Aigle d'Argent, Cliff abrió la verja de la parte de atrás. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le vigilaba. La mirada de Cliff era penetrante, pero no se fijó en dos hombres que se hallaban de pie junto a una ventana baja al otro lado de la calle.

Seguro de que el hombre que había entrado allí sería una figura importante en alguna conspiración desconocida aún, Cliff estaba decidido a encararse con él.

Cliff tenía un temperamento aventurero. Para él era mucho más eficaz el liarse a tiros que el apelar a la justicia. Por este motivo, La Sombra sólo le empleaba en casos especiales.

Cliff sabía, que se le había mandado a París por su conocimiento de dicha capital. El obrar imprudentemente pudiera tener serias consecuencias. Sin embargo, los agentes de La Sombra eran libres de seguir los dictados de su propia inteligencia en casos de fuerza mayor.

Su primer acto fue probar una puerta del lado del edificio. Con gran sorpresa suya se abrió. Entró y encontró un tramo de desvencijada escalera, iluminado por un solo mechero de gas. Subió por ella y vió tres puertas. La luz se escapaba por debajo de una de ellas.

Pistola en mano, hizo girar lentamente el pomo y entró en el cuarto. Había un hombre sentado a una mesa vieja dando la espalda a la puerta.

Estaba echada la cortina de la ventana. El hombre se movió instintivamente un momento después de haber entrado Cliff.

Era Michael Senov, que se había dejado pillar completamente por sorpresa.

El ruso estaba boquiabierto de asombro. A un gesto de Cliff alzó lentamente las manos, murmurando palabras interrogadoras en ruso.

Cliff no reconoció el idioma. Senov, dándose cuenta de que el desconocido parecía ser norteamericano, probó el inglés.

-¿Qué hace usted aquí?-preguntó.

-He venido a averiguar qué hace usted aquí-respondió Cliff-. ¿Qué es este sitio? ¿Un escondite? ¿Qué sabe usted de David Tholbin?

Senov se le quedó mirando al oír esta pregunta. Comprendió que se las había con una amenaza procedente de un punto del cual no se la había esperado.

Había confiado en que Tholbin estaría a cubierto de toda sospecha. Ahora, comprendía que se había equivocado.

-David Tholbin marcha a bordo del vapor <Gasconne>-declaró Cliff fríamente-. Me he tomado la molestia de averiguar ese detalle que usted, sin duda conoce. Pienso pasarme media hora aquí a lo sumo. Durante ese tiempo averiguaré por qué estaba usted en contacto con Tholbin.

Senov se encogió de hombros. Cliff se dio cuenta que el hombre intentaba, ganar tiempo. Sus ojos adquirieron una mirada de dureza y Senov se fijó. Vió que trataba con un hombre tan irreductible como él.

-¡Dígame-ordenó Cliff, con énfasis-, lo que está ocurriendo en el «Gasconne»! ¡Hable!

-¿El « Gasconne»?-exclamó Senov-. Ah, sí. El vapor «Gasconne». Sale de Cherburgo. Tendré mucho gusto en contarle todo lo que al «Gasconne» se refiere...

Su voz se iba elevando paulatinamente. Cliff se dio cuenta de ello. Presintió un lazo. Pero antes de que pudiera hacer el menor movimiento, sintió el frío cañón de una pistola en la nuca.

-Suelte esa pistola-dijo una voz suave a su oído.

Cliff la dejó caer al suelo. Alzó las manos. El frío acero se apretó contra su carne y una mano le dio un empujón en el hombro. Retrocedió contra la pared y se encontró ante un hombre que llevaba un antifaz negro. Detrás del primero había otra figura enmascarada.

Cliff tenía alzadas las manos por encima de la cabeza. Miró con indiferencia hacia el otro lado. Vió a Senov reír triunfalmente.

-Fue usted muy prudente, ¿eh?-exclamó el ruso-. Muy prudente al venir aquí, habiendo hombres míos fuera, de vigilancia, ¿verdad? ¡Ja, ja! Ha sido usted muy estúpido.

Se volvió hacia el primero de los dos hombres que habían entrado. Este individuo ya no apuntaba a Cliff; el segundo se estaba encargando de hacerlo.

-¡Bien hecho, hermano!-declaró Senov en ruso.

Cliff no podía comprender las palabras; pero notó su tono de aprobación y se maldijo por la falta de precaución.

-Bien hecho, hermano-repitió Senov-. No necesitas el antifaz aquí dentro. Quítatelo.-El hombre se quitó lentamente el antifaz. Al mismo tiempo alzó el revólver. Un grito de aturdimiento escapó de labios de Senov al ver el rostro del hombre a quien había llamado hermano.

¡Era Iván Motkin!

¡Senov estaba acorralado por su enemigo mortal!

CAPÍTULO XV
TRES BANDOS LUCHAN

En aquel cuarto había hombres de tres bandos distintos. Iván Motkin, agente de los rojos de Moscú, había capturado a Michael Senov, jefe de los invasores zaristas que habían saqueado la cámara del trono.

Junto con Senov, Motkin había hecho prisionero a un desconocido, un norteamericano, cuya relación con el asunto resultaba un poco nebulosa.

La situación, tal como la había descubierto Motkin, demostraba que existía enemistad entre Senov y el otro hombre. Con suprema confianza, no se anduvo por las ramas al interrogar a Cliff en inglés.

-¿Quién es usted?-preguntó.

-Un norteamericano.

La respuesta parecía un eco del pasado. Otro hombre le había dado la misma, contestación en Moscú. Instintivamente relacionó aquel norteamericano con cl otro.

-¿Su nombre?-inquirió.

-Me llamo Marsland.

-Marsland - murmuró Motkin, pensativo-. Es diferente a otro nombre que he oído. Recuerdo un hombre a quien conocí. Se llamaba Arnaud.

Estaba vigilando estrechamente a Cliff, en la esperanza de que exteriorizara cierta sorpresa al oír aquel nombre. Cliff, sin embargo, no cambió de expresión.

Motkin rió. Esta señal negativa indicaba para él, que existía determinada relación entre Arnaud y Marsland.

-Un hombre llamado Henry Arnaud-observó Motkin, siempre pensativo-. Un hombro asombroso... era. Ahora está muerto. En Moscú.

Tampoco dio Cliff la menor muestra de interés. Sin embargo, Motkin empezaba a darse cuenta de que después de todo, el llamado Henry Arnaud debía haber dicho la verdad.

Si Marsland y Arnaud trabajaban unidos en la misma causa eran en efecto, adversarios de las dos facciones que habían luchado en Rusia.

Los pensamientos de Motkin cambiaron de rumbo al recordar las palabras que había sorprendido al entrar. Su semblante dio muestras de repentina astucia. Habló con voz lenta, como si pensara en alta voz, y lo hizo en inglés para que lo entendieran los dos prisioneros.

-El vapor <Gasconne>-murmuró-. ¿Que significa el vapor «Gasconne»?

Dirigió una mirada fría a Senov; luego a Cliff. Cliff la esquivó y miró hacia Senov. Al moverse la mirada de Motkin, el norteamericano observó que Senov hacía un gesto con la boca. Comprendió que Senov quería que guardase silencio.

Para él, tanto Senov como Motkin eran enemigos. También eran ellos enemigos entre sí. Era evidente que ambos consideraban a Cliff como enemigo de menor cuantía. Pensando en su propia situación, Cliff veía que su mejor salida, sería entrar en tratos con Motkin.

Precisamente por eso ideó otro plan. Se daba cuenta de que trataba con hombres implacables, tan malo el uno como el otro. El pretender los favores de Motkin pudiera proporcionarle promesas; pero seguiría hallándose en poder del otro.

Por el contrario, Senov, como Cliff, se hallaba en una situación peligrosa. Se encontraba ante la muerte. El ponerse de parte de Senov le proporcionaría un amigo. Conque, al encontrarse con la mirada de Motkin, Cliff le devolvió otra mirada dura. Senov estaba contemplando al norteamericano.

-¿No quiere usted hablar? - preguntó Motkin, dirigiéndose a Cliff, considerando que era el que más fácilmente claudicaría-. ¿No quiere hablar? ¡Ya veremos!

Hizo una seña a su compañero para que apuntara a Senov. El hombre obedeció. Motkin volvió su revólver hacia Cliff, y avanzó con paso lento, fijando una mirada hipnótica en el hombre que tenía delante. Cliff aguardó.

-Si no habla usted-dijo, el ruso, en sibilante susurro-, ¡morirá!

Motkin tenía los ojos cerca de los de Cliff. Se leía en ellos una amenaza terrible. Los labios de Cliff temblaron, como si el miedo no le permitiera hablar. Motkin rió roncamente.

Entonces Cliff hizo lo que menos se esperaba de él. Salió de su estado de fingida debilidad y se convirtió en la acción, rápida y feroz hecha carne.

Se abalanzó sobre el que le amenazaba, con tan sorprendente furia que pilló al otro desprevenido.

Su mano izquierda, le pegó de plano contra el cañón del revólver, mientras con la derecha le dirigía un gancho.

De haber oprimido Motkin el gatillo, le hubiera herido a Cliff en la mano y no en el cuerpo. Esa era la protección de Cliff, pero su rápida acción le dio mejor resultado aún.

Echó a un lado el revólver y su mano derecha pasó por debajo de la guardia instintiva del ruso. El agente bolchevique rodó por el suelo, con Cliff encima, luchando por posesionarse del revólver, que había caído al suelo.

El compañero de Motkin hizo lo que era natural que hiciese, se volvió y disparó contra Cliff, pero la bala, no dio en el blanco. Una vez abrazados ambos hombres por tierra no podía disparar por miedo a dar a su jefe.

Se volvió para detener a Senov, de cuya presencia volvió a acordarse de pronto.

Antes de que pudiera, disparar, el enorme ruso le derribó.

De momento las fuerzas combinadas de Marsland y Senov les habían hecho dueños del campo. Senov, con una risa brutal, cogió el revólver que el compañero de Motkin había dejado caer. Dio el hombre caído un puntapié en el rostro; luego se volvió para atacar a Motkin.

En aquel instante se oyeron pasos en la escalera. Senov se volvió para hacer frente a nuevos enemigos. Disparó a boca de jarro contra el primero que se presentó. El hombre rodó por tierra y Senov, como un toro, embistió, abriéndose paso por entre los demás. Bajó corriendo la escalera.

Cliff, sin hacer caso de lo que ocurría a su alrededor, había logrado echarle una llave a su adversario. Tenía sujeto al agente rojo contra el suelo.

Entonces, uno de los hombres que había retrocedido de la puerta acudió en auxilio de su jefe. Dio un salto y descargó un culatazo sobre la cabeza de Cliff. Este se desmoronó.

Motkin, medio ahogado por la presión ejercida por Cliff, se puso en pie.

Miró a su alrededor y vió que Senov se había marchado. Se detuvo al oír disparos abajo, en la calle.

-¡Vigiladle!-gritó, en ruso, señalando a Cliff-. ¡Le necesitaré más tarde!

Dicho esto, corrió a la calle en persecución de Senov. Estaba seguro de que el zarista no podría escapar. Habían estado vigilando unos cuantos centinelas a primera hora de la noche. Los bolcheviques los habían capturado. Una veintena de agentes rojos rodeaban la casa.

Pero cuando llegó a la calle, Motkin se encontró a dos de sus hombres sin aliento.

-Fue por allí-exclamó uno de ellos-. Se metió en ese restaurante pequeño.

-¡Vamos!-gritó Motkin.

El jefe y una docena de hombres atacaron la puerta de L'Aigle d'Argent. El grupo entró, con Motkin a retaguardia.

Fueron recibidos por una salva de tiros. Cayeron tres bolcheviques. Los demás devolvieron el fuego.

Senov y tres hombres-reservas zaristas, evidentemente-estaban con la espalda pegada a la pared del otro extremo del pasillo. Los disparos atronaron el corredor. Era una lucha a muerte. Estaban entrando más hombres de Motkin. En medio del pasillo lleno de humo se tambaleaban y caían hombres continuamente.

Seis rojos habían caído. Los compañeros de Senov yacían en el suelo. Sólo quedaba el enorme ruso.

Sus ojos enrojecidos vieron a Motkin. Alzó el revólver, pero su enemigo disparó primero. Senov cayó hacia delante. Era el último de los defensores. Motkin se adelantó a sus hombres. Encontró a Senov muerto.

Dejando que sus fuerzas de choque hicieran desaparecer los cadáveres, Motkin se alejó del corredor mascullando maldiciones. Había querido hacer hablar a Senov.

Eso resultaba imposible ya. Quedaba otro manantial de información: el norteamericano a quien habían hecho prisionero sus hombres.

Al llegar al cuarto de arriba encontró a Cliff atado y apoyado contra la pared. El ruso, le habló con ferocidad, exigiéndole en inglés, una contestación.

-¡El «Gasconne»!-gritó-. ¿Quién está a bordo del «Gasconne»?

Pálido el semblante, Cliff Marsland hizo frente al desafío.

-¡No lo sabrá jamás!-le contestó a su inquisidor.

La mirada de Motkin era venenosa. Se apartó y se colocó al otro lado del cuarto. Comprendió que su prisionero no hablaría jamás. El enloquecido cerebro de Motkin no tuvo más que pensamientos de muerte.

-Entonces... ¡morirás!-rugió.

Con aire de crítico a punto de presenciar un drama raro, Motkin hizo una seña a uno de la media docena de hombres que había en la estancia.

El escogido se acercó, riendo y enseñando una boca desdentada.

-Deja que pruebe el cuchillo, Kolsoff -ordenó Motkin.

El hombre sacó un afilado cuchillo de la vaina que llevaba al costado. Se acercó a Cliff Marsland y agitó el acero por encima de él. A una orden de su jefe se colocó a un lado para que Motkin pudiera presenciar la ejecución.

Motkin emitió un sonido, mezcla de rugido y carcajada. Sus labios hicieron una pausa al temblar en ellos la orden de matar. Aquel momento era muy dulce para él. Sería aquel el segundo de los intrusos norteamericanos que moriría a cuchillo. Uno en Moscú, otro en París.

Motkin pensó en Senov, había matado al jefe de los saqueadores zaristas y había aniquilado sus hombres. Ahora con orden haría dar muerte a uno de los de otra facción.

CAPITULO XVI
EL ÚLTIMO DISPARO

Kolsoff alzó el cuchillo. Tenía el arma en la mano derecha.

Con la izquierda señaló el lugar exacto en que iba a clavarlo. Sus dedos señalaban el corazón de Cliff Marsland.

Kolsoff se hallaba de espaldas a la puerta; los hombres que se encontraban cerca de ella se movieron, para presenciar el golpe de muerte. La mano alzada tembló, luego empezó a descender.

En aquel preciso instante se oyó un disparo en la puerta. Motkin y los demás quedaron asombrados al ver retorcerse el cuerpo de Kolsoff. El brazo que descendía cayó sin fuerza, desviado.

Alguien, desde la oscuridad de la puerta, había taladrado el hombro del otro con un disparo perfecto, salvando a la presunta víctima.

Motkin fue el primero en darse cuenta de quién lo habría hecho. La bala había dado en el único punto del cuerpo de Kolsoff, que podía detener la caída del cuchillo.

Una bala en el cerebro hubiera matado, pero tal vez no hubiese detenido el descenso de la hoja. Teniendo Kolsoff el brazo tapado con el cuerpo, el balazo en el hombro era la única solución. Motkin, al mirar hacia la puerta, vió y reconoció al que disparara.

Allí en la puerta del cuarto se hallaba una alta figura vestida de negro. Una rotura en la oscura capa dejaba ver el forro de la misma. Tenía el rostro oculto bajo las alas de un sombrero acribillado a balazos.

Motkin reconoció al hombre y las prendas. ¡Era el asombroso personaje a quien había visto asomado a la ventana, del piso superior de la vieja casa situada, en Goztinny Ulitzá!

¡Aquel era el hombre, quien sus ayudantes habían sacado del coche!

¡Aquella era la misteriosa persona que se llamaba a sí misma Henry Arnaud, la misma a quien Motkin creía muerta a manos de Prensky!

¡La Sombra, volando en persecución del agente rojo, había llegado a París justamente a tiempo para impedir que se consumara el último acto de aquella tragedia!

Motkin vió el brillo de los ojos de La Sombra, mientras la figura enfundada de negro observaba los movimientos convulsivos de Kolsoff. Luego los otros, respondiendo a la situación, se volvieron también hacia la puerta. No hacía falta, que Motkin pronunciase palabra alguna para que se lanzaran al ataque.

De común acuerdo, las fuerzas bolcheviques se abalanzaron sobre La Sombra. Saltaron sin su jefe. Motkin, instintivamente cauteloso, se dejó caer al suelo detrás de la mesa, en un rincón del cuarto.

Sonaron disparos en el oscuro pasillo. Los rojos contestaron en conjunto.

Eran seis contra uno; pero no tenían bastante con eso. El cuerpo oscilante de La Sombra pareció fundirse en la oscuridad al pasar silbando las balas cerca de él. Su pistola enviaba mensajes de muerte.

Los atacantes cayeron uno sobre otro. Los heridos caían dando alaridos al pasar por encima de ellos sus compañeros.

Sobre una pirámide agitada de seres humanos se alzó el último de la banda de Motkin, un hombre fuerte que estaba bajando el revólver para apuntar.

Disparó una vez, demasiado alto.

Bajó un poco más. Motkin vió el dedo en el gatillo. Oyó un disparo, pero no del revólver.

Este procedía del pasillo. La pistola de La Sombra había hablado. El hombre que se alzaba sobre la pila de cuerpos echó las manos hacia los lados de la puerta, haciendo un desesperado esfuerzo. Dando alaridos, cayó de bruces al suelo, con los brazos en cruz.

En aquel momento obró Motkin. Saltó de detrás de la mesa, y corrió hacia la ventana del cuarto. Le faltaba valor para hacer frente a su indomable enemigo. No tenía más deseos que huir.

Llegó a su objetivo. La Sombra, no hallándose ya a la defensiva, avanzaba, abriéndose paso por entre los heridos amontonados ante la puerta.

Fue este retraso lo que le proporcionó el tiempo que necesitaba a Motkin.

Rompiendo cortina y ventana, se dispuso a salir. Se detuvo sobre el alféizar, atraído por el deseo de vengarse y apuntó hacia adentro, con el revólver.

Hizo un disparo contra Cliff Marsland y no le dio. Luego saltó por la ventana.

Dos hombres que aguardaban le asieron cuando se levantaba del suelo. Le reconocieron a la débil luz que se escapaba por una ventana. Eran otros agentes rojos que habían estado

estacionados fuera. Formaban parte del cordón a través del cual había pasado La Sombra sin ser visto.

Alejándose rápidamente de la zona de peligro, Motkin dio unas palabras de explicación a los hombres que le acompañaban. Hicieron correr una orden.

En unos instantes se estacionaron centinelas que vigilaban las ventanas mientras Motkin reunía hombres para atacar por la puerta.

Seis subieron corriendo la escalera con el fin de acorralar al hombre de negro. La Sombra apareció ante ellos. Llevaba dos revólveres que había quitado a dos heridos para sustituir sus pistolas, que estaban descargadas.

Los atacantes hicieron un disparo. Motkin, desde abajo, vio a La Sombra caer al suelo, arriba, junto a la escalera. Soltó una exclamación de triunfo al avanzar sus hombres.

Luego reinó la confusión. La Sombra estaba ileso. Se había dejado caer adrede. Tendido en el suelo le protegía el ángulo de las escaleras y era imposible tocarle con una bala. Dos de los atacantes subían juntos. Partieron unos fogonazos de la parte superior de la escalera. Con las manos extendidas, La Sombra, disparó casi a quemarropa.

Los primeros hombres alzaron los brazos y cayeron hacia atrás como muñecos. Fueron a dar de lleno en brazos de los que los seguían. Otros resbalaban y cayeron. Sonaron más disparos arriba.

Escalera abajo cayeron, rodaron y se tambalearon hombres. Fugitivos, inutilizados, muertos, todos rodaron en masa, acompañados de una salva de disparos.

Al echarse Motkin a un lado para esquivar tan terrible estampía oyó un sonido sobrenatural que pareció perseguir a la horda derrotada.

¡Era la risa de La Sombra! En el silencio que siguió a los últimos ecos de sus mortíferos disparos, la figura de negro emitía su grito de triunfo.

Aquellas notas siniestras y burlonas hicieron temblar a Motkin. Sabía que la intención era que sintiese él miedo al escuchar aquella risa. Sobrecogido, el hombre de Moscú se pegó a la pared, del pequeño café.

¡El feroz Iván Motkin, matador de Michael Senov, ¡estaba temblando de miedo!

Fuera de la casa en que La Sombra había hallado seguridad, otros hombres se habían quedado como estatuas. Ellos también habían oído la carcajada.

Pensaron en la huída. Sólo los ecos singulares de aquella risa terrible les contenían. ¡Tenían miedo de moverse!

Unos minutos, más y los invasores restantes se hubieran diseminado, dejando a La Sombra dueño absoluto del campo. Pero en aquel momento se oyó el grito de un vigilante lejano.

Fue una señal que volvió a la realidad, a aquellos hombres sobresaltados.

Como ratas, corrieron a esconderse al aparecer una brigada de agentes de policía y gendarmes por la esquina.

La policía descubrió en seguida la casa. Motkin, acurrucado al pie de una ventana, al otro lado de la calle, hizo una mueca de alegría y alivio.

Atacarían los guardias. Encontrarían al hombre de negro intentando salvar a su camarada Cliff Marsland.

¡Que luchara con los gendarmes! ¡Serían demasiados para él! Los silbatos que sonaban en la distancia indicaban que había reservas en camino para hacer frente al motín que había turbado aquel paraje de Montmartre.

Deslizándose hacia un refugio más lejano, Motkin se encontró con un grupo de sus hombres. Reconocieron a su jefe. Escucharon con él los disparos que se oían dentro de la casa.

Motkin exhaló un grito de maligna satisfacción. ¡Su enemigo estaba condenado a morir! Porque sabía que el hombre de negro se resistiría a ser capturado.

De pronto se le ocurrió otro pensamiento. A media voz pronunció palabras medio coherentes.

-¡El vapor «Gasconne»!

Los agentes rojos habían estado registrando la casa en que Senov había muerto. Nada habían hallado, ¿Dónde estaba el tesoro robado? ¿A bordo del «Gasconne»?

A pesar de la carnicería quedaban con vida bastantes agentes rojos. Los principales agentes que residían en París no habían tomado parte en la pelea.

Era su obligación dar con el escondite de las joyas de los Romanoff. París era el lugar en que se ocultaban. El trabajo de Motkin se hallaba en otra parte.

Dio breves órdenes a los hombres que le rodeaban. La pequeña banda inició la retirada silenciosamente. No tardó en alejarse del lugar de la lucha.

Motkin, huyendo rápidamente en compañía de sus hombres, se imaginó a La Sombra, de espalda a la pared, al atacar la policía.

AL pensar así, Motkin no se equivocaba en mucho. Policía y gendarmes estaban rodeando la casa. Algunos habían intentado ascender la escalera; pero unos disparos de aviso les habían hecho pensarlo mejor. La Sombra se hallaba en el pasillo, arriba de la escalera.

En el cuarto en que yacían hombres heridos y muertes, Cliff Marsland estaba apoyado contra la pared, impedido por las ligaduras que le sujetaban fuertemente. Sabía, por el sonido de los silbatos, que había llegado la policía.

Se estaba preguntando en qué acabaría todo aquello.

La alta figura de La Sombra apareció de pronto y Cliff miró hacia arriba, interrogador. Vió los ojos brillantes de su jefe y escuchó las palabras pronunciadas en un susurro.

-Quédese aquí-le advirtió La Sombra-. No luche con sus ligaduras. Estará seguro con la policía. Es usted un súbdito norteamericano, que ha sido atacado brutalmente en Montmartre. Una lucha entre los que le secuestraron impidió que le matasen.

Cliff movió afirmativamente la cabeza. Comprendía la prudencia del plan de La Sombra. El estado en que se hallaba Cliff resultaría su mayor recomendación. Llevaba el pasaporte en el bolsillo. En la cabeza tenía un enorme bulto donde le dieron el culatazo. La policía creería su historia.

Pero... ¿qué podía hacer La Sombra?

Cliff miró, al apagar la negra figura la luz.

Le vió, vagamente, avanzar por el pasillo. Oyó pasos que subían la escalera.

Sonó un tiro. La Sombra disparaba para dar a comprender a los agentes que sería más prudente que se retiraran.

La Sombra volvió a entrar en el cuarto y se fundió en la oscuridad. Cliff oyó un leve ruido en la ventana por la que se había tirado Motkin. Silencio durante un instante, luego una serie de disparos desde el pie de la ventana.

Cliff comprendió ¡La Sombra había ido pared arriba en lugar de bajar!

¡La Sombra debía haber llegado al tejado del edificio!

Se oyeron nuevos pasos en la escalera. Un grupo de hombres penetró en el cuarto. Se encendió el gas. Cliff cerró rápidamente los ojos y dejó caer la cabeza contra la pared. Desempeñaba, a la perfección el papel de un hombre que está sin conocimiento.

Policías y gendarmes charlaban, excitados. Cliff sintió que le alzaban. Conservó los ojos cerrados. Sabía que se habían de dar cuenta de su situación; que se hallaba en manos de hombres que resultarían amigos.

Le estaban bajando por la escalera, sacándole a la calle. Allí le cogieron brazos amistosos. Siguió desempeñando su papel. Sus ojos cerrados nada veían.

Pero podía oír. Y oyó disparos muy arriba. Luego, en contestación, una prolongada carcajada, que pareció repercutir por los tejados.

¡La risa de La Sombra!

Su tono desdeñoso expresaba triunfo. Volvió a sonar en la distancia, al parecer.

Cliff comprendió su significado. La Sombra había escapado por los tejados. Perdido entre los extraños tejados de Montmartre, de tan raras y variadas formas, el hombre de negro había esquivado a sus perseguidores, refugiándose de nuevo, en las sombras.

Senov-Motkin-La Sombra. Los jefes de tres grupos se habían encontrado allá. Las fuerzas de Senov habían sido exterminadas, las de Motkin derrotadas, dejando un buen número de cadáveres.

Pero La Sombra había triunfado. Su solitario ayudante había sido salvado.

Luchando solo, el hombre de negro estaba sobre la pista, de nuevo, de las joyas robadas.

CAPÍTULO XVII
A BORDO DEL «GASCONNE»

Hacía tres noches que el vapor «Gasconne» había salido de Cherburgo. El enorme transatlántico avanzaba por un mar sereno. Había sido un viaje tranquilo y delicioso hasta para los pasajeros más aprensivos.

Un joven echó a andar por un pasillo que acababa en la borda del barco. Era David Tholbin, enfundado en un «smoking» muy bien cortado. Se detuvo ante la última puerta, a la izquierda, y llamó. En contestación a una voz, abrió la puerta y centró en una hermosa cámara.

Tobías Waddell y su hija Betty estaban sentados en ella. El millonario saludó a Tholbin con un movimiento de manos.

El joven había logrado granjearse las simpatías del millonario durante aquel viaje.

-Parece gustarles a ustedes esta cámara-sonrió Tholbin-. Se han pasado aquí toda la noche.

-Es una cámara magnífica-respondió Waddell-. Usted me la escogió. No me he olvidado de ello.

-Tuve suerte en poder tomarla. Estaba seguro, además, que a Betty le gustaría el camarote contiguo.

Señaló una puerta, que había al otro lado de la cámara. Era la que comunicaba con el camarote ocupado por la hija del millonario.

-Me parece maravilloso... - empezó a decir Betty.

Waddell interrumpió a su hija.

-La habitación está bien, David-dijo-. Pero, ¿por qué dejó que metieran ese baúl tan grande ahí dentro?

-A mí no me molesta, papá-aseguró Betty-. No estorba. Y es bastante ligero para su tamaño, por cierto. Parece la mar de pesado; pero no me costó el menor trabajo empujarlo a otro rincón.

El rostro de Tholbin reflejó preocupación al oír mencionar el baúl. Rió, forzadamente, y dio una explicación.

-Habían de haberlo metido en la bodega-explicó;-pero se lo dejaran fuera y ordené que lo metieran en mi camarote. No cabía por la puerta, sin, embargo. Abultaba demasiado. Pero el camarote de Betty tiene esa puerta grande, cerrada con llave, que da a cubierta. Pudimos meterlo por ahí.

-No debe preocuparse demasiado-gruñó Waddell-. Está bien. Después de todo, consiguió usted un triunfo al hacer que nos reservaran esta cámara con tan poco tiempo de anticipación. Tenía la intención de pasarme dos semanas más en París. De pronto llegó ese cablegrama de Parker Noyes diciéndome que regresara inmediatamente a bordo del «Gasconne».

»Me tuvo preocupado eso de que estuvieran hundiéndose ciertos negocios míos. Tuvimos que decidirnos a salir en seguida. Me siento mucho mejor ahora, sin embargo, después del radiograma recibido hace dos noches, diciendo que había pasado la crisis.

David Tholbin movió afirmativamente la cabeza. Sabía que Tobías Waddell no tenía la menor idea, de lo que estaba haciendo Parker Noyes.

Aquellos camarotes habían sido reservados con mucho tiempo de anticipación. Tholbin no había hecho más que seguir las instrucciones del abogado y recogido los pasajes.

El baúl grande había sido colocado en el camarote de Betty intencionadamente. La crisis de negocios mencionada por Parker Noyes no había existido nunca. Era pura fantasía.

-Es cerca de medianoche-declaró Waddell, consultando su reloj-. Hemos estado aquí casi toda la noche. Ya va siendo hora de salir.

-Yo mc voy a acostar-dijo Betty-. No te olvides, David, que prometiste estar levantado a las seis para llamarme. Quiero ver amanecer en alta mar.

-Estaré levantado-declaró Tholbin-. Será mejor que llame a la puerta de cubierta. No quiero molestar a tu padre.

-No está mal la idea-replicó Betty.

Waddell se puso en pie. Iba vestido de etiqueta; pero le había quedado arrugado todo el traje. AL obeso millonario le tenía completamente sin cuidado su aspecto. Contrastaba con Tholbin, que parecía un figurín.

Waddell y Tholbin se despidieron de Betty. Dejaron la cámara y caminaron por el pequeño pasillo hasta llegar a otro que cruzaba.

-Yo me voy a la sala de fumadores-declaró Waddell-. Voy a echar unos cuantos tragos y meterme en esa partida de «poker». ¿Me acompaña?

-No -replicó Tholbin: -voy a dormir un rato. Tal vez me acerque más tarde a ver cómo le va.

Al separarse de Waddell se dirigió a su camarote situado en otra parte del barco. Abrió un baúl y sacó una carpeta de la que extrajo algunos papeles.

Examinándolos uno por uno, los rompió y tiró los trozos de papel por el portillo. Encendió a continuación un cigarrillo. Se echó en la litera y se quedó contemplando el techo pensativamente.

Estaba satisfecho de la forma en que iban las cosas Al propio tiempo, tenía ya el convencimiento de que Parker Noyes estaba desarrollando un plan que pasaba de excéntrico.

Los cuidadosos preparativos relacionados con los camarotes; la llamada, de tan importante personaje como Tobías Waddell, todo esto indicaba que se estaba haciendo algo grande.

Había olvidado cuantas dudas pudiera haber tenido acerca de los doscientos cincuenta mil dólares.

Estaba completamente convencido de que la oferta era auténtica. Había quedado entendido que después de la llegada a Nueva York, sería anunciado inmediatamente, el próximo enlace de Tholbin con la hija del millonario.

Parker Noyes debía haberse mostrado la mar de persuasivo con Tobías Waddell.

Llamaron a la puerta del camarote. Tholbin se puso en pie de un brinco. Se había vuelto nervioso últimamente. Sus encuentros con Senov; los preparativos a bordo; otros asuntos que estaban pendientes; todo le daba una sensación de inquietud. Había un hombre en pie delante de la puerta, un camarero al que ya había visto Tholbin varias veces. Llevaba un radiograma en la mano. Se lo cogió. Vió que el hombre aguardaba.

¿Bien?

AL hacer esta pregunta, Tholbin, retrocedió bruscamente. ¡El camarero aquel llevaba un alfiler con una corona!

-Pensé que tal vez tuviera usted contestación que dar, caballero-contestó, con acento extranjero.

-¡Ah, sí! Tal vez-asintió Tholbin-. Aguarde a que lo lea.

Desdobló el radiograma. Era un mensaje muy breve. Decía:

COMPRA ACORDADA SEGUN ORDEN
PERKINS

EL mensaje y la firma, estaban en consonancia con las instrucciones de Parker Noyes. Antes del amanecer, Tholbin tenia un deber que cumplir, el último de la extraña serie. Aquel radiograma era cl aviso final, para que siguiera adelante.

Librodot

Metiéndose el mensaje en el bolsillo, se acercó al camarero. Colocó las yemas de los dedos de la mano derecha, contra los de su izquierda e hizo la señal de la corona. EL camarero respondió de idéntica manera.

-A las cinco y medía de la mañana-susurró Tholbin-. Reúnanse a la puerta del camarote 7-D, sobre cubierta.

-¿Con los demás?

-Con los demás-asintió Tholbin.

Dentro de su camarote. Tholbin hizo una pausa antes de cerrar la puerta. Vió el camarero alejarse pasillo abajo. Satisfecho de que todo iba bien, volvió a su cuarto.

Ni Tholbin ni su recién descubierto cómplice se habían fijado en la indecisa figura parada en el corto pasillo que desembocaba en el principal. Ningún ojo hubiera podido distinguir aquella forma, porque se hallaba inmóvil y poco menos que invisible.

Parecía una sombra extraña bajo la mortecina luz del pasillo. De pronto, cuando ninguna mirada la contemplaba, la sombra aquella, asumió forma humana. Se convirtió en La Sombra.

Silenciosamente, la figura de negro se acercó a la puerta del camarote de Tholbin, mirando a su alrededor. Vió que el pomo de la puerta empezaba a girar y, dando la vuelta, volvió al pasillo lateral y se fundió en la sombra en el preciso instante en que, David Tholbin salía al corredor.

El joven siguió andando Sin volver la cabeza ni una sola vez. Cuando se perdió de vista, La Sombra volvió a la puerta. No estaba cerrada con llave.

Esto no le desconcertó. Por el contrario, hizo que fuera más rápido el examen que efectuó en el interior. Después de una breve inspección, La Sombra se fue deslizándose por una serie de pasillos hasta llegar a otro camarote, en el que entró.

Cuando se abrió la misma puerta unos cuantos minutos mas tarde, salió un hombre alto, de canosa cabellera. Su rostro de hombre entrado en años, tenía una expresión de benignidad y caminaba con ayuda de un bastón. Se dirigió al salón de fumadores.

Un grupo de hombres jugaba a las cartas en una mesa. Entre ellos se hallaba, Tobías Waddell. David Tholbin, recién llegado, miraba el juego con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. El benigno caballero que acababa de entrar, se acercó a Tholbin y contempló el juego.

Tholbin sonrió al ver la curiosidad que se reflejaba en el rostro del viejo.

Evidentemente, aquel alma de Dios no entendía una palabra, de <poker>.

Tholbin se olvidó de él.

El bastón del anciano se estaba alzando del suelo. Sin que se diera cuenta nadie lo enganchó en su bolsillo. La mano que lo había asido se movió hacia el bolsillo de su vecino. Unos dedos largos y delgados extrajeron un pedazo de papel.

Era el radiograma que tan recientemente había leído Tholbin. Aquella mano, desplegó la hoja de papel sin que se oyera un sonido. La mirada del anciano bajó. Sus ojos perspicaces leyeron el mensaje.

Luego su mirada, volvió a clavarse en los jugadores. Los ágiles dedos plegaron de nuevo el radiograma, la metieron en el bolsillo de Tholbin y volvieron a asir el bastón.

El tiempo transcurrió con rapidez. Tholbin se apartó y se sentó en un diván.

El anciano se cansó de contemplar el juego del que tan poco parecía entender y se retiró a una silla. Allí descansó y al parecer, se quedó dormido.

A nadie se le ocurrió despertarle y siguió durmiendo tan apaciblemente como si se hubiera hallado en su camarote. Los jugadores continuaron la partida mientras Tholbin fumaba, innumerables cigarrillos. Por fin, el joven pereció tornarse inquieto. Se puso en pie, miró pensativo su ropa y salió del salón.

Poco después el anciano se despertó con sobresalto. Consultó el reloj y pareció darse cuenta, alarmado de que eran cerca de las cinco. Encontrando su bastón salió cojeando del salón, con grandes pasos.

Entró en el mismo camarote del que había salido. Aquello fue lo último que se vió del viejo. Cuando volvió a abrirse la puerta, una figura vestida de negro salió, silenciosamente, al pasillo.

¡La Sombra se hallaba siguiendo de nuevo a David Tholbin!

CAPITULO XVIII
LA BATALLA EN EL MAR

Tobías Waddell se alzó del asiento que ocupaba junto a la mesa de <poker>.

Había perdido fuertemente aquella noche y estaba molesto. El dinero representaba muy poco para el millonario; pero le halagaba ganar.

-Va siendo hora de acostarse un rato –gruñó-. Está a punto de amanecer. Las cartas siempre se ponen peor después de romper el día.

Los demás jugadores se pusieron en pie también. Todos parecían cansados y aquella excusa les sirvió para dar fin al juego. Viendo que se daba por terminado, Waddell se dejó caer en una silla para descansar unos instantes,

-¿Se ha terminado la partida, señores?

Esta pregunta la hizo un hombre que acababa de entrar en el salón. De haber llegado unos momentos antes, el anciano del bastón, le hubiera vigilado.

El recién llegado era Iván Motkin.

-Si-respondió Waddell, amistosamente;-ahora mismo hemos terminado. Quizá, alguno de los otros querría continuar...

-Rara vez juego a las cartas-le interrumpió el ruso-. Sería bueno que me acostumbrara, pues que padezco con frecuencia, de insomnio. No lograba conciliar el sueño esta noche. He estado paseando por cubierta.

-El dormir-observó Waddell-, es uno de los lujos que me permito de día y de noche. A veces, durante viajes tormentosos, he hallado difícil dormir en el mar. Pero en este viaje con el hermoso camarote que tengo, es un verdadero placer dormir.

-¿Consiguió un camarote bueno?-preguntó, uno de los otros hombres.

-Dos excelentes camarotes- respondió Waddell-. Dos que se comunican. Uno para mí y otro para mi hija. Tholbin, un amigo mío, se encargó de conseguirlos. No cometió más que un error. Por no sé qué descuido, se vió obligado a meter un baúl grande en el cuarto interior y está resultando un verdadero estorbo.

-¿Por qué no lo metió en la bodega?

-No forma parte de mi equipaje-replicó Waddell-. Es algo que recogió él en París. Alguna ganga, supongo. Debe tenerle mucho aprecio. Siempre que me ve me pregunta por él.

-Es curioso - observó Motkin, en voz melosa-. ¿Qué contiene tan valioso baúl?

-Tholbin no intenta pasarlo de contrabando-rió Waddell-. El pasar ese elefante blanco por la aduana sin que fuera visto, sería igual que... (Hizo una pausa, para buscar un ejemplo), bueno, igual que robar las joyas de la corona rusa.

»No. Supongo que se trata de un simple baúl que le llamó la atención y lo compró. Está equipado con la mayor cantidad de cerraduras que puedan ustedes imaginarse. Confieso que tiene un aspecto muy hermoso... pero no para un camarote.

Waddell se puso en pie y dio las buenas noches. Motkin dirigió una mirada a uno de los hombres que habían estado jugando al <poker>. El hombre movió levemente la cabeza. ÉL también se puso en pie y salió. Motkin le siguió poco después.

Sobre cubierta, Motkin se encontró con el hombre a quien había hecho la señal. Ambos hablaron en voz baja.

-Pudiera ser ése-dijo Motkin en ruso-. ¿Sabes tú el número de su camarote?

-Sí; el 7-D.

-Ve allí. Entra. Mandaré a Solinski. Tú inventa, una excusa para hablar con Waddell. Ve dispuesto a obrar. Los demás seguirán.

Los dos hombres se separaron. El secuaz de Motkin se dirigió al camarote de Waddell. Allí, llamó a la puerta. Waddell abrió y miró a su visitante con sorpresa.

-Pasaba por aquí, señor Waddell-dijo el hombre-. Me acerqué a desearle buenas noches.

El millonario miró con desconfianza al otro. Habían sido compañeros en el juego. Waddell sabía que el hombre aquel se llamaba Baldridge. Nada más.

Se preguntó por qué se habría parado allí sin objeto aparente.

Escudriñándole, Waddell recibió una mala impresión. El hombre tenía cierto aspecto extranjero. Parecía ser un aventurero. El millonario había conocido a otros hombres de aquel tipo. Eran de los que intentan sacarles el dinero a los norteamericanos ricos.

-Es usted muy amable-dijo, con cierta irritación-. Bien, buenas noches.

Baldridge no dio muestras de marcharse. En lugar de eso, miró con curiosidad por el camarote.

-Tiene usted razón, señor Waddell-dijo-. Este es un camarote excelente. A propósito... ¿dónde está ese elefante blanco de que usted hablaba?

-En el otro camarote. Mi hija duerme en él. Buenas noches, Baldridge.

La minada del millonario expresaba ira al abrir la puerta del camarote.

Baldridge no se movió. Waddell le puso una mano en el hombro, y lo empujó. El otro siguió sin moverse.

-Quisiera ver ese baúl-dijo, con frialdad.

-¡Fuera de aquí!-gritó el millonario, enfurecido ya por los actos del hombre.

En lugar de obedecerle, el hombre sacó un revólver del bolsillo. Le apuntó con él, esperando intimidarle. Aquello hizo crecer la furia de Waddell.

Asió al hombre de la muñeca desviándole, la mano. Con un brusco movimiento, tiró a Baldridge al suelo.

A pesar de su edad, Tobías Waddell era un luchador. Era obeso y pesado; pero sabía sacarle provecho al peso.

Empezó a descargar puñetazos sobre la cabeza del otro. Baldridge había dejado caer el revólver. Waddell lo cogió de pronto y se puso en pie.

En su furia, con toda seguridad hubiera matado de un tiro al intruso. Pero un ruido procedente del pasillo le hizo volver la cabeza en aquella dirección.

Se encontró con un individuo mal encarado que le apuntaba con un revólver.

Era Solinski, el otro secuaz de Motkin.

-So... so...

La indignación no le permitía hablar a Waddell cuando reconoció al otro. Su revólver apuntó al segundo intruso, y disparó.

¡Pero fue mala su puntería. Erró el blanco.

Antes de que el millonario pudiera disparar por segunda vez, el otro tiró contra él. Waddell dejó caer el revólver y rodó por el suelo.

El ruido del primer disparo había llegado a oídos de Betty. Se hallaba junto a la puerta y entrando en el camarote cuando caía su padre.

Estaba vestida, preparada, para dar el paseo matinal. Con una exclamación de horror en los labios, cerró instintivamente, la puerta tras ella.

Solinski hizo una pausa, apuntándole con el revólver. Pero vaciló, porque el valor de la muchacha le imponía respeto. Fue Baldridge, furioso, el que habló primero.

-¡Quítese de esa puerta! - ordenó-. ¡Quítese de ahí! ¡Vamos a entrar!

Estaba a punto de disparar cuando Solinski se adelantó de un salto y asió a la muchacha con la mano que tenía libre. Intentó apartarla de la puerta.

Betty, determinada, ofreció resistencia. Solinski la tiró al suelo. Antes de que pudiera levantarse, Baldridge la asió de los hombros.

Solinski se detuvo con la mano sobre la puerta del otro camarote. Con ojos crueles miró cómo luchaba su compañero por sujetar a la muchacha.

Fríamente, alzó la pistola y apuntó al pecho de Betty.

Sonó un disparo cerca de la puerta exterior. El brazo de Solinski cayó. Soltó el pomo de la puerta. Se tambaleó y cayó al suelo. Baldridge, mirando hacia el lugar de donde había partido el disparo, vió a una extraña figura de negro.

Como figura vengadora, La Sombra, se cernía sobre el cadáver de Waddell.

Su llegada había salvado la vida de la muchacha.

Quedaba Baldridge aún y no estaba ocioso. Mascullando una blasfemia, se puso en pie de un brinco y se volvió para pegarle un tiro al intruso.

El segundo disparo de La Sombra fue su respuesta. Baldridge se desmoronó como Solinski.

Durante un instante, La Sombra aguardó. Luego se volvió hacia el corredor, se oían ruidos por allí.

No se detuvo más. Salió rápidamente del cuarto para encontrarse con Iván Motkin y tres hombres que acudían a reunirse con los atacantes.

Sólo Motkin se dio cuenta del peligro. ÉL y los suyos habían oído los disparos, creyendo que sus compañeros habrían matado al millonario y a su hija. Ahora, al aparecer La Sombra, los nuevos invasores quedaban cogidos antes de darse cuenta de ello siquiera.

La pistola de La Sombra empezó a sonar. Cada vez que oprimía el gatillo, salía una bala bien dirigida. Sólo un hombre pudo responder disparando.

Sonó su disparo cuando se tambaleaba. Su revólver apuntaba, entonces, por encima de la cabeza de La Sombra.

Motkin fue el único en escapar. Al huir, quedó protegido, momentáneamente, por los hombres que caían delante. Llegó a un recodo del pasillo y desapareció.

La Sombra, salió en su persecución. Al llegar a la esquina, vió que estaba cerrado el camino entre él y Motkin. Empezaban a aparecer camareros y pasajeros.

Sólo vieron, durante un segundo, una figura vestida de negro al dar la vuelta La Sombra y desaparecer por otro pasillo.

CAPÍTULO XIX
EL HOMBRE QUE SABÍA

Fuera, sobre cubierta, David Tholbin se hallaba en compañía de tres hombres. Dos llevaban uniforme de camarero. El otro era pasajero del barco.

Cerca de la puerta del camarote 7-D, Tholbin alzó una mano, como avisando. Su rostro cetrino palideció al oír disparos amortiguados al otro lado de la barrera.

Durante un momento, el joven pareció incapaz de todo movimiento. Luego se oyeron palabras bruscas en labios de los hombres agazapados tras él.

Moviendo, afirmativamente, la cabeza, Tholbin metió una llave en la cerradura y la hizo girar. La puerta se abrió hacia adentro. El camarote se hallaba a oscuras.

Los compañeros de Tholbin se adelantaron, llenos de ansiedad. Empujaron al joven delante de ellos. Se echaron sobre un baúl grande que se encontraba en el rincón más próximo del cuarto.

Con dificultad lograron arrastrarlo fuera del camarote.

Una vez sobre cubierta, su carga pareció hacerse más ligera. La acercaron a la borda, como si ya estuvieran todos de acuerdo, y... ¡tiraron el baúl al agua!

Uno de los hombres se asomó, vió hundirse el baúl y volver a salir a flote.

Tal extraño acto había sido presenciado por una sola persona, fuera de las que tomaron parte en él. Un hombre que salía de uno de los pasillos, llegó a tiempo para presenciarlo todo. Uno de los falsos camareros lo descubrió y dio el grito de alarma.

Los demás se volvieron. Como obedeciendo a una señal, todos corrieron hacia el inesperado testigo, decididos a pararle antes de que pudiera escapar.

Duró poco el ataque. El desconocido rompió fuego. Dos de los atacantes cayeron. El otro se dejó caer sobre cubierta y contestó a los disparos. El fogonazo de su revólver reveló su posición. El desconocido le mató de un tiro, sin piedad.

El asesino cruzó corriendo la cubierta y se metió por otro pasillo. Bajó una escalera, llegó a la puerta de un camarote y la abrió. Cerró la puerta tras sí y se dejó caer jadeante en una silla.

Era Iván Motkin. Huyendo de La Sombra, se había encontrado con los aliados de David Tholbin. Paradoja de valor y cobardía, Motkin, que había huido de la terrible presencia de La Sombra, no había vacilado en disparar contra los otros. Se hallaba sano y salvo gracias a una suerte milagrosa, pero sus secuaces habían muerto todos, hasta el último hombre.

Allá en el camarote de Betty Waddell, David Tholbin estaba agazapado, dominado por el pánico. Había oído disparos en el camarote contiguo y también sobre cubierta. Allí estaba seguro, entre dos fuegos. Revólver en mano no sabía en qué dirección volverse.

La puerta del camarote exterior se abrió de pronto; Tholbin, aterrado, creyó llegado su postrer momento. Poniéndose en pie de un brinco, disparó a tontas y a locas. Dos hombres retrocedieron ante aquel fuego.

¡Huir! ¡No había más que un medio de hacerlo ya! Frenético, buscó la puerta que daba a cubierta. Tembló su mano al buscar el pomo. Por fin logró abrir la puerta.

Su figura se vió claramente a la luz del nuevo día. Soparon disparos cerca de la puerta del camarote interior. David Tholbin cruzó, tambaleándose, la cubierta y cayó contra la borda. Resbaló luego sobre cubierta, con un proyectil en la espalda.

Dos hombres se acercaron, presurosos, a su lado. Llevaban uniformes de oficiales del barco. Habían intentado detener al fugitivo después de haber éste disparado sobre ellos. Sus balas habían dado en el blanco. David Tholbin estaba muerto.

Reinaba la mayor consternación a bordo del <Gasconne>. Habían sido despertados todos los pasajeros. Los oficiales se habían hecho cargo de la situación. Se estaba llevando a cabo precipitadamente, una investigación.

A medida que fue creciendo la luz del día, brigadas de hombres registraron el barco, buscando a los que habían tomado parte en la lucha.

Algunas de las víctimas quedaban con vida. Dos de los hombres de Motkin estaban heridos. Se mostraron testarudos, negándose a hablar. Uno de los falsos camareros aún estaba vivo. Quiso probar la coartada y le salió bien.

Dijo que le había derribado de un tiro un hombre que entraba en el camarote 7-D. Así la culpa recaía sobre David Tholbin.

Betty Waddell no podía proporcionar indicio alguno. Contó su historia desde el principio. Había oído un disparo y se había encontrado muerto a su padre al acudir. Habló encomiásticamente de un hombre vestido de negro que le había salvado la vida. El único indicio que había era el hombre desaparecido.

Faltaba del camarote de Betty Waddell un baúl de forma rara. Pero ella no se dio cuenta de la pérdida. Histérica después de tan terrible prueba, fue puesta bajo el cuidado del médico y no volvió al camarote 7-D.

El interrogatorio a que fueron sometidos los pasajeros no sirvió para poner nada en claro. Para cuando le tocó el turno a Iván Motkin, como a los demás, éste había recobrado su aplomo. Nada sabia. Se había hallado en su camarote.

Nada más. Salió bien del interrogatorio, como los otros.

Al aproximarse el <Gasconne> al puerto de Nueva York, Iván Motkin se mantuvo entre dos sitios: El salón de fumadores y su camarote. El agente rojo vivía en continuo temor, no de que le descubrieran los oficiales del barco, sino de tener otro encuentro con la extraña figura de negro.

Sólo tenía una esperanza: que su enemigo hubiese sido uno de los muertos.

Pero era muy leve dicha esperanza. Iván Motkin se hallaba, continuamente, en guardia.

Reconocía en el hombre de negro al mismo a quien había capturado en Moscú y que se le había escapado. Pero no encontró en todo el barco persona alguna, que pudiera pasar por Henry Arnaud.

Al mismo tiempo que temor, Motkin sentía cierta alegría. En Nueva York encontraría más agentes rojos. Estarían allí para ayudarle. Él había visto lo que ninguna otra persona viera: el lanzamiento del baúl al agua.

Estaba seguro de que aquél no había sido un acto de destrucción, sino una medida de seguridad. En la vecindad del lugar en que se hallara el <Gasconne>, debía haber estado aguardando alguna nave pequeña para recoger el objeto.

En parte, tenía razón. Se equivocaba en un detalle. Se figuraba que era un yate lo que había estado esperando.

Y se equivocaba en otro punto: en creer que él era la única persona a bordo enterada, de que el baúl había ido a parar al agua.

A bordo del <Gasconne> viajaba un hombre de privilegiada inteligencia que sabia lo que Motkin ignoraba. Una figura se hallaba de pie junto a la borda al acercarse el vapor a la costa norte-americana. Apoyado en su bastón, un anciano de bondadoso semblante contemplaba el Atlántico.

Lo que él se imaginaba, era exacto. Veía, mentalmente, un submarino que al mando de Silas Helmsworth, viajaba sumergido.

Ningún detalle se le había escapado a La Sombra. Disfrazado de anciano sordo y algo cojo, hubiera podido dar una contestación a las preguntas que estaban preocupando por igual a tripulación y pasaje.

El contenido de la cámara saqueada en Moscú, iba camino de Nueva York para ser entregado a Frederick Froman.

¡La Sombra lo sabía todo!

CAPITULO XX
A BORDO DEL SUBMARINO

-¿Contrabando?

Silas Helmsworth fue el que hizo esta pregunta. Su voz sonaba hueca en el mustio camarote de paredes de acero. Su compañero era Frederick Froman.

-Sí - respondió éste; - contrabando, Helmsworth. ¿Qué importa?

-No me gusta. Nunca creí que mi convenio con el señor Noyes implicara una cosa así. AL principio, se me dijo que tenía que ir a Riga. En lugar de eso, se me ha mandado a alta mar. Cuando recogimos ese baúl flotante, empecé a preocuparme.

-Olvídelo, Helmsworth - contestó Froman, con impaciencia-. Se le paga para eso.

-La tripulación puede hacerme preguntas acerca de...

-Bien; dígales que se trataba de un experimento... para averiguar si podía darse con el paradero de un objeto flotante. Trabajo tuvieron de sobra dando con él e izándolo a bordo.

-De acuerdo-contentó Helmsworth, de mala gana-. No olvidaré eso. Salvo que...

-¿Qué?

-Va usted a llevarse ese baúl a tierra.

-¡Quiá¡ Pienso sacar una caja que contiene ese baúl. Con el baúl puede quedarse usted-rió-, para experimentos futuros. Es verdaderamente notable ese baúl, con su construcción de cierre hermético y sus compartimientos estancos.

-Y, luego...

-Ya le he dicho que olvide el asunto. Va usted a emprender, inmediatamente, su expedición polar. EL señor Noyes le asignó una misión anteriormente, he ahí todo. Puede hablar con él en cuanto llegue a la base. Allí estará.

-Para recoger la caja...

-Para recoger la caja. La transportaremos en automóvil. Escuche, Helmsworth (el rostro de Froman adquirió una expresión dura); he tenido demasiada paciencia con usted. Cuanto menos sepa, mejor. Ese baúl fue tirado al agua desde cierto buque, cuyo nombre a usted no le interesa.

»En un viaje como éste, simple prueba del submarino, no hay supervisión de aduanas en la base. Parker Noyes es un hombre excéntrico. Ahora, supongamos que el señor Noyes es tan aficionado a cierta marca de Chartreuse o Borgoña o cualquier otro licor, que está dispuesto a gastar lo que sea preciso para conseguirla...

-Creo comprender-interrumpió Helmsworth, con una sonrisa de alivio:-Es muy excéntrico, en efecto, él seria capaz de toda suerte de gastos y molestias por satisfacer un capricho.

-Que es, precisamente, lo que ha hecho -aseguró Froman.

Llamaron a la puerta del camarote. Helmsworth abrió. Uno de los tripulantes anunció que se acercaban al puerto.

Helmaworth y Froman subieron la escalerilla que conducía a la torrecilla de observación. El submarino surcaba ya las aguas próximas a Long Island, avanzando suavemente por la superficie.

Froman estaba pensativo cuando se acercaron a la base de submarinos. Sabia que el <Gasconne> había llegado a puerto hacía tiempo. Eso no importaba. El riesgo marino había terminado al ser recogido el baúl, ¡Ingenioso plan el ideado por Parker Noyes¡

Froman se veía obligado a admirar la habilidad de Helmsworth como navegante. Recibiendo por <radio> ciertos informes, había conservado el submarino bajo la superficie hasta una hora determinada.

El baúl flotante se había hallado a una milla escasa del lugar en que aguardara el submarino hasta que amaneciese.

Era de noche ya. Otra noche desde el día en que recogieran el baúl. El reflector del submarino iluminó una rada. La nave entró en el puerto y se acercó a un muelle.

Parker Noyes, aguardaba. Le acompañaban dos hombres. Eran los criados rusos de Froman; pero no dieron muestras de reconocer a su amo.

Parker Noyes subió a bordo y los otros hombres le siguieron.

Froman bajó la escalerilla y los demás se reunieron con el abajo. Abriendo un pequeño compartimiento cerca del mamparo, Froman descubrió el misterioso baúl.

Lo abrió. En el interior se vió una caja metida entre dos cámaras de aire, una encima y otra debajo. Los dos hombres extrajeron la caja. Froman les ayudó a subirla a la torrecilla. No había ninguno de la tripulación por allí; todos habían saltado a tierra al atracar el submarino.

Fue subida la caja con ayuda de cuerdas, Froman y sus ayudantes la trasladaron, al muelle y la depositaron en el interior de un coche. Froman volvió al submarino y encontró a Parker Noyes charlando agradablemente con Helmsworth.

Se despidieron. Noyes y Froman se dirigieron al coche, dejando a Helmsworth intrigado, pero silencioso. El automóvil arrancó. Noyes y Froman, ocupaban el asiento de atrás; los dos rusos el de delante.

-Hubo jaleo a bordo del <Gasconne>-dijo Noyes.

-¿Qué clase de jaleo?

-Los rojos, evidentemente. Mataron a Waddell; mataron a Tholbin y a dos de nuestros hombres también.

Una expresión sombría apareció en los labios de Froman.

-¿Habrá jaleo aquí?-preguntó.

-Sería posible - respondió, tranquilamente, el abogado.

-¿Será preferible que cambiemos nuestros planes?

-He tomado medidas para protegerlos. Eso es cuanto será necesario. Seguiremos adelante tal como habíamos convenido. Pero no vamos a darnos demasiada prisa. Cuando lleguemos-rió, como si pensara en algo enormemente gracioso -, todo estará arreglado.

El trayecto a Nueva York era largo. Frederick Froman, cansado después de su viaje en el submarino, se arrellanó en su asiento.

La caja colocada en el suelo del coche le proporcionaba una satisfacción considerable. No temía que Silas Helmsworth diera que hacer en absoluto.

Fuera cual fuese el peligro que pudiera existir, les estaría esperando en Nueva York. Sin embargo, no sentía la menor aprensión.

Tenia una confianza ciega en el ingenio de Parker Noyes. Silencioso y triunfal, apretó los pies contra la caja.

Frederick Froman había triunfado. Después de muchos años de conspirar, había logrado apoderarse del tesoro más grande del mundo.

¡Era el dueño de las joyas de los Romanoff!

Pero, aguardando en Nueva York, Iván Motkin no había abandonado la persecución. Había nuevas fuerzas allí que le ayudarían.

¡Y La Sombra sabia!

¡La Sombra no permitiría, fácilmente, que fueran frustrados sus planes!

CAPITULO XXI
EN NUEVA YORK

Un grupo de hombres de semblante duro estaba reunido en un cuarto sórdido, en unos sótanos de Nueva York. El lugar de reunión era uno de los escondites de los bajos fondos de Nueva York.

En el suelo yacía un hombre atado, que murmuraba palabras suplicantes.

Se abrió la puerta y entró otro hombre. Llegó con actitud de superior, de hombre que se sentía jefe.

El recién llegado era Iván Motkin.

El agente rojo dirigió, inmediatamente, la mirada al hombre que yacía en el suelo. Sus facciones expresaban el más profundo desdén.

-¿Ha hablado?

Motkin pronunció en ruso aquellas palabras.

Todos los componentes del grupo movieron, afirmativamente, la cabeza.

Motkin rió, al oír las explicaciones.

El prisionero había estado al servicio de Frederick Froman. Le había reconocido uno de los agentes rojos en Nueva York. Habían hecho prisionero al hombre, obligándole a decir cuanto sabia.

Las joyas de los Romanoff habían sido adquiridas-el prisionero no sabía exactamente cómo-y llegarían por mar a cierto sitio de Long Island.

Pero lo más interesante era que serían trasladadas aquella noche a casa de Froman, para ser metidas en la cámara subterránea que usara Froman como mazmorra.

Motkin oyó todo esto. Le dirigió la palabra al prisionero. Este repitió cuanto sabía. Miró a Motkin implorando piedad.

Iván era piadoso a su manera. Michael Senov le hubiera pisoteado brutalmente la cara. Motkin era menos cruel. Miró al grupo e hizo una pregunta. Un hombre se adelantó.

A una orden de Motkin, el hombre desenvainó un cuchillo y se lanzó sobre el prisionero. Este profirió un alarido al ver descender el acero. Motkin, gozó viendo saltar y correr la sangre por el suelo.

Dio órdenes a la banda. Salió solo y ascendió una escalera. Era de noche.

Caminó, apresuradamente, por una calle oscura y estrecha. Conocía Nueva York. Había vivido en la ciudad antes de la revolución rusa. Dos hombres surgieron de la oscuridad, le

Librodot

siguieron. Eran su escolta. Al llegar una calle bien alumbrada, Motkin paró un taxi. Sus compañeros se reunieron con él.

Por el camino el hombre hizo una pregunta,

-¿Existe en Nueva York un hombre-preguntó-, que se viste de negro y que lucha con la fuerza de un millar...?

-¡La Sombra!

La exclamación esta fue soltada, en voz medrosa por el hombre que estaba sentado a su derecha.

-¿La Sombra?-dijo Motkin.

-Sí; surge de la oscuridad para matar. Aquellos que le ven, mueren...

Motkin sonrió para sus adentros. ÉL había visto a La Sombra. Y seguía vivo.

¡Estaba dispuesto, en aquel momento, a enfrentarse con La Sombra de nuevo!

Sin embargo, a medida que su compañero relataba las proezas de La Sombra, el ruso empezó a inquietarse. La oscuridad de las calles por que pasaban parecía estar llena de peligros. La Sombra, imaginado, pudiera no asustar; La Sombra, en la realidad, era un enemigo invencible.

El coche tiraba ciudad arriba. Se detuvo en una esquina, y Motkin y sus hombres se apearon. El trío avanzó cautelosamente hasta llegar a la casa que uno de los hombres señaló. Era la residencia de Frederick Froman. El lugar parecía desierto.

Motkin propuso una exploración. Los tres hombres se dirigieron a la parte de atrás de la casa. Allí, atacaron una ventana. Mediante la acción de una sierra muy fina, pronto quedaron eliminados los barrotes.

Motkin, concibiendo un plan muy osado, entró. Conocía el interior de aquella casa. Sus compañeros habían de aguardar afuera y no entrar hasta que diera él la orden.

Si hubiera estado más atento al exterior, no se hubiera sentido tan seguro. Apenas hubieron empezado sus hombres a trabajar la ventana, cuando apareció una figura sombría en la calle delantera.

La Sombra salió de su escondite secreto. Su aguda mirada siguió el camino que había tomado el trío.

Cuando volvió a aparecer, se hallaba ante la entrada de una tiendecita, una manzana más allá de la casa de Froman. Allí, su alta figura se deslizó sin ser vista, dentro de una cabina telefónica próxima a la puerta.

La Sombra llamó un número. Le habló en un susurro a Burbank. Su tono penetrante fue comprendido por el otro.

Luego La Sombra se fue. Su silueta apareció unos instantes bajo una luz cerca de la casa de Froman. Después de eso, nada se pudo ver.

Transcurrió media hora. Empezaron a aparecer vagas figuras en los alrededores de la casa que estaba vigilando La Sombra. No se pronunció palabra alguna.

Los nuevos secuaces de Motkin se estaban reuniendo.

Siguió transcurriendo tiempo. Luego, un automóvil se acercó a la puerta de casa de Froman. Apenas se hubo detenido, un grupo de hombres apareció y empezó a hacer descargas contra los ocupantes del coche.

Entonces recibieron una sorpresa. Las balas se estrellaron contra cristal irrompible.

El coche empezó a retirarse, seguido de una serie de disparos. No era más que un reclamo, Apareció otro coche a toda velocidad, por la calle. Llevaba un reflector que iluminó a los atacantes. El tableteo de una ametralladora repercutió en la noche.

A Frederick Froman no le habían pillado desprevenido. Teniendo tantos matones en su poder no pensaba correr riesgo. Había alquilado una cuadrilla de <gangsters> para aquella noche; pagándoles bien para que despejaran el paso por aquella calle.

De pronto hubo una nueva sorpresa. Empezaron a sonar sirenas en la vecina avenida. Coches de policía entraron en la calle. Había sido llamada una brigada móvil. Tal había sido el objeto de la misteriosa llamada de La Sombra. ¡Burbank había enviado un aviso anónimo a Jefatura!

El conflicto tripartito duró muy poco. Si la policía hubiese llegado un poco antes, hubiera podido evitar la mayor parte de la batalla. Los hombres de Motkin habían intentado una emboscada, cayendo ellos en otra.

Ahora sus atacantes huían a toda velocidad, perseguidos por la policía.

Los <gangsters> se estaban ganando su soldada aquella noche, ¡ganándola en plomo!

Una brigada de policía se estaba extendiendo por los alrededores, a pie. Los restos de la banda de Motkin se estaban dispersando. Otros, muertos y heridos fueron recogidos por la policía.

Pronto quedó despejada la zona de lucha. Las hordas de Motkin fueron eliminadas. Los secuaces de Froman habían huido. La policía, creyendo terminado su trabajo, se había marchado. La calle había vuelto a recobrar su silencio.

Un automóvil grande se detuvo ante la puerta de la casa de Froman. Cuatro hombres entraron con una caja. Dos de ellos volvieron al coche y se marcharon con él.

No se veía luz alguna. Dentro de aquella silenciosa casa, se había terminado una obra grande. Frederick Froman y otro hombre se hallaban allí, completado ya su trabajo. Su coche había esperado a qué estuviese despejada la calle.

¡Ingenioso plan!

!Culminación de largos meses de pensar! Sanos y salvos, sin nadie que les molestara, conspiradores maestros habían logrado su deseo.

Pero, de pronto, apareció una figura, como caída del cielo. La alta y siniestra forma se destacó, vagamente ante el silencioso edificio. Sin hacer ruido, se deslizó a lo largo de la fachada y halló la ventana por la que Motkin había entrado.

Volvió a reinar el silencio. La Sombra no se hallaba ya en la calle. De nuevo habían de encontrarse, las tres facciones para llevar a cabo una liquidación final.

Motkin se hallaba en el interior, Froman y su compañero habían entrado. La Sombra los había seguido.

Aquella noche. La Sombra, había de ajustar todas las cuentas relacionadas con las joyas de los Romanoff.

CAPÍTULO XXII
EL ENCUENTRO

Había luz en el sótano de la residencia de Frederick Froman. Dos hombres se encontraban en él. Uno de ellos era el propio Froman. El otro, Parker Noyes. El abogado había entrado con Froman.

Sobre una mesa portátil colocada en el centro de la estancia, se veía una caja cuadrada de madera. Froman y Noyes se miraron. ¡Dentro de aquella caja se hallaba la fortuna más grande del mundo!

Había llegado hasta allí, dejando a su paso un reguero de sangre, Pero aquellos dos hombres hubieran sacrificado mil vidas más si hubiese sido necesario.

¡La muerte les había proporcionado una ganancia de millones sin cuento!

Froman tiró del cordón que hacia funcionar el ascensor, y los dos hombres colocaron su carga en el aparato. El ascensor bajó.

Abajo, empujaron la mesa hacia la barrera. Una vez allí, Froman hizo girar el pomo, alzando la puerta de acero.

Fue necesario algún tiempo para empujar mesa y cajón por los escalones hasta llegar a la mazmorra. Cuando se hubo logrado, Froman dejó caer la puerta de nuevo.

Aislado del mundo entero, tras una barrera de acero, los dos conspiradores abrieron la centelleante masa de brillante pedrería.

-¡Es nuestro!-exclamó Noyes triunfal.

Froman afirmó con la cabeza.

-Nuestro... y de los Romanoff-contestó.

Y sonrió al decirlo. Era dudoso que llegara gran parte de aquellas riquezas a sus legítimos dueños.

Senov y muchos otros habían dado la vida para que pudiera ser devuelto todo aquello; pero los conspiradores hacían caso omiso de ello. Estaban pensando tan sólo en su propio lucro.

Sólo a un hombre se le había prometido una cantidad determinada. Dicho hombre había muerto. David Tholbin había pagado caro el querer poseer un cuarto de millón de dólares.

Froman y Noyes parecían satisfechos de la riqueza del botín, que tenían ante los ojos. Lo contemplaron con encendida mirada. Froman, hundió la mano en la caja y dejó resbalarse por entre sus dedos decenas y decenas de piedras centelleantes.

-¡Nadie puede quitármelo!-exclamó-. ¡Nadie! Aquí, estas joyas jamás podrán ser vistas por otros ojos que no sean los nuestros.

-¡Eso creéis vosotros!

Las palabras salieron en tono malévolo, de un rincón del cuarto. Ambos hombres se volvieron, consternados. Ante ellos se hallaba un hombre, revólver en mano.

¡Iván Motkin!

Aun cuando no conocían la identidad del hombre, comprendieron que se trataba de un agente rojo procedente de Moscú.

-He venido aquí de Rusia- declaró Motkin, triunfalmente-. ¡He venido de Moscú a matar! ¡Para mataros a vosotros como he matado a otros! ¡Ladrones!

Froman conservaba la serenidad. Se volvió a Motkin, desafiándole. Noyes, retrocediendo de junto a la caja, tenía una expresión lastimera.

-¿Qué tienes que decir? - Las palabras de Motkin eran desdeñosas-. Te dejaré hablar... antes de que mueras. Te dejaré mirar... te dejaré contemplar esas cosas que brillan dentro de la caja.

-Tengo una pregunta que hacerte-afirmó, tranquilamente, Froman.

-¿Una pregunta?-exclamó el rojo, burlón.

-Si, una pregunta que te interesa a tí. Me gustaría saber cómo esperas sacar de aquí esas joyas.

-¡Una pregunta! - rió Iván Motkin-. Como tú, yo tengo hombres; pero los míos son hábiles. Los llamaré cuando hayáis perecido vosotros dos. Es muy sencillo.

-No tienes hombres-declaró Froman;-murieron todos. Los hemos aniquilado.

Motkin hizo una pausa. Comprendió que el haber llegado Froman y Noyes hasta allí era, en parte, prueba de que aquello era verdad. Pero no se dejaba asustar tan fácilmente.

-Un hombre solo puede retirar estas joyas-declaró-. Pueden irse sacando poco a poco.

-No de este cuarto-aseguró, tranquilamente, Froman.

-¿Que de este cuarto, no?

-No. Este es un cuarto en el que puede entrar todo aquel que conozca su existencia, pero sólo uno puede salir. Yo soy ese uno. Una vez cerrada esa puerta, no hay escape posible.

»¿Ves ese pomo que hay en la puerta interior? Lo preparé con su cuenta y razón. Hoy lo he arreglado de forma que el que lo haga girar, no mueva el resorte que hace que se abra la puerta. En lugar de eso, disparará una bomba que hará añicos este lugar.

»Mátanos si quieres. Luego intenta salir. Te aviso con tiempo. Significará la muerte para ti no menos que para mí.

A pesar suyo, Motkin se estremeció. El dominio de la situación estaba cambiando rápidamente, de nuevo aquella noche. Froman y Noyes habían llegado allá triunfantes. Motkin había sido más listo que ellos. Ahora, a su vez, él había caído en un lazo.

Para Motkin, sólo podía existir una esperanza: que Froman mintiera. El rojo tenía vivos deseos de asegurarse. Se acercó a Froman, apuntándole, con el revólver entre ceja y ceja. El amenazado sonrió.

-Estás tratando con un hombre de, hierro-aseguró Froman, con orgullo-. Me llamo a mí mismo F. O. Froman. Ese nombre se compone de las letras del nombre Romanoff. ¡Soy de la aristocracia rusa! ¡No admito tratos con hombres como tú!

El rugido de Motkin fue de odio. Sin embargo, aún tenía miedo de matar a su adversario.

-Conozco a los de tu calaña-prosiguió Froman-. Teméis la muerte. Yo no. Si yo muero, mueres tú. ¡Me contento con eso!

Las palabras fueron pronunciadas con impresionante calma. El temor de Motkin aumentó. Se retiró lentamente, sin dejar de apuntar el revólver. Luego oyó un sonido que le sobresaltó.

Volviendo la cabeza, ¡vió que la puerta se alzaba! Allí, agazapado tras la barrera en movimiento, había un hombre vestido de negro.

¡De nuevo vió Motkin los ojos negros y relampagueantes!

¡La Sombra!

El superhombre había acudido a hacerse cargo de la situación. El dominio había pasado a sus manos. AL ver la pistola apuntada, Motkin dejó caer su propia arma. Retrocedió a su rincón. Froman aún sonreía al ver a La Sombra adelantarse. Motkin se encontraba en un dilema.

Intentó gritar un aviso, recordando lo que le había dicho el otro. Pero era demasiado tarde ya. ¡La puerta estaba descendiendo!

AL oírse el chasquido que produjo ésta al cerrarse. Froman se echó a reír. El dominio de aquel cuarto había pasado a otros por unos instantes. Ahora volvía a pertenecerle a Frederick Froman.

La Sombra oyó aquella risa. Su penetrante mirada se fijó en el hombre.

Solemnemente, en un susurro bajo y sobrenatural, La Sombra habló.

-He venido a saldar cuentas.

Motkin se estremeció al oír aquellas palabras. Froman volvió a reírse.

Aquello no podía rezar con él.

-¡Has venido a morir!-exclamó-. ¡Estas joyas son mías! ¡Has caído en una trampa! ¡No puedes salir de aquí con vida!

La contestación de La Sombra fue una risa burlona.

De sus invisibles labios surgió el sobrenatural sonido, que repercutió en las gruesas paredes como si una horda de demonios lo hubiese emitido.

Con aquella risa se desvaneció la confianza que había sentido Froman. AL igual que Iván Motkin y que Parker Noyes, temblaba en presencia de La Sombra.

¡La Sombra que se aprestaba a saldar cuentas!

CAPÍTULO XXIII
LA SOMBRA DECIDE

La mazmorra se había convertido en tribunal. La singular escena, resultaba increíblemente fantástica. Fuera cual fuere el resultado de aquel encuentro, era evidente que La Sombra exigiría que se hiciese una liquidación.

Como Némesis bíblico dominaba a aquellos criminales. Su pistola amenazaba; sus ojos brillantes emitían rayos de terrible luz. Centelleantes como las gemas de la caja, resplandecían con poder y autoridad.

El silencio cayó sobre la estancia de piedra. Motkin estaba acobardado.

Noyes parecía sobrecogido. Hasta Froman, el hombre que había amenazado, retrocedió ante el fantasma de negro.

Con la presencia de La Sombra, todo había adquirido un aspecto de irrealidad. Cualquier cosa podía ocurrir ya. Había desaparecido toda esperanza de seguridad o triunfo.

¡Tres hombres maléficos aguardaban el juicio de La Sombra!

La Sombra habló y su voz era un susurro siniestro que parecía proceder de un más allá sin límites.

-He venido a exigir responsabilidades-dijo, con voz espectral-, a exigíroslas a vosotros que habéis matado. He venido a poner fin al reino de la sangre. Ya no volverán a ser estas bagatelas-miró a la caja-, motivo de crimen y destrucción. Eso ha quedado terminado.

Los hombres esperaban recibir la muerte. La amenaza de la pistola de La Sombra, el único elemento de realidad material en aquel marco irreal, pero algo que no podían ignorar.

Pero las palabras siguientes de La Sombra arrancaron exclamaciones a todos los trémulos labios. Eran exclamaciones de asombro mezclado de repentina esperanza.

-Han luchado hombres-dijo La Sombra-, y ha hecho vanos esfuerzos por apoderarse del contenido de esa caja. Vosotros tres habéis causado la muerte a veintenas de seres humanos. Sois asesinos endurecidos y merecéis morir.

»Pero no es mi intención matar, por mucho que merezcáis la muerte que ahora os podría dar. Mi propósito ha sido poner fin a las matanzas en que han sucumbido tantos, voluntariamente alguno de ellos.

»Era mi tarea impedir mucho de lo ocurrido. Un reguero de sangre ha seguido al producto del robo. De no hallarme yo aquí, el reguero continuaría. He venido a terminarlo para siempre. He venido a pronunciar una amnistía.

»A pesar de lo despreciables que sois los tres, no es La Sombra quién para agregar más muertes a una cadena que se ha hecho demasiado larga ya.

Sorprendidos, los tres hombres le miraban boquiabiertos. Ninguno de ellos había esperado misericordia de la vengadora figura. Sin embargo, La Sombra, había pronunciado las palabras en un tono que sólo la verdad podía tener.

-Os preguntáis cómo pienso poner fin al derrame de tanta sangre. Os lo diré. Eliminando la causa, evitaré muertes futuras.

»Estas chucherías a las que tanto valor dais serán mías y yo las colocaré donde jamás puedan ser reclamadas.

Los agudos ojos centellearon al mirar de un rostro a otro. Froman estaba boquiabierto; Motkin sólo daba muestras de ansiedad. La Sombra vió las distintas expresiones. Su extraña risa pobló la mazmorra.

-No busco yo beneficio alguno-susurró La Sombra-, y aun aquellos que lo buscan no lo hallarán en esas brillantes chucherías. Vosotros que las trajisteis aquí-dijo, señalando a Froman y a Noyes-, veníais gozosos porque creíais poseer una fortuna fabulosa. ¡Vuestros millones son imaginarios!

Con un rápido movimiento de la mano izquierda La Sombra echó a un lado el guante que la cubría. Su mano se introdujo en la caja y se alzó, dejando caer una lluvia dc gemas. -¡La fortuna de los Romanoff!-susurró, burlón La Sombra-. ¡Millones sobre millones! ¡Ilusos! ¡Estas piedras son falsas! ¡Son pedazos de cristal sin valor!

Frederick Froman exhaló una exclamación. Parker Noyes se hizo eco de ella. El semblante de Iván Motkin se tornó bruscamente sombrío. La Sombra se echó a reír al dar un paso atrás y posar la mano aplastada contra la parte delantera de su negra capa.

Todos los ojos se clavaron en aquella mano, donde el luminoso girasol brillaba con variante colorido. El azul y el carmesí de aquel ópalo de fuego parecía hablar de los conocimientos sobrenaturales que poseía su dueño.

-¡Las joyas de los Romanoff!-declaró La Sombra-. Todas ellas se dispersaron tiempo ha. Algunas fueron salvadas por sus dueños, que guardaron el secreto. Otras se han perdido, en escondites enterrados. Una cantidad mayor aún fue vendida en secreto por los que se habían apoderado de ella.

»Las pocas que quedan en Moscú carecen de importancia y son propiedad particular de los más altos funcionarios rojos.

»Habéis buscado las joyas de los Romanoff. He traído yo una para enseñárosla. Contemplad la piedra que brilla en mi dedo. Este valioso girasol fue antaño propiedad de los Zares de Rusia. ¡Ella sola, de todas las piedras que hay en este cuarto, es auténtica!

»Luchasteis por las joyas de los Romanoff. Yo he visto muchas de ellas en muchos lugares. Con mis conocimientos y mi poder podría formar grandes colecciones de ellas si buscara yo poseer cosas tan inútiles. Este girasol fue un regalo, que acepté como recuerdo de amistad del hombre que lo poseía.

La Sombra hizo una pausa y ni un sonido turbó el silencio de la abovedada estancia. Los ojos brillantes concentraban su mirada en Froman y Noyes.

Éstos miraban a su vez, fijamente, el ópalo que adornaba la larga y blanca mano de La Sombra.

-Dos conspiradores-la voz de La Sombra era lenta y fría-, que intentaron procurarse grandes riquezas uniéndose a hombres sinceros, aunque fanáticos, que luchaban por una causa. La devolución de las joyas de los Romanoff era vuestro fingido ideal. En realidad intentabais buscar vuestro lucro personal. Matasteis para no ganar nada. Vuestra ignorancia inspiraba lástima.

»Y tú-la mirada de La Sombra se dirigió a Motkin que tembló ante ella,-tú eres un hombre que conocía la verdad. Fuiste encargado de proteger una fortaleza que contenía supuestas riquezas. Llevaste allí a gente para enseñarle lo que ella se imaginaba, un tesoro fabuloso.

»Fuiste nombrado por tres superiores para engañar a ciertas personas; para crear la impresión de que el gobierno rojo de Moscú aún conservaba, las fabulosas riquezas de los Romanoff. Tú sabías la verdad. Era tu deber conseguir que subsistiera el engaño.

»Tenias el privilegio de llevar a la fortaleza a gente para que viera las supuestas riquezas y pudiera decir al mundo que las joyas aun estaban en Rusia.

»Fuiste demasiado confiado. Las joyas falsas fueron robadas. Si hubieran sido las joyas auténticas te hubiesen ajusticiado. Pero tu fracaso resulta menor dadas las circunstancias,

»Se te dio la oportunidad de redimirte; de recobrar las piedras antes de que los ladrones se dieran cuenta, de que eran imitaciones sin valor. Para ti esos pedazos de cristal valen la pena de que cometas más crímenes por recobrarlos.

»Conque me los llevaré cuando me vaya. Tú, como estos otros, conocerás las amarguras de la desilusión. El reino del crimen acabará.

Dando un paso atrás, La Sombra se deslizó hacia la puerta. Paró allí, con una mano en el pomo. Motkin y Noyes temblaron.

Froman no habló. No temía la muerte. Odiaba al fantasma negro. Odiaba a Motkin. Estaba dispuesto a morir si aquellos dos perecían con él. Una sonrisa de triunfo se dibujó en sus labios.

¡Que muriera La Sombra!

El hombre de negro se detuvo. De sus invisibles labios surgió la risa. Su mirada se volvió hacia Froman.

-Leo tus pensamientos-dijo-. Estás dispuesto a morir con tal de verme perecer. Sospeché tu trampa. Vi señales de ella cuando estuve aquí anteriormente... cuando vine a hablar con Marcus Holtmann.

Una expresión de súbita comprensión pasó por el semblante de Froman.

-Entonces, la trampa no estaba montada -prosiguió La Sombra-. Esta noche está preparada. Sólo uno de los que entren aquí puede salir... o así lo crees tú. Voy a demostrarte que te equivocas.

Dio unos golpes en la puerta. Ésta empezó a ascender. Había dos hombres en el pasillo exterior. A una orden de La Sombra, entraron.

Sin dejar de apuntar a sus enemigos, La Sombra alzó la mano izquierda y sostuvo la puerta abajo. Otra orden y los dos hombres se acercaron a la caja que había sobre la mesa. La cerraron y movieron la mesa hacia la puerta.

Librodot

Dos hombres enmascarados habían ido allá obedeciendo órdenes de La Sombra. Habían estado aguardando la señal. Habían hecho girar el pomo exterior, que no ofrecía señal de peligro alguno. Ahora se llevaban las piedras falsas.

Una vez se hubieron marchado sus agentes, La Sombra aguardó, sin soltar la fatal cortina de acero. Sus últimas palabras fueron una orden.

-Podéis hacer las paces-dijo.

Se retiró. La barrera de acero recobró su posición primitiva.

A medida que iba descendiendo, el cañón de la pistola la siguió, apuntando siempre. Al llegar la cortina cerca del suelo, los tres hombres que había en la mazmorra sólo pudieron ver el cañón, hasta que la cortina, se cerró del todo.

La puerta se cerró con un chasquido al desaparecer la punta del arma.

La Sombra había emitido juicio.

La figura de negro había desaparecido.

CAPITULO XXIV
LIQUIDACIÓN FINAL

Un prolongado silencio reinó en la mazmorra después de la partida de La Sombra. Por fin se alivió la tensión. Tres hombres decepcionados se contemplaron nuevamente.

El rostro de Parker Noyes expresaba desilusión. Pero Froman y Motkin irradiaban odio al mirarse el uno al otro. Durante un instante pareció como si fueran a entablar lucha. Noyes intervino.

-Estamos vencidos – declaró, con voz temblorosa-. Es inútil reñir más. Salgamos de aquí, Froman, y sigamos nuestro camino, satisfechos de que aún tenemos vida.

Froman se encogió de hombros. Parecieron aplacarle las palabras del abogado. Hizo una inclinación de cabeza y se dirigió tranquilamente hacia la puerta.

-Vamos-dijo-. Nos iremos.

Motkin y Noyes se acercaron y miraron con curiosidad cómo sacaba Froman una larga y afilada punta de metal del bolsillo y la introducía en el minúsculo agujero que había en el centro del pomo de la puerta.

Se oyó un chasquido. La barrera se alzó. Froman rió.

-Esto abre la puerta, sin hacer girar el pomo-explicó-. La bomba está preparada. El hacer girar el pomo significaría la muerte.

Sostuvo la puerta abierta, y le hizo una seña a Noyes para que pasara. El abogado salió de la mazmorra. Iván Motkin le siguió.

El bolchevique llegó al último peldaño sin desconfiar. Fue entonces cuando obró Froman. Con un movimiento rápido, asió a su odiado enemigo y le tiró nuevamente escalones abajo.

-¡Muere!-gritó-. ¡Muere como todos los de tu calaña debieran morir!

Recobrando el equilibrio, Motkin volvió a subir en el preciso instante en que Froman franqueaba la puerta. La barrera descendía, pero Froman no llegó a tiempo. Con un rugido feroz, Motkin asió a su enemigo y tiró de él hacia el interior de la mazmorra.

Siguió una lucha corta e intensa. Ambos hambres estaban enfurecidos. El rojo Motkin y el zarista Froman luchaban a muerte.

La ventaja estuvo de parte de Motkin al principio; luego, con un esfuerzo enorme, Froman echó al otro a un lado. Motkin cayó y quedó inmóvil.

Froman le miró con desprecio. Se acercó deliberadamente a la cerrada puerta y volvió a introducir la punta metálica que hacia funcionar el cierre oculto.

No vió que Motkin se estaba alzando cautelosamente. Brillando sus ojos vengadores, el agente rojo subió los escalones. Con un brusco movimiento asió a Froman de la garganta.

Agarrado al pomo de la puerta, Froman abrió la boca y los ojos se le desorbitaron. Motkin le estaba estrangulando. No había manera de desasirse de aquellas manos terribles.

¿Que no había manera? Una sonrisa horrible se dibujó en sus labios. Motkin le estaba arrastrando hacia el pie de los escalones. Los dedos de Froman se resbalaban del pomo de la puerta. Sin embargo, su último acto de desesperación salió a medida de sus deseos.

Mientras Motkin gozaba de su triunfo, los dedos de Froman hicieron girar el pomo de la puerta.

Una terrible explosión sonó en la mazmorra. Estalló una carga potentísima y ambos combatientes desaparecieron en la llamarada que barrió el cuarto.

Frederick Froman, descendiente de los Romanoff e Iván Motkin, enemigo encarnizado de la causa zarista, quedaron hechos añicos.

La terrible explosión hizo que se estremeciera todo el edificio. Temblaron los suelos desde el sótano hasta el último piso. Toda la parte superior se hundió.

Cuando la policía llegó a la calle en que había sonado la enorme detonación encontraron la casa de Frederick Froman convertida en una masa de escombros. Al retirar éstos de la parte delantera, descubrieron el cuerpo de un moribundo. Era Parker Noyes.

AL abogado le había sorprendido el suceso a pocos pasos de la puerta de salida. Tenía el cuerpo aplastado. Sus débiles labios intentaron hablar cuando vió a sus salvadores. El esfuerzo fue demasiado grande: Parker Noyes expiró.

Él era el último de los tres sobre los que La Sombra había pronunciado sentencia.

En un laboratorio singular, una figura vestida de negro, se hallaba de pie ante un depósito bruñido. Dentro del mismo brillaba una masa de objetos resplandecientes: las piedras falsas por cuya posesión habían luchado y muerto tantos hombres.

Una mano enfundada en guante negro destapó la extremidad de un tubo de cristal. Un líquido maloliente se derramó en el depósito. La misma mano contuvo el derrame.

Había penetrado en el depósito un ácido fortísimo. Cubría las centelleantes piedras que había en el interior. El brillo de la falsa pedrería se desvaneció.

Los trozos de cristal se fundieron. Sólo quedó un poso barroso.

Se desenguantaron las manos. Por encima del depósito lleno de ácido apareció un objeto brillante. Era el girasol de La Sombra, la única piedra buena que había figurado en la larga serie de tragedias.

Las luces del cuarto se apagaron misteriosamente. Todo fue oscuridad, rasgada tan sólo por el fulgor del ópalo de fuego y la risa de La Sombra.

El derramamiento de sangre, la serie de matanzas habían terminado. El sangriento atractivo de las joyas de los Romanoff había dejado de existir.

¡La Sombra había logrado el triunfo final!

¡La Sombra había triunfado de nuevo!

¡La Sombra reía!

FIN